

así fue

Recuerdos
de mi vida

Sepp Michaeli



P R O L O G O

Cuando cumplí 75 años mi familia organizó una comida en el Club de Golf del Valle Escondido. Todo se preparó sin que yo supiera lo que estaban tramando.

El día de mi cumpleaños me invitaron, mediante una simpática tarjeta diseñada por una de mis nueras, a la fiesta con toda la familia y nuestros íntimos amigos.

Durante el aperitivo Cristián, mi hijo menor, en forma muy entretenida y chistosa, proyectó en una gran pantalla fotos de mis archivos con los respectivos comentarios con mucho humor y nos hizo reír mucho.

Esa noche me percaté que mis hijos sabían muy poco de mi vida y, al final de la simpática manifestación, entregaron a cada visitante una botella de vino con una foto mía vestido de rey en la etiqueta y en la trascara había un pequeño relato sobre mi vida. Todo lo que se relataba eran inventos y no tenían ninguna relación con mi vida real. En ese instante tomé la decisión de escribir mis memorias para que mis hijos y mis nietos supieran quién era realmente ese Sepp Michaeli.

Quiero dar las gracias a mi amiga Annie quién puso mis escritos en un buen castellano y ordenó en forma coherente los diferentes capítulos.

EN EL MUNDO EN QUE NACI

Europa, desde los tiempos de los bárbaros siempre ha sido una zona de disputas, guerras y matanzas. Cuando se formaron los ducados, las naciones, nuevas religiones y mas tarde los partidos políticos las bárbaras matanzas siguieron igual, ahora si, en forma mas “civilizadas”. Los reinados se disputaron tierras ajenas, pero las guerras siempre terminaron en la miseria. El que siempre dio su sangre era el de abajo.

Los franceses y los alemanes vivieron siglos peleando entre ellos. A pesar de los millones de muertos, a la larga siempre quedaron con los mismos limites fronterizos que antes. Al final de las disputas tanto el vencedor como el perdedor quedaron con sus países en ruinas sobre las tumbas de un montón de cadáveres inocentes.

Alemania declaró la guerra a los franceses en el año 1870. Esta vez perdieron los franceses y su rendición se firmó en la sala de los espejos del palacio de Versalles, orgullo de Francia desde los tiempos del Rey Louis Catorce.

En el año 1914 los alemanes les declararon nuevamente la guerra, pero esta vez les fue bastante mal. Invadieron a Francia y los franceses se aliaron con los ingleses y los norteamericanos. La invasión alemana llegó hasta la zona de Verdun donde fueron atajados por las superiores tropas de los aliados. Millones de seres humanos de ambos bandos perdieron la vida por nada. Lo curioso es que las peleas eran entre parientes que estaban insertados en todas las casas reales de Europa y por sus riñas familiares declararon las guerras.

El 11 de Noviembre de 1918 terminó esta sangrienta y absurda disputa con la victoria de los aliados sobre Alemania.

El 26 de Junio de 1918 se firma el acta de la capitulación alemana en la misma sala en la cual los franceses firmaron su rendición en 1870.

Alemania es severamente castigada. Pierde entre otros la zona de Alsacia-Lorena. La región del Saar queda bajo la administración de Francia. El Saar es un pequeño país, rico en minas de carbón y con una respetable industria pesada de muchos altos hornos para la producción de acero y sus subproductos.

Los aliados exigieron el pago de 270 mil millones de marcos oro, además de barcos, locomotoras, maquinarias, animales y otros bienes.

Así, Alemania quedó en la ruina absoluta y no tenía cómo pagar sus deudas con un país aplastado. Como garantía del cumplimiento de estas indemnizaciones los aliados ocuparon las tierras al oeste del río Rin, las cuales serían devueltas en cinco, diez y quince años, siempre que los alemanes cumplieran con el pago de sus obligaciones.

En 1923 las tropas francesas y belgas ocupan la zona del Ruhr, la zona industrial más importante de Alemania.

Con la pérdida del Ruhr y del Saar los alemanes quedan casi sin industrias. El país, sumergido en la miseria, la cesantía, el hambre y la desesperación ya no valía nada. Para mas desgracia el país se hunde en una galopante inflación, donde una canasta de comida llegó a costar millones de marcos. El 24 de octubre de 1929 cae la bolsa de Nueva York y ya no solamente Alemania, sino todos los países sufrieron ese mortal golpe, quedando la pobreza y la desesperación dispersada por todo el mundo.

En estos años tan difíciles para subsistir, el 13 de mayo de 1927, nace el quinto hijo de Elisabeth Oberhauser Gehring y Johann Michaeli Wagner.

Fue bautizado en la iglesia católica de Rohrbach Saar. Los padrinos eran: El padrastro de mi padre, Max Wadle y mi madrina mi abuela materna Katharina Oberhauser. Fui inscrito con el nombre de Max Josef. Max por darle el gusto a mi padrino y Josef a petición de mi madre, porque San José era el esposo de la Santa Virgen María, de la cual era muy devota. Mamá era muy religiosa, de misa diaria y de una vida cristiana ejemplar. Como era muy astuta supongo que encargó este niño para que naciera el 13 de mayo de 1927, justamente 10 años después que la Virgen se apareció a los pastorcitos de Fatima.

A mis padrinos no los conocí, murieron antes de que yo cumpliera tres años.

Vivíamos en Rohrbach en la Eckstrasse N° 30, en la casa que mi padre construyó con un préstamo bancario, el cual, después del desastre de las bolsas mundiales, quedó cancelado. Por lo menos alguien ganó algo en esos años de la deflación.

MIS PADRES

Mi padre Johann Phillip Michaeli Wagner nació el 6 de abril de 1890 en Rohrbach Saar, un pequeño pueblo en la región del Saar. Su padre Andreas murió en el mismo año cuando él nació. Su madre Anna Wagner era de profesión matrona. Era una mujer que se distinguía por su limpieza y su bien vestir. Cuentan que hasta planchaba sus medias. Ella tenía una buena situación financiera y era dueña de algunas tierras y sitios. Después de la muerte de mi abuelo se casó con Max Wadle con el cual tuvieron tres hijos. El padrastro de mi padre no lo quería mucho y no le dió la posibilidad de estudiar, a pesar de que el joven era muy inteligente. Cuando mi padre terminó las primarias lo mandó a trabajar en las minas de carbón que se encontraban a unos 15 kilómetros del pueblo. Sus superiores se dieron cuenta de que el fornido y despierto muchacho podría servir más en la maestranza que en el pique. Ahí aprendió lo básico de la mecánica. Cuenta mi papá que le gustaba mucho tocar el violín, pero su padrastro le prohibió hacer música dentro y cerca de la casa por lo que se fue a los cercanos bosques donde estudió a tocar el instrumento.

Entre los años 1911 y 1913 hizo su servicio militar en la guardia personal del rey de Baviera donde alcanzó el grado de suboficial. Parte de la región del Saar era en ese entonces provincia bávara. Vuelta a casa se casó en 1914 con Elisabeth Oberhauser Gehring, la hija mayor

de Johann Oberhauser y Katharina Gehring, que tuvieron diez hijos además de dos huérfanos que vivían con ellos. El abuelo manejaba una sastrería y un restaurante. Mi abuela, a su vez, se preocupaba del único almacén del pueblo. Era gente de una buena situación económica.

A fines del año 1914 mi padre fue nuevamente llamado al servicio militar, esta vez para pelear al frente contra los franceses. Había empezado la horrible primera guerra mundial. Por gracia o desgracia, en las primeras escaramuzas, explotó una granada cerca de él y quedó semiparalizado. Del hospital lo mandaron de vuelta a la casa. El hombre grande y robusto quedó frustrado en la cama, porque no podía caminar y tenía un brazo semiparalizado. Los médicos le pronosticaron que sería muy difícil que algún día se recuperara si no se sobreponía con toda su fuerza y voluntad para volver a moverse.

Empezó a tomar cursos de ingeniería mecánica por correspondencia y sacó su título de ingeniero. Gracias a su férrea voluntad de mejorarse se fue levantando de a poco hasta que, después de meses, recuperó los movimientos del brazo y de las piernas. Encontró trabajo en una fábrica donde producían maquinas agrícolas. Como era inventor nato descubrió que las máquinas que se producían se podrían simplificar y bajar costos. Junto con sus cuñados, que le prestaron el dinero, instaló su propia fabriquita y construyó sus económicas máquinas que se exportaron a Rusia. Con la caída de la bolsa de Nueva York todo el esfuerzo se derrumbó y la empresa quebró, originándose una muy desagradable situación con sus cuñados que le pidieron el dinero prestado. Llegaron a un acuerdo y durante largos años, con muchos sacrificios, les devolvió los préstamos.

De nuevo a los libros, esta vez para estudiar ingeniería civil. Después de haberse recibido con las mejores notas formó una pequeña empresa constructora. Construía casas en los terrenos que mi madre había heredado. En su tiempo libre se instaló en la bodega de la constructora haciendo experimentos con hormigón. Llenaba libros haciendo inventos los que realizó con sus propias manos. Inventó un moldaje prefabricado para muros de hormigón y lo patentó. Era algo revolucionario para esos tiempos. Le llegaron ofertas de todas partes para comprarle su invento, pero él no vendió su descubrimiento a pesar de que en la casa la plata hacía mucha falta. Otro de sus descubrimientos era el hormigón tensado, técnica que recién 20 años después, cuando yo estudiaba arquitectura, era de gran moda y que mi viejo ya lo había descubierto hacía tiempo.

Mas tarde empezó a estudiar de nuevo, esta vez se recibió de arquitecto. Dejó la construcción que le originaron muchos malos ratos y se dedicó a hacer planos de arquitectura en una pequeña oficina.

Mi padre era un hombre extraordinario, lástima que nunca salió del pequeño pueblito, pero era un hombre feliz, equilibrado y amante de la vida. Los domingos en la tarde generalmente se iba con su atril a pintar paisajes, su gran hobby.

Mi madre, Elisabeth Oberhauser Gehring, nació el 18 de octubre de 1891 en Rohrbach. Ella era hija de los molineros del pueblo. Los Oberhauser tenían el molino desde la guerra de los 30 años (1618 – 1648). Cuando el molino ya no era rentable uno de mis abuelos lo paró y vendió la propiedad, pero en el pueblo el nombre de los “Juan el molinero” se mantuvo hasta ahora (Mühlehanne).

Mis padres se casaron cuando mi madre estaba esperando a mi hermana mayor. Castigada por la iglesia y la sociedad ella tenía que llevar un vestido de novia color negro. Recibió una suculenta dote, no en dinero, sino en tierras. Me acuerdo cuando éramos niños teníamos que ayudar en las cosechas de trigo y de papas, plantadas por mi ejecutiva madre con ayuda de un vecino que tenía caballos y los implementos para sembrar y cosechar.

Mi madre era muy sociable y en la casa siempre habían parientes y amigos de visita. Con nosotros, sus hijos, era muy estricta, demasiado estricta. Misa diaria, castigos por mal comportamiento, aún por las cosas más insignificantes. Su sueño era tener un hijo sacerdote, pero a pesar de que todos los hijos hombres pasaron un tiempo en algún seminario, no logró su sueño. Ninguno de nosotros hubiera sido un buen sacerdote.

Mamá se levantaba muy temprano a preparar el desayuno para la familia porque a las siete y media mis hermanos mayores tenían que tomar el tren para llegar al trabajo o a la escuela secundaria que estaba en una ciudad cercana. A las ocho se iba a misa, acompañada de los hijos menores que después de la misa iban a la escuela primaria del pueblo.

Detrás de la casa había un gran huerto donde ella sembraba las verduras, habían árboles frutales y un gallinero que nos proporcionaba huevos y carne. En los tiempos de la segunda guerra mundial criaba una pareja de cerdos para paliar en algo la escasez de carne. Mi viejita trabajaba muchísimo, tal como todas las mujeres alemanas y jamás se quejaba. Llevó su cruz calladamente.

Lo que no había en mi casa era la demostración de cariño. Jamás recibía un beso de mi madre o mi padre, tampoco nos besábamos entre hermanos. No es costumbre alemana. A pesar de no haber recibido el cariño que uno anhelaba, mis padres eran buenos con nosotros, hombres grandiosos, sufridos, generosos, alegres y muy piadosos. Ellos me dieron, con gran sacrificio, una excelente educación y lo que soy es gracias a su sacrificio y amor.

MIS HERMANOS

Mi hermana mayor es Katharina (Kätchen) y era la primera nieta de mis abuelos Johann Oberhauser y Katharina Gehring. Nació en el año 1914. Era una niña muy inteligente. Había pasado el segundo año de las primarias cuando entró en el primer año de secundarias en un colegio de las monjas Ursulinas. Siempre fue una mujer muy buenamoza. Se casó con Alois Wagner que era empleado estatal y después contador independiente. Tuvieron siete hijos. Con ella tuve siempre una íntima amistad, porque desde chico me ayudaba en las tareas, y muchas veces me convidó a su casa donde siempre me acogía como si fuera hijo de ella. Su marido era un hombre que no tenía otra entretención que su trabajo. El adoraba a su esposa y le dió en todos los gustos. Ella andaba siempre vestida a la última moda, lo que costaba mucho dinero a su marido, por lo que tenía que trabajar hasta los sábados y domingos. En la guerra Alois era oficial en el Afrikakorp y después prisionero de los americanos en Texas.

Mi hermano mayor es Johannes (Hans). Nació en 1916. Era contador. De joven vivía casi todo el tiempo fuera de la casa. En la guerra sirvió también en el Afrikakorp, alcanzó a fugarse en

Italia desde donde regresó a casa. No lo tomaron prisionero porque estaba pololeando con una condesa que tenía contacto con la resistencia italiana que lo escondieron de los alemanes y de los americanos. Hans era un hombre vividor, mujeriego, astuto y bueno para los negocios. Después de la guerra era dueño de una barraca que vendía materiales de construcción, un negocio redondo con la Alemania en el suelo por los bombardeos. Hans ganaba muchísimo dinero, andaba siempre con un grupo de amigos y mujeres buenas mozas. Botaba su dinero en comilonas y sobre todo en los casinos. Siempre andaba muy elegante y en automóviles grandes y elegantes. El despilfarro se estaba terminando y estaba ante la quiebra, cuando conoció a Henriette (Henny) Wayand, única hija de un conocido y rico fabricante de materiales de hormigón. Cinco días antes de casarse falleció el señor Wayand. Cuando vieron sus libros de contabilidad su familia se dio cuenta de que él también estaba quebrado. La pequeña fiesta de boda era triste, todos vestidos de negro y con los ánimos en el suelo. Ambos tuvieron cuatro hijos, tenían que vivir muy modestos porque nunca se podían recuperar. Muy a mi pesar, con Hans nunca tuvimos relaciones más allá de ser hermanos porque éramos de caracteres muy distintos, pero quiero dejar constancia de que su esposa y sus hijos lo amaban por sobre todas las cosas.

Mi hermano Werner nació en 1918, al finalizar la primera guerra mundial. Mamá siempre quería tener un sacerdote entre sus hijos. Werner era buenmozo y muy agradable. A él lo mandaron al Seminario para estudiar lo que mi madre anhelaba, pero él, después de un tiempo, escapó del Seminario y quedó el escándalo. Después estudió ingeniería. Cuando sobrevino la Segunda Guerra Mundial, lo mandaron al frente en Francia y después a Rusia donde falleció en el año 1941 a 50 kilómetros de Moscú. Werner me amaba, me escribía cartas del frente con dibujos de él porque sabía que me gustaba pintar. Para mí era el hombre ideal, bondadoso, cariñoso y muy cristiano. Así también murió cuando ayudaba a un compañero que había sido herido por las balas de un avión ruso. Lo fue a buscar para ponerlo bajo protección. El avión volvió y mató a mi hermano que, como buen cristiano, dio su vida para salvar a otra. Cuando supe de su muerte me pareció que mi vida también se había acabado. Lo amaba.

En 1922 nace mi hermana Brigitte. Era la cenicienta de la familia, no la dejaron estudiar y trabajó hasta de empleada doméstica en la casa de uno de mis tíos. No era muy atractiva, pero tenía un corazón de oro. Cuando estalló la guerra fue enfermera en Berlín, ciudad que nunca mas abandonó. Se casó con más de 50 años con un paciente del hospital mucho mayor que ella. Se amaban. El era solterón y de muy buena situación económica. Herbert Gerlach trató a mi hermana como una princesa. Brigitte se vestía en las mejores tiendas de Berlín y sus joyas eran hermosas. Vivieron diez años felices hasta la muerte de él. Con Brigitte siempre tenía muy buenas relaciones, tal como con Kätchen o Werner, y nos queríamos mucho. Ella vino tres veces a verme en Chile.

Anneliese nació en 1924 y murió muy joven, nunca la conocí.

En 1927 nací yo.

En 1930 nace Kanisius. El era la última esperanza de mamá para tener un hijo cura. A temprana edad lo mandaron al Seminario menor en Espira. No tuvo muy buenas notas y después de la guerra fue a estudiar ingeniería. Kanisius era un muchacho bueno, pero de poco mundo. Mamá supo de que la familia donde él vivía como pensionista quería verlo como su futuro yerno. Lo fue a buscar y lo llevó a estudiar a Berlín donde vivió con nuestro tío ruso. Se recibió de

ingeniero y se casó con Anita Rojek, hija de un amigo del tío. Se trasladaron a Rohrbach y vivieron en la segunda casa de mis padres. Tuvieron seis hijos. Anita y Kanisius vivieron felices en el pequeño pueblo. Cuando mis padres envejecieron ellos se preocuparon de ellos con un enorme cariño. Posteriormente Kanisius se recibió de arquitecto y tomó a su cargo la oficina del Papá. Cuando mis padres se murieron ellos se quedaron con nuestra casa en Rohrbach. Kanisius y Anita nos vinieron a ver a Chile. Para Kanisius fue su último y hermoso viaje antes de llegar a los brazos de Dios.

EL TIO RUSO

Cada año recibimos al tío Phillip Jaufmann quién pasaba parte de sus vacaciones en nuestra casa. El era párroco de Britz, un barrio de Berlín. Era un hombre muy culto, hablaba varios idiomas y tenía cuatro doctorados, uno de ellos en ciencias orientales, el único en Alemania. Cuando se paseaba por nuestro jardín, leyendo su breviario, se comía cebollas, pepinos y otros vegetales crudos, lo que era algo muy extraño en esos tiempos. Era una persona misteriosa, se comentaban tantas cosas de él que, un día, pedí a mi madre que me contara quién era realmente ese personaje.

El tío no era un tío auténtico, el era ruso. Después de la primera guerra mundial mi tío Peter Josef estudiaba teología en Roma. Jaufmann era su compañero de curso y nunca hablaba de su pasado. Un día, cuando todos los estudiantes se fueron para las vacaciones de navidad a sus casas, Jaufmann se iba a quedar solo en el seminario. Después de mucho mi tío lo convenció que viniera con él a la casa de mis abuelos maternos.

Los abuelos Oberhauser tenían diez hijos y dos huérfanos que habían adoptado. Como regalo de pascua, una vez que el tío ruso contara todo lo que le había pasado, le adoptaron como el hijo número once. Cuando mi tío Peter Josef terminó sus estudios junto con su hermanastro Phillip, los abuelos les ofrecieron que celebraran su primera misa juntos en la iglesia del pueblo. Una gran procesión, en la cual participaba el pueblo entero, se movía desde la casa, atravesando todo el pueblo. Delante iban, vestidos con toda pompa, los dos primicios, seguidos por todos los nietos de la familia, después los parientes y más atrás el pueblo. Mis abuelos, que eran gente de una cierta fortuna, hicieron una gran fiesta en su propio restaurante con muchísima gente invitada. Los que no cabían en las dos salas eran atendidos en los jardines. Era una fiesta en grande. Mi abuela, muy cristiana y muy bondadosa, estaba chocha: Dos sacerdotes en su familia!

La historia del tío Jaufmann es dolorosa: Sus padres tenían un fundo en la Ucrania. Eran descendientes de alemanes inmigrantes. Vivían bien hasta que explotó la revolución bolchevique en el año 1917. Como a los agricultores no les gustó el nuevo régimen, Lenin mandó a sus hordas a los campos para que mataran a todos éstos campesinos contrarrevolucionarios. La soldadesca, siempre borracha, se fue de pueblo en pueblo y fusilaron a toda la gente. Así llegaron a la estancia del tío. Sacaron a sus padres, sus hermanos y los sirvientes, los pusieron contra la pared y empezaron a disparar. En un rato todos estaban en el suelo. El tío había caído sin que le tocara una bala. Los borrachos, satisfechos con su fechoría se fueron alejando. Una vez que desaparecieron el tío se arrastró por el suelo esperando que alguien más se hubiera salvado. Cuando llegó donde su hermana Eugenia ésta se encontraba en shock, tiritando de miedo, pero

viva. Una vez recuperada, el tío le propuso que lo mejor sería que se fueran caminando separadamente hasta llegar a Alemania donde habían conocidos de sus padres. Jaufmann llegó y de su hermana nunca más se supo. Los conocidos, generosamente, lo mandaron a estudiar a Roma donde conoció a mi tío.

Pasaron más de veinte años cuando los alemanes invadieron Rusia. El tío, viviendo en la capital, tenía muchos amigos que eran generales de la Wehrmacht. Estos hombres eran de familias pudientes y no eran muy amigos de los nazi. El tío jugó bridge con ellos, un juego de naipes que en ese tiempo sólo se jugaba en la alta aristocracia. Cuando uno de los generales se fue con sus tropas hacia Rusia, el tío le encargó que buscara a su hermana que quizás estaría viva en alguna parte de Ucrania.

Un día le llegó un despacho del Alto Mando: Habían encontrado a su hermana en una cárcel. Los socialistas soviéticos la habían encarcelado veinte años atrás. Mandaron a su hermana a Berlín a cuenta del Reich. El tío se encontró con una mujer esquelética, trastornada y totalmente inculta. Ni sabía lo que era un W.C.. En sus brazos llevaba a un niño, resultado de un posible atraco de uno de los guardias de la cárcel, pero el tío estaba feliz. Su fe de que algún día se encontraría con Eugenia nunca falló. El sabía que solamente a través del cielo él podría volver con su hermana. Encontró a la aguja en un pajar.

ESCUELA PRIMARIA

Con seis años entré a la escuela. Yo era el más joven, el más pequeño y el más malo del curso. Cada mañana a las siete tenía que acompañar a mi madre a la misa. Desde la iglesia tenía que ir solo a la escuela con mi pequeña mochila sobre la espalda. A las ocho empezaban las clases. En el primer año teníamos una señorita solterona como profesora.

A primera hora se rezaba a Jesús cuyo crucifijo estaba colgado sobre el pizarrón. Después desempaquetábamos nuestros utensilios: una pizarra enmarcada de madera, de la cual colgaba un cojincito para secar la superficie de la pizarra, una caja alargada y lacada que contenía dos lápices de un material duro con los cuales escribíamos sobre nuestras pizarras, una cajita redonda con una esponja mojada, un libro con el abecedario y alguna cosa para comer en el primer recreo, porque recién a esa hora comíamos la primera comida del día, ya que no se podía servir ningún alimento seis horas antes de comulgar.

Cuando se nos olvidaba llevar la esponja mojada escupíamos sobre la pizarra para borrar la superficie y si no quedaba bien limpia éramos castigados. En esos tiempos se castigaba mucho a los niños, ya sea en la casa, en la iglesia o en la escuela, con bofetadas o con varillazos de bambú sobre las manos o el trasero. El castigo máximo era la pegada sobre el traste desnudo.

En el segundo año nos prepararon para la Primera Comunión. Terminadas las instrucciones en la escuela como en la parroquia el “Domingo Blanco” nos juntábamos en el centro del pueblo y desde ahí caminábamos bien ordenados hacia la iglesia. La primera columna la formaban los niños, vestidos con trajes de marinero y con zapatos de charol. En la mano llevábamos una larga vela adornada de verde y con una cinta que decía en letras doradas:

Primera Comunión 1934. Detrás de los niños caminaban las niñas vestidas de blanco. Detrás caminaban, también en formación, los padres, padrinos y parientes.

Cantábamos, mientras desde el campanario sonaban majestuosamente las campanas. Nos sentíamos santos y puros en el camino hacia Jesús. Como la ceremonia era tarde en la mañana y no habíamos desayunado, sentíamos hambre pero nos enseñó el capellán que esto sería solamente un pequeño sacrificio comparado con lo que Cristo sufrió en la cruz. Entramos a la iglesia. El poderoso órgano y el coro nos hicieron sentir importantes. Recibimos el cuerpo de Cristo con mucha devoción.

Después de la misa, como a las once de la mañana, nos fuimos a tomar el desayuno en casa. En la tarde llegaron los parientes, mis padrinos ya habían muerto y no me podían acompañar, lástima que de ellos no recibí regalos. A las cuatro había café, kuchen y torta para los invitados, más tarde vino y un plato frío. Mientras los mayores se entretenían en el living yo jugaba, como siempre, en la calle con mis amigos del barrio. Me habían regalado una pelota de fútbol y la teníamos que probar.

De repente me llamó mi madre y me dijo que no jugara con los zapatos de charol, pero ya era tarde. De charol quedó poco. Ese día no me castigaron pero tenía que permanecer con los viejos en una pieza llena de humo de puros y escuchando las carcajadas de los chistes que contó un tío.

Yo era un niño travieso con la cabeza llena de tonterías. Fuera de los castigos de la casa también la profesora solterona me castigaba mucho. Siempre me llamó al pizarrón y tenía que ofrecer mis manos. Generalmente me daba seis varillazos en cada mano que dolía hartito, pero no lloraba, solamente la miraba con una cierta sonrisa, lo que le daba más rabia, pero como el castigo ya lo había anunciado, dejaba su rabia para el próximo castigo. Yo era un rebelde. A pesar de los castigos y las comunicaciones a mis padres, nada me hizo cambiar.

Un día iba caminando hacia una construcción al borde del pueblo donde mi padre edificaba una casa. Tenía que pasar por un barrio bravo donde mi presencia no era del agrado de nadie. Un cabro me vió pasar y me persiguió tirándome piedras. Yo arranqué y ya cerca de la obra también empecé a tirar piedras. Yo era conocido por mi buena puntería. Una piedra dió en la cabeza del chiquillo y éste se desplomó. Inmediatamente empezaron a gritar los maestros y llamaron a mi papá. Yo arranqué a los bosques cercanos y no supe lo que pasó con el niño. Angustiado, empecé a rezar para que no se muriera el fulanita. Cuando, después de muchas horas, volví a mi casa mi padre me recibió en el vestíbulo y descargó toda su rabia contra mí. Mi padre era un hombre de casi un metro noventa de estatura, me tiró al suelo y me empezó a patear. Yo estaba desesperado y grité para que mi madre me salvara porque jamás había visto a mi papá tan alterado. Ella llegó corriendo y cuando vió el espantoso espectáculo se tiró encima de mí. Ahí terminó el mas feroz castigo que había recibido en mi vida. Desde ese momento mi padre nunca más me castigó, dejando las sanciones a mi madre. Cada vez que ella me castigaba en presencia de él, sólo decía: Este es tu hijito, éste no tiene nada en su cabeza, tu verás que no va a ser nunca algo en su vida.

NICKEL

Quiero dejar un homenaje a mi amigo Nickel quién era compañero en el primer año de la escuela primaria en el año 1933. El, sus padres y hermanos vivían en una buhardilla cerca de mi casa. La habitación era de una sola pieza alargada. En el techo, con las tejas a la vista, habían 3 pequeñas lucarnas por donde entraba algo de luz. El piso era de tablas de pino oscuro de mugre. En un rincón había una cocina a carbón, un lavaplatos de zinc, una mesa añeja y 5 cajones de manzana que eran las sillas. Habían 2 ampolletas de 25 Watt y una cuerda entre los tijerales donde se secaba la ropa. En un rincón había en el suelo un colchón de yute relleno de hojas secas que la gente recogía en los espesos bosques que envolvían al pequeño pueblo de unos 4.000 habitantes. Los niños tenían que dormir sobre unas apolilladas frazadas sobre el suelo. El retrete estaba en el jardín y lo compartían con los dueños que vivían en el primer piso. Era una casucha, siempre rodeada por una nube de moscas. Adentro había una repisa de madera con un hoyo, debajo se acumulaban los excrementos, a los cuales se echó de vez en cuando una capa de cal viva. En una pared había un clavo con papeles de diario cortados a la medida necesaria. La chapa de la puerta era un clavo doblado que giraba y mantenía la puerta, con una abertura en forma de un corazoncito en su parte superior, siempre cerrada.

Nickel era mi amigo y su mundo era así y a mi no me molestaba. Después de haber hecho las tareas, jugábamos con los otros niños del barrio en la calle, porque automóviles habían muy pocos y no circulaban por nuestro pequeño barrio. Eramos niños malos y yo siempre tenía la cabeza llena de diabluras. Con nuestras hondas tirábamos piedras los sábados en la tarde a las pequeñas ventanas de un taller, tocábamos los timbres de las casas y en otoño robábamos las frutas en los huertos. A veces nos enfrascábamos en peleas con los niños del otro vecindario a piedrazos. Matábamos los pajaritos que se posaban en los alambres eléctricos. Mamá quería que fuera monaguillo, pero el pueblo era pequeño y todo el mundo conocía a todo el mundo. El cura sabía que yo era un diablito, porque me tenía que confesar semanalmente y así él, más que nadie, sabía todas mis maldades. Pero a mis padres también llegaban los reclamos de los vecinos. Ya me había acostumbrado a los castigos que, por las manos de mi madre o mi padre, caían sobre mí. Era indomable, siempre estaba metido en algún lío. Pero a pesar de que éramos diablitos, por el otro lado éramos niños inocentes, no había maldad, porque todo era juego. Los que eran malos eran de otro barrio que se fueron con las niñas a los bosques a hacer cochinas. Todo esto reventó cuando uno de éstos bandidos introdujo una piña en la parte sexual de una niña y la tuvieron que llevar al hospital para sacársela. Todo el pueblo supo de eso y naturalmente también nosotros. No, esos no eran nuestros juegos, ni se nos pasó por la mente sacarnos la ropa delante de otros.

El padre de Nickel no tenía trabajo. Lo veo todavía sentado en la escala de la ratonera que arrendaba mirándonos cómo jugábamos. Era un esqueleto, los ojos hundidos, manos de puros huesos y delgados. La mamá de mi amigo era igualmente esquelética, tal como todos sus hijos. Cuando mi mamá me llamaba a tomar onces en la tarde siempre convidaba a mi amigo, porque ella lo quería mucho y seguramente algún alimento le dejaba secretamente en la oscura escala que conducía a la buhardilla. Nickel siempre comía hartito, pan con mantequilla y mermelada, café con leche y a veces un pedazo de kuchen que había sobrado del domingo.

Durante unos días mi amigo no llegó al colegio. Como era mi compañero del mismo banco tenía que ver qué pasaba con él. Golpeé la mísera puerta y la mamá del desaparecido me

abrió. Estaba con lagrimas en los ojos, me apretó con sus huesudas manos y, sin decir una palabra, me llevó al colchón del suelo. La monja-enfermera del pueblo le mojaba la frente. Nickel me miró con sus enormes ojos sin hablar. Después de un rato me mandaron para afuera. Me quedé muy triste. Cuando llegué a mi casa le conté a mi madre. Ella ya lo sabía y me dijo que mi amigo estaba muy enfermo y que rezara mucho por él.

Unos días más tarde, cuando regresé de la escuela, mamá me contó que Nickel había muerto de tuberculosis. Corrí de inmediato a la oscura y miserable buhardilla, porque no podía creer que un niño tan joven pudiera morir, porque, qué mal había hecho, porqué tenía que morir? Llegué arriba y entré en el funesto espacio. Ahí estaba mi amigo, blanco como un ángel, con los ojos cerrados, vestido con una camisa de dormir blanca, acostado en un cajón puesto sobre dos cajas de manzanas. Una sola vela blanca iluminaba con su tenue luz la macabra, pero solemne escena. Ahí estaban sus padres y hermanos, silenciosos y mirando al que yacía en el cajón. Seguramente pensaban lo mismo que yo, esperábamos que de repente abriera sus ojos y volviera a estar con nosotros. En ese instante me di cuenta de la miserable habitación que siempre la encontré como algo que debería ser así. Sentí de repente la profunda miseria en que vivía esa gente, sin esperanza y con un hijo muerto. Yo no podía llorar, algo se rebelaba dentro de mi pequeño cuerpo. Sentí que la pobreza era cruel, injusta, y dolorosa, inmensamente dolorosa. ¿Por qué no se podía salvar ésta vida? ¿Por qué me quitaron a mi mejor amigo?. No encontré respuesta en mi mente infantil. Sentí que la vida era cruel.

El funeral era pobre. No había carroza, ni flores, ni gente, ni banda de música. Sólo silencio en el camino al cementerio donde los sepultureros tiraron el cajón en un hoyo y de inmediato lo taparon con tierra.

Amigo Nickel, que Dios te dé el eterno descanso. Amén.

EL INTERNADO

Como era un niño travieso no me gustaba estudiar, pero sí me gustaba jugar fútbol, hacer diabluras y sobre todo soñar. En las noches inventé películas enteras. Corrí el peligro de quedarme pegado en un curso de secundarias del colegio de Sankt Ingbert. Mamá, desesperada con su niño regalón, me llevó al seminario mayor de Espira donde estaba la sede del obispo de nuestra diócesis.

Ella siempre había querido que uno de sus hijos estudiara teología, quería un sacerdote en su familia. Con mis hermanos mayores no tuvo éxito, pero esperaba que este niño desastroso podría a lo mejor olvidarse de sus tonteras y su flojera y servir para el sacerdocio, naturalmente mediante sus oraciones y plegarias.

Llegamos a la oficina del obispo. A mi mamá la monja la dejó pasar de inmediato al despacho del prelado porque ella era persona conocida por su hermano que era abate de un conocido claustro dentro de la diócesis. Ella entró en la oficina y a mí me dejaron afuera, esperando en un pasillo decorado con mano de monja, piso brillante de mármol reconstituido, ventanas tipo reja de cárcel, maseteros en jaulas de palitos pintados blancos con geranios rojos y

rosados, muros pintados café de óleo brillante hasta la altura de las manos y para arriba en color celeste. Yo era un cabrito chico, pero a esa edad ya no me gustaba este ambiente inhóspito y frío. Luego de un rato mamá salió de la oficina y me dijo que teníamos que ir a Sasbach en Baden, en la Selva Negra.

Según monseñor, en el internado de ese pueblo permanecerían aún sacerdotes que manejaban este colegio y al cual los nazi todavía no habían echado mano. Con mi madre tomamos el próximo tren a Sasbach en Baden. Después de unas horas de viaje llegamos a este pequeño pueblo al pie de la Selva Negra, en el valle del Rin, frente a Estrasburgo. Llegamos a un conjunto de enormes edificios, subimos una enorme escalera y tocamos la campana en la portería. Detrás de una ventanilla nos saludó una monja con una altísima toca blanca. Ella se parecía a uno de éstos extraños seres de la edad media. Saludamos con “Grüss Gott” y nos hizo pasar a una sala de espera, porque mamá pidió conversar con el rector. La sala de espera era de buen gusto, muros con reproducciones de cuadros, cortinas y ventanas altas, alfombra en el piso, muros pintados en colores cálidos, había ambiente.

Nos sentamos a esperar silenciosamente al rector. De repente se abrió la enorme puerta de la oficina del rector y apareció un nazi de más de dos metros de altura, vestido en un impecable uniforme de la S.A. y con el brazalete de la cruz suástica en su brazo izquierdo. Creo que a mi madre jamás en la vida le había pasado una sorpresa tan grande y creo que hasta se mojó sus calzones de tanto susto. Ella, de un metro cincuenta de estatura enfrentada a un nazi de más de dos metros!. El galante rector nos hizo pasar a los dos a su escritorio. Mamá le contó toda la historia de este niño inútil, flojo, soñador y que todo el día jugaba fútbol. Mamá le dijo al rector que en Espira le habían contado que en este internado aún enseñaban sacerdotes.

El gigante le dijo a mi minúscula madre: Señora no se preocupe, nosotros tenemos aún dos sacerdotes que enseñan. Déjenos a su hijo aquí, nosotros nos preocuparemos de él y lo vamos a enderezar. Váyase no mas, pida a la monja portera la lista de los implementos que debe enviarnos y el asunto está arreglado. Todo pasó tan rápido que mi mamá no tuvo tiempo para reaccionar. Se despidió rápidamente de mi y desapareció, dejándome solo a 300 kilómetros de mi casa. Una monja me llevó de inmediato a la sala de clase que me correspondía. Me presentó como un nuevo alumno del curso. Silencio en la sala. Todos estaban haciendo las tareas y durante ese tiempo nadie tenía permiso para hablar. Ahí me senté en una banca vacía y empecé a llorar. Tocó una campana y todos se levantaron gritando. “Vamos a comer”, así me gritaron y no me hablaron más. Les seguí al gran comedor. No comí nada, porque estaba con mucha pena y nostalgia. Solo, solo, mi madre y mi padre lejos. Tenía miedo a este nuevo y extraño ambiente, tan cruel, tan frío. Después de la comida me llevaron al enorme dormitorio y me asignaron un closet y una cama. Dejé mi poca ropa y el reloj que me dejó mi mamá en el armario y me escondí entre las sábanas para llorar tranquilo. En la mañana me fui a lavar al enorme lavatorio en una fuente de aluminio que me asignaron y después fui a buscar mi ropa y el reloj. El reloj no estaba. Reclamé al inspector, pero nunca mas supe del reloj de mi madre. Me recordé de mi madre cuando un día, en casa, dijo que todos estos nazi eran una tropa de ladrones, que sacaron las cruces de las escuelas y que habían llevado a los campos de concentración a muchos conocidos de ella de origen judío. Ahora me sentí en medio de estas bestias y sin poder salir de ahí porque mi mamá ya se había ido.

El internado era inmenso. Muchos edificios para albergar a tantos estudiantes internos y externos. En todos los rincones colgaron fotos de Hitler y el saludo en la mañana, al empezar cada clase, era “HEIL HITLER”. Todo se movía dentro de un estricto horario y en orden. A mi no me quedó otra alternativa que subyugarme a este sistema de vida siempre bajo la vigilancia de un inspector, durante el día y la noche. No me quedó tiempo para soñar, hacer leseras o abstraerme.

Me acordé del rector que nos dijo que habían dos sacerdotes en el colegio. Uno era el antiguo rector, ya viejito, y apenas podía hablar. El otro era un capellán joven quien me consoló mucho en el primer tiempo de mis penurias. Nos hicimos muy amigos. A él debo mucho de mi formación cristiana, y no solamente yo, sino a un grupo importante nos mostró el camino a Jesús.

En uno de estos primeros días en el colegio me citaron para que me tomaran exámenes. Después de la comida se llenó de gente la sala de mi curso. A mi me sentaron en una silla frente al escritorio del profesor. Alguien gritó: “!Llega la comisión, silencio en la sala!”. Entraron varios profesores jóvenes en la sala y me empezaron a interrogar sobre mi familia, si había relaciones sexuales con alguna niña, cuales eran las prendas íntimas que llevaban las mujeres, si me gustaba fumar a escondidas etc. etc.. Yo estaba muy confundido, no sabía de prendas femeninas íntimas, no entendía porqué tenía que tener relaciones con una niña, eso sí que fumaba a escondidas. Seguían las preguntas en una sala silenciosa. Como no contesté lo que ellos esperaban, de repente interrumpieron la sesión y se sentaron juntos a discutir. Yo estaba muerto de susto. Después de un rato me sentenciaron: Serás castigado durante una semana para que aprendas como debe portarse un joven alemán. Después se levantó la sesión y todo el mundo se fue muy serio a la cama cuando tocó la campana para ir a dormir. Yo no entendí nada. Las preguntas eran tan extrañas y a veces tan absurdas. Cuando me acosté me pregunté cuáles serían los castigos, ya que no había hecho nada malo.

Al día siguiente descubrí que toda la ceremonia de la noche anterior aparentemente era una farsa y que todo este teatro lo hicieron a cada alumno nuevo que se incorporaba al internado. Los profesores eran alumnos de los últimos cursos con bigotes pintados, corbatas y ternos serios. Bueno, pensé, esta era una broma. Pero me equivoqué. Cada noche, después de la comida y durante una semana me pescaron en la oscuridad algunos tipos y me llevaron con los ojos vendados a un subterráneo. Ahí me ataron de pies y manos y me taparon la boca con un trapo para que nadie pudiera escuchar mis gritos. Me pegaron y me patearon, una noche me raparon el pelo y me clavaron con agujas. Otras veces me dejaron desnudo en el helado subterráneo. Siempre algunos fumaron y apagaron sus puchos en mi cuerpo. Sufrí muchísimo y tenía terror al descanso después de la comida, la hora de mi tortura.

Me advirtieron de que si hablaba con alguien sobre este castigo, este se prolongaría por más y más tiempo. Estaba asustado en este incierto ambiente. No hablé jamás con nadie porque además no sabía quiénes eran los que me torturaron. Meses mas tarde cuando estaba seguro de mi amistad con el joven padre Wunsch, le hablé de este asunto. Le pedí que no hablara con nadie porque tenía terror a que me sometieran a nuevos sufrimientos. El sabía de estas torturas pero no habían testigos. ¿Era la antesala de los futuros campos de concentración?.

Existía mucha crueldad en el internado. Entre los alumnos era costumbre, mejor dicho ley, de que nadie jamás podía delatar a algún compañero. Cuando se descubría que alguien de un

curso hacía alguna maldad llegaba el gigante rector nazi preguntando por el autor... y siempre se levantaba el curso completo, entonces repartía bofetadas a tontas y locas a todo el curso y se retiraba.

A mi me pillaron una vez in fraganti, disparando con un rifle a poston a un niño en el patio. Llegó el gigante nazi a la clase: Michaeli, ven aquí adelante, ponte sobre el banco, baja tus pantalones y aquí tienes tu castigo. Sacó debajo de su brazo una larga varilla y me dio 25 azotes con rabia sobre mis pueriles nalgas.

En otra oportunidad, un compañero de mi curso denunció a uno de nosotros al inspector. El inspector nos sopló que este tipo no era un buen compañero. En la noche un grupo de estos salvajes sacaron al pobre de su cama, lo desnudaron y lo llevaron al patio en pleno invierno, lo revolcaron en la nieve y lo dejaron ahí. Le cerraron la puerta de acceso principal y el pobre tuvo que gritar al inspector para que le abriera la puerta. El joven hizo la denuncia y jamás se supo quién lo había castigado, pero nosotros sabíamos que ese inspector era distinto, bueno o malo, no lo puedo juzgar.

Esta era la semilla que sembraron los nazi para formar las futuras S.S., los asesinos de tanta gente inocente. Heil Hitler!.

“LA HEIMSCHULE LENDER” DE SASBACH

Sasbach es un pequeño pueblo en la carretera entre Karlsruhe y Freiburg, frente a Kehl y Strassaburg, al pie de la Selva Negra. El internado se ubica en el vecindario del cementerio del pueblo de Sasbach.

Alrededor de un gran patio central se levantan varios edificios con salas de clases en los dos primero pisos y salas dormitorios en la mansarda de los pisos superiores. En un edificio se ubicaban los comedores de los alumnos de primera y segunda, las salas de profesores y la cocina. En el subterráneo estaban las salas de calderas de calefacción y la panadería. En otro edificio menor se encontraba la enfermería.. El gimnasio era el edificio mas pequeño. Adyacente al conjunto de estos edificios se encontraban las canchas de deportes y mas allá, en un terreno amplio estaban los huertos y campos agrícolas del colegio manejados por las monjas. A 500 metros de distancia se encontraba un edificio anexo con habitaciones individuales que antes de los nazis era para los hijos de los pudientes, pero en mi tiempo era ocupado por los hijos de los simpatizantes del régimen.

En un semisubterráneo de los edificios principales se encontraba una capilla para unas 100 personas donde se celebraba misa diaria. Los domingos, las misas se celebraban en la iglesia del pueblo. En las misas solemnes en el pueblo cantaba siempre el coro de nuestro internado dirigido por nuestro querido padre Wunsch. Los que querían ir a misa tenían que levantarse temprano porque el pueblo estaba distante. A las 10 de la mañana había concentración de la juventud hitleriana en la cual todos teníamos que participar. Era la Hitlerjugend.

Al cura le gustaba que fuéramos a la misa del pueblo porque nuestra presencia daba un cierto rango a la ceremonia, ya que todos los feligreses eran simples campesinos. El capellán, después de la misa, siempre nos tenía algún regalo, frutas de su huerto, dulces o helados.

Parece que yo tenía buena voz y a veces me tocaba cantar solo el Ave María, el Sanctus y otros segmentos para soprano, todo cantado en latín

El padre Wunsch era joven y debe haber tenido algún defecto físico por no haber sido llamado a las armas, ni aún durante la guerra. El era nuestro gran amigo del grupo de los católicos observantes. En los recreos jugaba fútbol con nosotros, nos daba explicaciones sobre el sexo en forma tan hermosa y delicada que nos quedaron grabadas para siempre. Para él, el sexo era un tesoro que había que cuidar como algo sublime y no se debía despilfarrar. Nos enseñó el respeto al otro sexo, la continencia, el ideal de llegar al matrimonio limpio, por la castidad y por nobleza. Todo lo explicó abiertamente, sin rodeos, lo que en esos tiempos, era un tema totalmente tabú.

En mi curso había un muchacho de unos tres años mayor que yo, lo que por sí era una excepción pedagógica dentro del curso. El era grande y robusto, yo era pequeño y algo gordito. A mi me llamó la atención de que cada vez que yo iba al urinario él aparecía a mi lado. Siempre me conversaba. Un día me mostró sus genitales lo que encontré muy extraño. Eso pasó varias veces. Yo estaba confundido, porque no entendía lo que eso significaba. Un día le dije que no siguiera con esas tonteras. Se enojó y me dijo que si yo lo delataba a alguien me iba a matar. No entendí nada, ¿para qué me tenía que matar?. Un día me molestó y me agarró. Yo escapé y decidí hablar con el rector. Este lo llamó de inmediato y le dijo que yo le había acusado. El rector le indicó que éste tipo de gente no tenía lugar en un país nacional-socialista, menos en ese internado. Le mandó a empacar sus cosas y lo manó de inmediato a su casa

Dicho y hecho, el compañero Beaumont tuvo que tomar el próximo tren a su casa. Se las arregló para acercarse a mí y me dijo: Te voy a perseguir durante toda la vida, porque te voy a matar. Yo era muy ingenuo, no sabía que significaba todo eso. Mas tarde el padre me explicó que era un homosexual y también me explicó lo que pretendía hacer. Me bajó el pánico. El fulano vivía cerca de mi pueblo y en cada una de las vacaciones temía que éste tipo apareciera en mi casa con un cuchillo para matarme. Mi angustia terminó cuando, después de la guerra, supe que había muerto en el frente.

Otra vez me salvé de algo que quizás hubiera destruido mis ideales.

INICIO DE LA GUERRA

Alemania inició la guerra contra Francia el 10 de mayo de 1940. Mi pueblo se encuentra muy cerca de la frontera francesa. Una mañana sentimos un estruendoso cañoneo. Salimos a la calle y mirábamos al cielo y vimos como a floraban nubecitas blancas alrededor de un avión bimotor francés que volaba a baja altura. Bruscamente salió un grueso humo negro del aparato. Nuestra defensa antiaérea había dado en el blanco. El avión, aparentemente ya sin control, vino bajando directamente hacia el pueblo. Dos hombres saltaron desde la maquina sin que se abrieran

sus paracaídas, porque la altura era ya muy baja. El aparato cayó sobre un galpón donde se fabricaban rollos de coligue. Sentimos una tremenda explosión y de inmediato vimos una gruesa nube negra. Corrimos al lugar y vimos como el fuego consumía la estructura de la pequeña fábrica y parte de la casa del dueño. Llegaron los bomberos y tuvimos que dejar el lugar para que ellos pudieran trabajar. El propietario del inmueble tenía doce hijos. Cuando vieron al avión bajando hacia su propiedad arrancaron todos, pero uno de sus niñitos no se percató del peligro y siguió jugando en la fábrica. Cuando los bomberos apagaron el siniestro encontraron al pequeño totalmente calcinado. Esta era la primera víctima inocente de la cruel guerra que recién había comenzado. Los dos franceses fueron encontrados con los huesos de las piernas incrustados en su tórax.

El gobierno mandó la inmediata evacuación de todos los niños que vivían en la zona de los combates. Con mis primos me llevaron a la casa de un tío sacerdote en Elmstein en el Palatinado, lejos del límite con Francia. La casa parroquial era bastante grande para dar cabida a los seis primitos.

Mi tío era un hombre muy estricto y terco y mas aún su empleada doméstica que olía a establo de cabras que ella criaba en el subterráneo. La Fräulein Gretchen era muy fea y ninguno de nosotros la queríamos.

Elmstein es un pueblo pequeño, situado en medio de preciosos y tupidos bosques, atravesado por un estero de aguas transparentes. Muy luego me hice amigo con los niños del vecindario. Ellos me enseñaron como atrapar truchas que vivían en esas aguas frías. Eso me fascinó. Después de la pesca comimos las truchas en las pobres cocinas de los nuevos amigos. Las casas eran generalmente viejas, oscuras y malolientes por los animales que se criaron bajo el mismo techo.

Al tío y a la “Cara de cabra” no les gustaban estas amistades. Cada vez que quería juntarme con ellos tenía que salir de la casa sin que ni ella, ni él, me vieran. A mi regreso les decía que estaba caminando por los bosques. No me creían y me obligaban a quedarme en la casa, en el jardín o en la huerta que quedaba al otro lado del estero. En una bodega se guardaba la leña, otro lugar donde entretenerse. Un día tomé el gran hacha para hacer una imitación de una granada de mano. A penas podía levantar la pesada herramienta, pero alcancé a dar forma al mango de la granada. En el último hachazo me descuidé y con la parte filuda me corté un pedazo del pulgar. La sangre brotaba y corrí a la cocina pidiendo auxilio a la Gretchen. Ella me puso una venda y partimos a la casa de las monjas donde la monja enfermera me limpió la herida y me puso un vendaje adecuado. Toda la curación fue muy dolorosa porque se hizo sin anestesia. El reto de mi tío fue tremendo. Me castigaba a rezar en el dormitorio y no me dejaba salir a ninguna parte. Tenía que jugar con mis aburridos primos.

Un día el tío nos trajo un par de pantuflas nuevas a cada uno. Era un regalo apreciado porque nosotros no teníamos zapatillas. Se usan solamente en la casa, oíste Sepp, solamente en la casa!. A mi qué me han dicho. Como me habían prohibido salir a la calle, un día me puse las zapatillas y me fui al puente, que pasaba dentro de la propiedad parroquial sobre, sobre el estero. Me senté al borde y observé las alegres truchas. Era fascinante como se movían tan ágiles. Hasta ahí me recuerdo. Luego, nunca supe lo que pasó, me desperté parado en las heladas aguas en el medio de las truchas. Dios mío, ahora me va a tocar duro con el tío. En ese momento

llamaron a almorzar. Fui a la casa y dejé las pantuflas en el patio, me puse mis zapatos y me senté en la mesa. El tío rezó y pidió la bendición sobre estos niñitos.

La Gretchen me había observado desde la ventana de la cocina cuando fui al agua y peor aún cuando volví con esas deformadas cosas de fieltro.

La muy antipática, haciéndose la distraída, entró al comedor y preguntó de quien eran esas dos cosas, agitándolas con sus manos frente a mi tío. Son mías, dije asustado. El tío montó en cólera y me llevó a su escritorio, retándome. Yo traté de explicarle que no sabía lo que me había sucedido, pero el siguió gritando y no me escuchó.

“Inclínate sobre esta silla y baja tus pantalones”. Con una delgada varilla me dio una tremenda paliza despotricando que yo era un inútil, un malcriado, un diablo, que jamás sería algo en la vida. Este horrible castigo se me grabó en mi mente y nunca mas quería ver a este hombre cruel. No lloré, desde ese día no quería comer mas y lo único que quería era volver a mi casa. El tío llamó a mis padres que me vinieron a recoger en tren y volvimos al pueblo. En la casa las cosas eran terribles: Bombardeos, ambulancias, muertos y heridos en el hospital de campaña que se había levantado en la escuela. Vi como llegaban ensangrentados esos pobres soldados. Un día vi uno que estaba con el cerebro a la vista, fue horrendo!.

MUERTE DE MI HERMANO

Era un día de noviembre de 1941. Los cerros de la Selva Negra lucían sus primeras nieves iluminados por un sol radiante. En la cancha de fútbol jugamos un campeonato entre los distintos cursos del internado. Por primera vez podía jugar en primera. Estaba orgulloso, porque era el mas pequeño y el mas joven entre ellos. Hacía tiempo que quería jugar en la competencia porque el fútbol me fascinó siempre. Jugaba muy bien y el capitán me dijo que podría seguir jugando en primera. La dicha era enorme, un sueño cumplido. El almuerzo de ese día era excelente porque sirvieron mi plato favorito y parecía que hasta las monjas de la cocina celebraron mi nominación. Que día tan hermoso.

Durante el recreo comentamos lo sucedido en la cancha y nuestro triunfo sobre el curso paralelo.....Michaeli.....Michaeli..... tienes una llamada por teléfono. Me extrañó que alguien me llamara, porqué sería? Seguramente otra buena noticia mas!.

Corrí a la portería donde la monja portera me pidió que entrara en la cabina del teléfono, porque tenía una llamada de mi padre. ¿Qué querrá mi padre?. Seguramente le llamó el director por mi mala costumbre y que tenía que abandonar el internado..

Tomé el pesado fono negro: Aló.....aló.....Sepp, era mi papá. Pero papá, porqué no hablas, qué pasa?.....Sepp, nuestro Werner murió.....murió en Rusia, cerca de Moscú. Papá estaba llorando, yo ya no podía decir nada. Mi mundo se hundió, colgué el teléfono. Mi hermano Werner, mi mejor amigo, no podía ser, no podía ser, se equivocaron, no, no, él no estaba muerto. Voy a tener que vengar esta injusticia. Me mataron a mi gran hermano!.

Se me vació mi mente, no podía pensar. Mi alma, todo se acabó. O dolor, o dolor. Todo mi Yo se había derrumbado en un segundo. Porqué me mataron a mi ídolo, mi hermano era inocente. Yo no me acuerdo de lo que hice después del telefonazo. La monja me había llevado a la capilla, dejándome solo con mi dolor y, porqué no decirlo, con mi rabia. Yo, que te amo Dios, porqué me quitaste lo más apreciable que tenía, porqué me castigas a mí, un niño, a mis padres y a mis hermanos! Pobres padres míos, tan lejos que estoy de ellos, deben estar tan desolados. Una rabia enorme fue invadiéndome. Hubiera querido matar a todos esos rusos que tanto daño hicieron a mi familia. Me hubiera gustado ir al frente y pelear contra todos, dar mi vida por la de mi hermano. Señor, porqué me castigaste tanto, tanto!. Tanto que he rezado y ahora me quitas lo más precioso, no te entiendo. Ahí me quedé solo en la capilla peleando con Dios, con la injusticia, la muerte inútil de un ser puro.

Había perdido la noción del tiempo. Estaba confuso: Por un lado me enseñaron a odiar a los enemigos de la patria y por otro lado a amar a tus enemigos, no podía entender nada. ¿Dónde está la verdad?. No sé cuánto rato me quedé en el estado de total ausencia. Estaba oscuro y la monja me llevó a mi dormitorio. No podía dormir, quería morir, estaba desorientado. Me sentí abandonado y ya nada tenía valor para mí. Al día siguiente me levanté sin darme cuenta de qué hacía, pero seguí la rutina de todos los días. En la sala de clases se me acercaron mis compañeros para consolarme. No quería saber, ni escuchar nada de ellos, porque vivía en otro mundo muy alejado. No aguanté de estar a la vista de los del curso y me refugié en la capilla. Peleaba con Dios, lo encontré injusto, cruel. Porqué me hiciste esto!.

Durante una semana anduve sonámbulo y nadie me molestaba, ni los alumnos, ni los profesores. Siempre llegó alguno que me ofrecía algo, pero mi respuesta fue siempre: Déjenme tranquilo. No comía, porque no tenía apetito, no dormía porque mi mente estaba peleando con Dios. Pasé como una semana en este estado de shock. Poco a poco volví a la vida y me di cuenta de que yo era un inútil. En mi cabeza siempre tenía leseras, jugaba fútbol y no estudiaba.

Pensé que la única salida de ese hoyo podría ser Jesús. Conversé mucho con él, día y noche. Empecé a rezar por mi hermano para que Dios lo llevara hacia él.

Poco a poco me di cuenta de lo inútil que era yo, lo flojo, lo irresponsable, lo maldadoso. Tengo que cambiar mi vida!. La muerte de mi hermano se transformó en el más cruel mensaje que me mandaron del cielo. Desperté!. Empecé a estudiar. Mis notas fueron mejorando, me había transformado en un hombre responsable, estudioso, serio. Sólo Dios sabe porque me mandó este cruel mensaje, pero desde ese día mi vida cambió para siempre.

MAMA SE SALVA

“Negros” llamaron a toda la gente que no se identificaba con los Nacional-Socialistas. El término proviene del color de las sotanas de los sacerdotes: Negro. Mis padres y toda nuestra familia pertenecieron a los Negros. Mi madre era de misa diaria y en la casa se vivía una vida cristiana hasta en los mas pequeños detalles, como por ejemplo, hacer la cruz sobre el pan antes de cortarlo, persignarse con agua bendita y rezar antes de acostarse, rezar antes de sentarse en la mesa, confesarse y observar las enseñanzas de la iglesia..

Mis padres no eran fanáticos admiradores de los curas y tenían muy claro que ellos eran seres humanos e imperfectos. Muchas veces escuchábamos críticas, a veces muy duras contra algún clérigo, pero se les tenía respeto porque eran los representantes de Cristo en la tierra.

Cuando llegó el régimen nazi al poder uno de los primeros actos era de sacar los crucifijos de las escuelas lo que era un duro golpe a los creyentes. Los opositores no podían hacer nada porque el partido manejaba a la gente mediante el terror. Todos temíamos de ser acusados y llevados al Campo de Concentración.

Había dentro del régimen nazi partidos para niños de seis a catorce años de edad, la llamada "Hitlerjugend", que vestían uniformes negros siempre con pantalones cortos en verano como en el invierno. Después seguía la Hitlerjugend hasta los dieciséis y dieciocho años que llevaban uniforme color café claro. Después siguió el reclutamiento al "Servicio de Trabajo" con uniforme café algo mas oscuro. El R.A.D. (Servicio de Trabajo del Reich) enseñaba a hacer trincheras, manejar armas y vivían en campamentos lejos de la casa. Después de un año en este servicio uno era llamado al Ejército. Paralelamente existían la N.S.D.A.P. (el partido nacional-socialista de los trabajadores alemanes) y el partido de las mujeres, la "Frauenshaft", estos dos últimos no eran obligatorios, pero en ellos se concentraban los fanáticos seguidores de Hitler. Todas estas agrupaciones eran vigiladas por la GESTAPO, la temida policía secreta del estado con poderes sin límites.

En nuestro vecindario vivían muchos nazi, todos miembros de alguna de estas organizaciones, siempre activos, cuidando y espiando a todo el vecindario.

La jefa de la Agrupación femenina era vecina nuestra. Entre ellas organizaron colectas para el partido y en la guerra pasaron por las casas pidiendo para nuestros valientes soldados en el frente.

Un día llegó la señora Elfride, la jefa, con otra compañera a mi casa. Salió mamá a recibirlas. Ellas saludaron "Heil Hitler". Mamá les respondió con un "Salve Dios". Pusieron un gran canasto delante de ella y pidieron algo para los soldados. Ella les respondió que ya no daba mas, porque ya había dado suficiente para la patria. Tengo mi marido y mis hijos en el frente, ustedes saben que di a mi hijo quién murió en Rusia, mi yerno está prisionero en los Estados Unidos, mi hija trabaja en Berlín en un hospital militar. Que mas me piden!. Lisa (así llamaron a mi madre) tu sabes que para la patria y el Führer ningún sacrificio es suficiente. Mamá montó en cólera, les dijo que Hitler era un.....y cerró la puerta.

Días después le llegó una citación a la corte. Las cosas se pusieron complicadas y peligrosas. La pobre se encontraba sola en la casa y debe haber estado muy angustiada, porque una ofensa al ídolo se paga caro. Tenía miedo de que la mandaran al campo de concentración. Debe haberse acordado de los judíos que sacaron de sus casas de noche, en camisas de dormir, y los llevaron en trenes al K.Z. (campo de concentración) y desde donde nunca mas volvieron.

Debe haber rezado muchos rosarios, porque tenía una fe inmensa.

Se presentó ante el tribunal. Delante de ella estaban sentados los “Jueces”, todos de uniforme nazi, con sus pechos llenos de decoraciones. Entre ellos habían varios jóvenes aptos para ir al frente. Ella reconoció su falta y pidió perdón. Después preguntó al jurado porqué estos jóvenes no estaban en el frente ya que para ser juez se puede tener gente de mayor edad. Típico de mi madre, siempre reclamando. Los tipos no se sintieron muy cómodos. Ella les dijo que su hijo cayó muerto cerca de Moscú y todos los jóvenes deberían estar peleando en el frente. Yo soy madre alemana, me condecoraron con la cruz de la madre alemana (esta cruz la recibieron todas las madres que tenían mas de seis hijos, enviada por correo).

Señora, puede irse, en unos días mas la vamos a citar de nuevo para comunicarle la sentencia, no se aleje de su casa.

Llegó de vuelta a su casa. ¿Qué castigo me darán?. No será algo pequeño porque si necesitan tiempo para pensar..... Fue a hablar con su hermano mayor. Pero mujer, en qué te metiste, esto es gravísimo. Siéntate de inmediato a escribir una carta certificada y con “Urgencia” a Hitler y le pides perdón. Cuéntale todas las penurias tuyas y recalca que con tantos sufrimientos se te fue la palabra.

Días después fue citada de nuevo. Le dijeron: ¿Así que usted tiene contacto con Berlín?. “En el nombre del Reich la sentenciamos a una multa de tres mil marcos (el valor de tres Volkswagen), los que tiene que pagar en cuotas mensuales”. Se salvó de las garras del régimen.

Cada vez que llegaba el cobrador a la casa ella le explicaba que no tenía entradas y el dinero que mandaba su marido de Francia alcanzaba a penas para subsistir. Nunca pagó la multa. Cuando, al final de la guerra, las tropas americanas entraron al pueblo ella estaba con mi tío y salieron con banderas blancas a saludar a los libertadores. Lo primero que le dijo al tío fue: No les pagué ni un centavo a estos desgraciados.

RECLUTAMIENTO

A principios del año 1943 llegó una comunicación del REICH al internado, indicando que todos los jóvenes aptos tenían que incorporarse como Luftwaffenhelfer, es decir, Ayudantes de las armas de la fuerza aérea. Nuestra labor sería trabajar como artilleros en los cañones antiaéreos que protegerían las ciudades alemanas de los ataques de aviones enemigos. En la mañana llegó un camión abierto al internado y se llevó a los cursos de 6ª y 7ª secundaria a un hospital militar en la cercana ciudad de Bühl.

Fuimos cantando y muy alegres, porque nos llamó la patria. Todos teníamos entre 15 y 16 años de edad.

El aire del día invernal era muy helado.

En el hospital teníamos que desvestirnos completamente y esperar hasta que uno fuera llamado para el examen. Yo era el mas joven y el mas pequeño del curso. El oficial-medico me examinó junto a una enfermera, delante de la cual me dió vergüenza de estar desnudo. El doctor

no me encontró apto porque no tenía la altura mínima exigida que era de un metro cincuenta y yo llegaba solamente a un metro cuarenta y nueve.

Te libraste, me dijo, no necesitas ir a la guerra, por un centímetro.

Doctor, le supliqué, por favor anote que tengo un metro cincuenta, porque quiero ir a la guerra con mis compañeros del curso. Que importa un centímetro mas o un centímetro menos.

¿De veras que quieres ir a la guerra, donde no se juega con bolitas sino con balas y las balas te pueden matar?, piénsalo bien. Doctor, por favor!. El medico miró a la enfermera que tomó notas del examen y le dijo: Póngale un metro cincuenta. Nos vestimos en ese caluroso hospital y fuimos a la reunión en un auditorio. Llegó el medico jefe en uniforme y nos comunicó que todos habíamos sido aceptados. Felicitaciones jóvenes!. La patria y el Führer los están llamando. HEIL HITLER.

Salimos transpirando del hospital al camión que nos llevó de regreso al internado. Estábamos eufóricos, gritamos y cantamos contra el viento helado que soplabla sobre el camión. Entre otras cantamos la canción que en una parte dice: Seguiremos marchando hasta que todo se haga trizas, porque hoy nos pertenece Alemania y mañana el mundo entero. Estábamos felices.

En el internado el rector, un Nacionalsocialista de 2 metros y 3 centímetros de altura, nos recibió con felicitaciones. Ahora son grandes, dijo. Vayan a empacar sus maletas porque mañana tienen que viajar a sus casas para despedirse de sus familiares. En tres días mas tienen que presentarse en una batería antiaérea de Karlsruhe.

En la noche no podía dormir. Las amígdalas me dolían muchísimo. En la mañana sentía que tenía fiebre y no podía tragar a la hora del desayuno. Me quedé callado y después del desayuno nos fuimos a la estación de ferrocarriles.

Después de largas horas de viaje, con dos transbordos, llegué a mi casa. Mamá se sorprendió al verme tan de repente, vió que tenía fiebre y que no me sentía bien. A la cama de inmediato. Llamó a la monja enfermera del pueblo, la cual detectó de inmediato: Amigdalitis aguda. Mire esto, le dijo a mi madre, cuando me miraron la boca. Estaba con fiebre alta y sentía que la garganta se me estaba cerrando. La monja recomendaba colocar paños calientes y hacer infusiones, pero de nada sirvieron los unos, ni los otros. Al día siguiente me sentí muy mal, apenas podía respirar. Sentía que me iba a morir. Ya no podía hablar y me entendía con mi madre mediante un papel y un lápiz. Rezábamos con mi madre que no se apartó de mi cama. Cuando volvió la monja escuché que decía a mi madre que yo estaba muy, muy mal. Yo estaba tranquilo, no tenía miedo a la muerte. Estábamos en guerra y no había remedios, ni médicos. Aparentemente ya no había salida. Al rato volvió la monja y propuso a mi madre la única posibilidad de atacar el mal: Colocar alternativamente paños hirviendo y bolsas de hielo. Mamá pidió a un niño del vecindario que fuera a buscar dos bloques de hielo que se usaban para mantener la cerveza helada en las cantinas. Mamá rezaba llorando, consolada por la religiosa. Debido a la fiebre tan alta, a ratos yo me desmayaba y no estaba presente. Por fin llegó el muchacho con el hielo. Empezó la tortura: Paños hirviendo, después bolsas de hielo, otra vez calor y otra vez hielo. Mi dolor era insoportable, las aplicaciones siguieron y siguieron. Tanto sufrimiento!.

De repente, con un dolor casi insoportable, salió de mi boca un grueso chorro de sangre y pus. De inmediato sentí que mi garganta se había despejado. Mi garganta era una hoguera infernal. Perdí el conocimiento y desperté en la noche con mi madre dormida junto a mi cama.

Al amanecer escribí sobre el empapelado de la pieza JOSEF VIVE.

El mismo día apareció de repente un mendigo en mi pieza que estaba en el segundo piso. Mamá había ido al almacén a comprar y dejó la puerta de la casa abierta como era costumbre en esos tiempos. El hombre murmuró algo que no entendí. Con señas le indiqué que no podía hablar. El hizo una venia y salió de la pieza. Cuando mamá volvió le comuniqué lo que había pasado, ella revisó toda la casa, pero nada había desaparecido. Lo curioso es que en el tiempo de los Nazi no habían mendigos.

Unos días después fui a ver a un Otorrinolaringólogo en el hospital. Me examinó y me dijo que me presentara al día siguiente porque me tenía que operar. Fui solo al hospital con mi pequeña maleta, porque tenía que quedarme unos días hospitalizado. Cuando llegué a la consulta del doctor él me preguntó si yo era valiente. Si, doctor, soy valiente pero, ¿porqué me pregunta eso?.

Mira, me dijo el doctor, te tengo que operar sin anestesia porque no hay. Te voy a amarrar tus brazos al sillón para que no los levantes mientras yo te opero. La operación es larga y muy dolorosa. “No me amarre doctor, yo he sufrido tanto en los últimos días, que creo que tengo la fuerza para resistir”. No me amarró. Inició la tortura en mi boca, yo miraba a ese gran espejo con un orificio en el centro y mis manos se aferraron al sillón como para hacerlo trizas. El bisturí resbalaba sobre los dientes, labios, lengua, pero no me moví. Me salieron lágrimas de tanto dolor.

Por Dios, que son duras, dijo el doctor, eres un muchacho muy valiente y te estás portando muy bien. El tiempo parecía que se había detenido, la operación siguió y siguió. Cuánto dolor el hombre es capaz de soportar!. De repente el medico dijo con voz baja: Estamos listos. Enfermera, lleve al joven a su pieza y apóyelo bien porque podría desmayarse.

Tres días después hice mi maletín y me fui caminando a través de los bosques a mi casa.

EN LA BATERIA AEREA

Después que el otorrino me dió de alta llegó la orden de presentarme en una batería antiaérea en las afueras de Karlsruhe. Ahí me encontré nuevamente con mis compañeros del internado que entonces ya eran unos expertos en las artes de la guerra. Como novato tenía que incorporarme a toda prisa al nivel de ellos, porque los cañones eran manejados por nosotros bajo el mando de un cabo en cada cañón.

En el campamento vivían dos profesores para darnos clases de humanidades, ya que algún día teníamos que terminar nuestros estudios secundarios. Estas clases se daban generalmente en la mañana, siempre que no hubiera alarma, porque, en esos casos, nos teníamos que quedar en nuestros puestos en los cañones. En la tarde los oficiales nos daban instrucciones de cómo usar

las carabinas, autodefensa, balística, enseñanza sobre logística, etc.. Después teníamos que limpiar los cañones, las granadas, las letrinas, marchar en formación, comer y limpiar nuestras viandas de aluminio, limpiar los pisos y ventanas de las habitaciones. No había servicio de nada, todo lo teníamos que hacer nosotros mismos. Pobre el que no tenía su closet ordenado. Los cabos que nos vigilaban eran en general gente muy bruta y se creían semidioses. Una vez, uno de esos ignorantes encontró el baño sucio. Nos llamó y nos mandó a limpiar el piso del baño con nuestros cepillos de dientes.

Vivíamos en barracas de madera, sin aislamiento, en piezas con doce literas de dos pisos. Los colchones eran sacos de yute rellenos de paja, ásperos y duros. No habían sábanas, sino solamente frazadas, las que formaron parte de nuestro equipo para las campañas.

A cualquiera hora sonaban las sirenas de alarma cuando los aviones enemigos entraban al radio de protección que correspondía a nuestra batería. Me acuerdo de uno de los ataques aéreos nocturnos a la ciudad de Mannheim la que se encontraba cerca. El espectáculo pirotécnico era fantástico: Primero los haces de luces de los potentes focos antiaéreos que trataban de ubicar a uno de los aviones, luego empezaban a caer, como arbolitos de pascua, cientos de elementos que iluminaban la zona que estaba destinada para el bombardeo y finalmente, los miles de relámpagos de las explosiones de las bombas. En tiempos de paz hubiera sido un hermoso espectáculo, pero ahora era el caos.

Desde el primer día en el campamento me llamó la atención que dentro del recinto había una cabaña de asbesto-cemento donde vivían los prisioneros rusos. Para mi era increíble que estos hombres que pelearon contra nosotros, ahora nos ayudaran a servir en los cañones que disparaban contra sus aliados. Los Nacionalsocialistas habían convencido a estos pobres e ignorantes individuos que deberían seguir peleando contra los capitalistas norteamericanos porque nosotros también éramos socialistas, igual que ellos, los socialistas soviéticos. Necesitábamos a estas manos porque ya no había gente que pudiera manejar la maquinaria bélica nazi. Por eso también a nosotros con 15 años nos llevaron a los cañones para manejarlos, lo que era una tarea relativamente fácil y de poco riesgo.

A estos rusos les prometieron estar fuera de un campo de prisioneros, tener buena comida, cama, de vez en cuando una salida por el día para encontrarse con alguna maruschka que, como ellos, trabajaban en las fábricas, reemplazando la mano de obra alemana.

Nuestros ayudantes rusos eran gente buena, simple, incultos, pero pacíficos. Estaban conformes con su condición de vida en nuestro campo.

Me acuerdo, cuando me tocaba guardia de noche, de las canciones que emanaban de su casa. Eran canciones que llegaban al alma, canciones seguramente folklóricas cantadas por hombres de voces, me atrevo a decir, celestiales. Ellos soñaban de su amada patria, cuando nosotros los alemanes no nos podíamos imaginar que Rusia, con una población tan primitiva, era una potencia mundial.

Me costó hartito llegar al nivel avanzado de mis compañeros, ya sea en las instrucciones militares como en la parte humanística. El capitán me asignó un cabo que me entrenaba cada día en las artes marciales. El me odiaba, yo no sabía porqué. Me trataba muy duro y me castigaba por

cualquier falta que cometiera. El peor castigo era que tenía que extender mis brazos para adelante, entonces llegaba él y me ponía una granada que debía haber pesado unos 15 kilos. En seguida tenía que hacer flexiones con las piernas. El me gritaba: “arriba, abajo, arriba, abajo”. Cada día aumentaba la cantidad de flexiones. Un día ya no podía mas y le tiré la granada a sus pies. El montó en cólera y me dio una tremenda bofetada. Yo, con voz muy tranquila, le dije: “Si usted no pide perdón me voy de inmediato donde el capitán y lo voy a denunciar”. El se dió cuenta que había cometido una falta grave. Se acercó a mi y me pidió perdón. El mismo recogió la granada y la llevó al depósito. Desde ese día quedamos amigos.

A pesar de los malos ratos y de los agotadores ejercicios nos quedaba tiempo para hacer bromas. En nuestra pieza hicimos una apuesta: El que la perdiera se le cortarían el pelo al rape. Andar con el pelo al rape era signo de desprecio, porque se rapaba a hombres o mujeres que hubieran tenido relaciones sexuales con algún prisionero. Yo perdí la apuesta y estaba desesperado, no sabía qué hacer ni como presentarme en la mañana ante la compañía. Fui a ver al sanitario y le pedí que me pusiera una venda en toda la cabeza para que creyeran que tenía la cabeza llena de picadas. Me armó, previo pago de unos cigarrillos, un casco con las vendas y yeso para poderlo sacar en la noche.

Un sábado fuimos a la ópera al teatro municipal. Entramos por la puerta delantera. Cuando me saqué el gorro, la gente del teatro empezó a levantarse en silencio. Al principio no entendí lo que esto significaba, pero me recordé que pocos días antes hubo un bombardeo sobre la ciudad y donde murieron muchos Luftwaffenhelfer. Me homenajearon como un héroe.

UNA SALVACION MILAGROSA

Después de un bombardeo nocturno a la ciudad de Karlsruhe, donde los aviones de los aliados dejaron la mitad de la ciudad bajo escombros y muchísimas bajas entre nosotros niños artilleros, nos llevaron a la estación de ferrocarriles para embarcarnos en un largo tren con muchos carros cargados de pesados cañones antiaéreos calibre 10.5, que por su tamaño se manejaban eléctricamente. Se hizo esta movida porque muchos de nuestros compañeros murieron calcinados con sus cañones livianos que se habían instalado en las terrazas de los edificios mas altos de la ciudad. Esa misma noche los bombarderos dejaron caer por primera vez pequeños bastones incendiarios y transformaron la ciudad en un infierno de fuego. Así funcionaba la guerra. Para sacarnos fuera de ese dantesco panorama nos trasladaron a otra ciudad. Nos instalamos en los incómodos carros, el tren se puso en marcha, y nos quedamos dormidos.

Después de viajar una larga noche llegamos a la ciudad de Munich y de ahí seguimos viaje al entonces ya conocido Dachau, famoso por su campo de concentración de los Nacionalsocialistas.

Bajamos los enormes cañones a los trailer y nos dirigimos a un campo abierto donde había una capa de nieve como de un metro de altura.

“A sacar la nieve para instalar las barracas y los cañones” gritó un comandante. Vimos que a nuestros alrededores se instalaron 3 baterías mas, cada una de 6 cañones.

Sacamos la nieve justa para que cupieran los cañones y las viviendas. Se oscureció y nos refugiamos en las heladas barracas, sin luz, sin agua y sin colchones. Estábamos tan cansados que estas incomodidades no nos molestaron. Nos acostamos en el suelo, tomamos una sopa y nos quedamos dormidos.

En la mañana siguiente nos trasladaron al tan temido campo de concentración. Ahí nos aseamos en los baños de los vigilantes. No podíamos ver nada extraño, excepto las abundantes defensas y seguros del acceso. De los ocupantes no había ninguno en la zona donde los Nazi nos atendieron.

Volvimos a nuestros cañones recién instalados y ajustados y los dejamos listos para poder disparar en caso de un ataque aéreo. Mientras seguíamos sacando mas nieve para construir los taludes de protección tocaron las sirenas de alarma. Corrimos a nuestros puestos y esperamos noticias para saber hacia donde se dirigían los aviones enemigos. En nuestro cañón yo manejaba el giro horizontal.

Dachau queda cerca del lago Starnberg donde se ubicaban las fábricas de aviones Dornier. Después de un rato nos comunicaron que la masa de los bombarderos se dirigía hacia nuestra zona.

Pronto sentimos ya el rugido de cientos de aviones cuádrimotORES. En el horizonte vimos una nube de aparatos que se acercaba hacia nosotros, cubriendo todo el horizonte. La tierra temblaba, el ruido era terrorífico.

Sabíamos que esta vez nos tocaría de nuevo. Empecé a rezar. Un firmamento lleno de aviones!. Señor sálvame!.

A la distancia de unos kilómetros empezaron a explotar miles y miles de bombas. Que horror para los que quedaron bajo esa alfombra de destrucción total. Nuestros cañones dispararon sin cesar, con éxito porque derribamos varios aviones.

De repente vi que 16 aviones se separaron de la gran masa y se dirigieron directamente hacia nosotros.

Señor sálvame, tu tienes el poder, te suplico, sálvame, recé, mientras atendía mi trabajo en el cañón, transpirando de miedo.

De súbito hubo una tremenda explosión. Yo fui lanzado de mi asiento hacia el enorme trailer, que estaba estacionado cerca del cañón. Quedé debajo de las enormes ruedas mientras afuera seguía el infierno de detonaciones.

Por favor, Señor protégame, no quiero morir.

Sentí que los malditos aviones se fueron alejando. Silencio sepulcral. Nada, ni nadie se movía.

Gracias mi querido Jesús, me salvaste de nuevo.

A mi lado yacía un prisionero ruso y le pregunté: Ivanovich, ¿estás vivo?. Si señor, estoy bien. Nos asomamos sobre el borde de la nieve y, que espanto!. Todo destruido, muertes por todos lados, cañones y trailers hechos pedazos. Nuestras barracas no existían, como si un huracán las hubiera dispersado por el campo.

Salvé mi vida, milagrosamente, pero no podía alegrarme a la vista de tanto horror. Me sentí frustrado por la insuperable potencia de los Aliados que día tras día destruían ciudad tras ciudad. Nuestros miserables 16 cañones hicieron un papel ridículo. No, no podíamos contra este gigante.

Mirando sobre el campo de nieve ensuciado de lodo y sangre me pregunté: ¿Cómo nosotros, nuestro cañón, no tenía ninguna baja?. Mas tarde nuestro profesor nos explicó que en un mismo instante deben haber explotado las tres bombas de aire comprimido que cayeron alrededor de nuestro puesto y por esa razón se anuló la presión en el centro y no nos pasó nada.

Cuando uno tiene fe, ni las bombas mas mortíferas te pueden alcanzar.

DE MUNICH A INNSBRUCK

Al poco rato después del atroz ataque y ya algo recuperado del shock, sin haber tenido tiempo ni deseos de recorrer el destrozado campamento, llegaron camiones a los cuales subimos todos los que quedamos con vida y los que podíamos caminar. Nos subimos con lo puesto y nos llevaron a Munich. Era increíble observar la perfecta organización del régimen. Los que debían subir a los primeros vehículos éramos nosotros los bebés, para sacarnos a la brevedad posible de ese espantoso espectáculo.

En la noche nos alojaron en una caserna, nos dieron harta comida, chocolate, cigarrillos y cerveza, harta cerveza para quedarnos dormido lo mas pronto posible.

El día después nos llevaron nuevamente a la estación de ferrocarriles, donde nos esperaba un convoy con 6 cañones calibre 10.5. Cuando empezó a oscurecer, el tren se puso lentamente en marcha hacia el sur. En la mañana nos encontramos pasando por los hermosos valles de los Alpes. Aquí todo era paz y armonía. Después de dos días de viaje llegamos a la ciudad de Innsbruck en Austria. Trasladamos los pesados cañones a los trailer y la columna se movió cerro arriba al pueblo de Igls conocido por sus excelentes canchas de ski. Nos instalamos bien cerca del pueblo porque en la montaña no había mucho espacio para instalar una batería con sus cañones, bodegas de municiones y las barracas donde nos alojábamos. Aquí había paz y tiempo para descansar. Nuestro profesor que nos acompañaba desde que salimos del internado, por fin tuvo tiempo para seguir tranquilamente con sus enseñanzas en un ambiente de absoluta tranquilidad.

Nos dieron muchos permisos para ir a Innsbruck, que es una ciudad muy hermosa y de mucho arte.

Nos extrañó este traslado a un lugar tan apartado del furor de la guerra. Claro que había un motivo. Cerca de Igls se ubicaba el paso del Brenner, una vía importante de contacto entre

Alemania e Italia, nuestro aliado contra los imperialistas. A los cañones sólo fuimos para mantenerlos limpios e intactos. Nunca vimos un avión enemigo y así tampoco disparamos ni una granada. Nos habían dado vacaciones de lujo. La comida era muy buena, teníamos tiempo para esquiar cerca del campamento y a un paso de la batería. En el caso de alarma estábamos en unos segundos en nuestros puestos.

En el pueblo no nos veían con mucha simpatía, pero no lo podían demostrar abiertamente porque la GESTAPO estaba en todas partes. Aún entre nosotros, que éramos un grupo de gente que no nos habíamos visto nunca porque nuestros compañeros del colegio habían muerto en Dachau, guardábamos silencio y cuidado de no hablar sobre el régimen. Siempre había fanáticos que reportaban a sus superiores cualquier cosa sospechosa. Estuve un tiempo relativamente corto en Igl. Un día me llegó una citación para presentarme en tres semanas mas en Munich para iniciar el Servicio Obligatorio del Trabajo, una organización en la que cada joven de 17 años tenía que hacer su servicio, naturalmente ahora, en la guerra, el servicio se tenía que cumplir con 16 años de edad.

Volví a mi casa donde mi solitaria madre me recibió con mucha alegría para pasar tres semanas de vacaciones. El primer día nos visitó una amiga de mi hermana Brigitte. La vi y de inmediato me enamoré de ella, a pesar que era tres años mayor que yo. Yo nunca había estado enamorado. Con ella nos vimos todos los días, ella me enseñó como besarse enardecidamente. Nos juntábamos en la casa mía o de ella. Ni mi madre, ni los padres de ella dijeron algo y nos dejaron amarnos. Ella estudiaba Arte en otra ciudad y cada día la iba a buscar a la estación. Dios mío, que enamorado estaba, día y noche pensaba y soñaba con ella. Inge era muy hermosa y con ideas modernas. Se vestía en forma extravagante y siempre lucía atractiva. Pasamos esas tres semanas flotando en un mundo hermoso, lleno de alegría y de amor. Yo empecé a escribir poesías cuando no estaba con ella. La circunstancia de que ella tenía tres años más que yo no era de mi agrado, pero vivimos sin pensar en el futuro.

Llegó el momento de mi partida. Lloramos juntos y nos prometimos de escribirnos. Me despedí de mi madre que lloró amargamente porque no sabíamos cuanto tiempo mas duraría esta cruel guerra y quizás no nos volveríamos a ver. Adiós Rohrbach. Viajé nuevamente en tren durante tres días a Munich donde tenía que presentarme en el campamento que me habían asignado.

Nuevamente gente nueva, extraña, algunos que apenas hablaban alemán. Esta vez el tren no estaba cargado de cañones. Nos alojamos en los carros de tercera con sus asientos de madera duros pero, como durante toda la guerra siempre anduvimos faltos de sueño, nos arreglamos y dormimos en el suelo, en nuestras telas de carpas o, el que tenía mas suerte, se podía acostar a lo largo del asiento.

Nos dirigimos a Yugoslavia!, o, Dios mío, Yugoslavia, las tierras de los temidos partisanos del Mariscal Tito. El tren llegó a Zagreb y de ahí nos llevaron a una zona de tupidos bosques.

En esa zona tuvimos que excavar trincheras y refugios para nuestras tropas que se encontraban en plena retirada. Ya se deslumbraba que Alemania no tenía ninguna oportunidad de dar vuelta la guerra, no podíamos resistir mas la enorme fuerza que estaba frente a nosotros.

Pero el régimen nazi no quería entregarse. Hitler llamó por la radio que debíamos defender cada casa y cada subterráneo porque el arma secreta estaba por salir y destruiríamos a los aliados, mas, los borraríamos del mapa. Sentimos que algo estaba en evolución, realmente lo sentimos, sea por la demoledora propaganda de Göbels o por instinto. Estábamos dispuestos a seguir luchando porque teníamos fe en nuestros líderes.

Llegamos al nuevo campamento en medio de un espeso bosque. Empezamos a excavar trincheras y en la tarde nos dieron nuevamente clases de instrucción como usar las armas. Muchos de nosotros ya sabíamos desde tiempo como usar las armas y nos lateábamos durante las clases de instrucción. Pero la gran mayoría de los jóvenes jamás habían visto una metralleta o un fusil, era gente simple, campesinos o aprendices de algún oficio.

Los instructores aquí también eran unos imbéciles y los que éramos de educación superior los odiábamos, tal como ellos nos odiaban a nosotros.

A mi todo esto no me interesaba mucho, yo escribía cartas a mi amada Inge que estaba tan lejos de mi.

En los ratos de descanso dibujaba algunos croquis sobre las hojas del cuaderno de instrucciones. Un día el capitán me sorprendió dibujando durante las instrucciones. Me citó de inmediato a su oficina. Yo estaba asustado porque no cumplía con mi deber. En la oficina le expliqué que todas esas instrucciones las habíamos tenido hacía mucho tiempo y que nos aburríamos en las clases.

“Y estos dibujos que usted estaba haciendo”, me preguntó y yo le respondí: “Me gusta dibujar, mi capitán”. “Mire, me dijo, como usted ya conoce el manejo de las armas, yo le voy a dar permiso para que durante las clases usted vaya a mi habitación y me decore las paredes”. Yo estaba feliz, porque no necesitaba cumplir mas ordenes de este cabo imbécil que a penas sabía leer y escribir. Con el capitán nos hicimos íntimos amigos. Yo recibía las raciones que eran dedicadas a los oficiales, tenía mas tiempo libre que los otros compañeros, tomaba buen vino y los cigarrillos nunca me faltaron.

Un día llegó una carta de mi tía Emma. Extraño una carta de la tía Emma. Me comunicaba que mi amada Inge era casi la novia de uno de sus sobrinos y me pedía que no le escribiera mas a Inge. De inmediato le mandé una carta a ella, carta que nunca fue contestada. Tenía ganas de morir. ¿Era amor, era un engaño?. Nunca supe. Años después, cuando en uno de mis viajes de visita a mis padres, me contaron que Inge se había casado con ese estúpido sobrino y poco después ella se había suicidado.

Volviendo a la amistad con el capitán, éste me comunicó un día que yo tenía posibilidad de ser oficial. Me dijo: Con toda la experiencia que usted tiene como cañonero de la antiaérea, con mis estudios, con mi conducta de un soldado disciplinado, porqué no se presenta como voluntario a la carrera de oficial de la Luftwaffe, yo le ayudaré. Si no se presenta como tal, usted va a ser un soldado raso, sin ninguna ventaja, pero si va a ser oficial usted tendrá poder de mando, tendrá un ayudante y un pasar mejor.

Con el capitán y con sus recomendaciones llenamos la solicitud para ser aspirante a oficial.

Rezando se consiguen las cosas y además tenía una excelente recomendación. Envié la solicitud y después de algunos días llegó la respuesta. Fui aceptado, que alegría!. Salí del infierno de los partisanos que días antes habían atacado un campamento vecino de noche y degollaron a todos los ocupantes. Por eso no podíamos salir a la ciudad sin ir acompañados de por lo menos tres compañeros. El que se atrevía a salir solo nunca mas volvía al campamento. Los partisanos eran terribles y crueles, porque defendían a su patria.

El capitán y su escolta me llevaron a la estación y me embarcaron en el tren con dirección a Viena – Munich – Saarbrücken – mi casa.

A LA ESCUELA DE OFICIALES

El viaje de Zagreb hasta Viena se demoró bastante. No habían ataques aéreos porque no estábamos en tierras alemanas. Desde Viena a Saarbrücken nos demoramos días, con traslados de trenes a trenes, siempre viajando de pie porque todos los convoyes estaban atestados de militares que, como yo, tenían orden de trasladarse de lugar e incorporarse a nuevas unidades. Todos estábamos muertos de sueño por no haber dormido bien durante días. Nadie conversaba, todos viajábamos en silencio porque abrir la boca siempre era peligroso. La GESTAPO estaba en todas partes. Varias veces tuvimos que bajar de los trenes cuando los aviones de los aliados, que volaban casi al ras del suelo para no ser detectados por nuestros radares, atacaban a los trenes y lógicamente también a la vía férrea para impedir su uso. Habían muchos bombardeos y destrucciones, pero la impecable organización de emergencias funcionaba perfecta y en un rato los trenes seguían su camino.

Por fin llegué a Kaiserslautern, una ciudad a unos 50 kilómetros de mi pueblo. No había trenes. La frontera estaba a unos 60 kilómetros de ahí y un convoy era un blanco demasiado cerca y fácil para ser atacado. En la oficina de información me indicaron que tenía que viajar de noche y me asignaron a un camión que salió al Saar una vez que se había oscurecido. El camión se movía muy lentamente porque usaba focos con ampolletas azules que apenas dejaban ver el pavimento. Me bajé en mi pueblo con mi mochila. Toqué el timbre de mi casa. Por detrás de la puerta mi madre preguntó ¿quién es?, yo mamá. Entré a la cocina y ella me preguntó: Que te pasa, porque llegas tan inesperado. Le expliqué que tenía que presentarme en la ciudad de Kiel, en el norte de Alemania, para entrar a la escuela de oficiales. Ella me dijo que seguramente tenía hambre. Rápidamente me dio algo de comer. De repente alguien golpeó la puerta de la cocina. Señor capitán, pase no mas, dijo mi madre. Le presento a mi hijo Sepp que tiene algunos días libres para después ir a la Escuela de Oficiales. Yo estaba tan cansado que les pedí dejarme ir a la cama.

Mi casa era el cuartel general de una compañía de soldados donde el capitán tenía su dormitorio y su oficina. En el subterráneo estaba la bodega de los viveres para una compañía.

Desperté varias veces en la noche por la explosión de granadas. En la mañana tomamos desayuno con mamá y el capitán. Me contaron que los americanos estaban a unos 15 kilómetros

del pueblo. No podían avanzar porque se encontraron con las fortificaciones de la Línea Siegfried. En la escuela del pueblo se había instalado un hospital de emergencia. Las ambulancias iban y venían al cercano frente. Pasé por la escuela. Ahí estaban los heridos, algunos sin brazos, uno con el cráneo abierto, y otros bañados en sangre. El aspecto era asqueroso. Mamá me decía que no me fuera a Kiel. Quédate aquí, yo te escondo, porque los americanos, en pocos días, estarán aquí.

Hablé con el capitán, que según mi madre no era nazi, para que me diera su consejo. No haga lo que le pide su madre, porque no sabemos cuanto tiempo mas podremos resistir a los invasores, sobre todo no se olvide de la GESTAPO. Si usted no se presenta y lo descubren lo ahorcarán de inmediato por traidor a la patria y los desertores no valen ni una bala. No lo haga por ningún motivo, vaya a Kiel. Usted se puede ir a las 4 de la mañana cuando el encargado de la bodega va a Kaiserslautern a buscar alimentos y desde ahí funciona el ferrocarril.

Días después el bodeguero me despertó a las 4 de la mañana y fui a la pieza de mi madre para despedirme. “No quiero perder otro hijo, Sepp, quédate por favor, hazme caso”. Mi pobre desesperada mamá. “Mamá me tengo que ir, no te preocupes de mí, el Señor me protegerá”.

Ella me pasó una hermosa bufanda de seda para que la llevara debajo del uniforme y me cuidaría del frío.

De madrugada llegamos a las bodegas de abastecimiento del ejército, el bodeguero cargó su camioneta y me dejó en la estación de ferrocarril. Un oficial a cargo de los trenes me indicó en que forma podría llegar en tren al otro extremo de Alemania, al puerto de Kiel. No me acuerdo bien, pero me debo haber demorado varios días para llegar a Berlín, donde de pasada saludaría a mi hermana Brigitte y al tío ruso, Dr. Phillip Jaufmann que era párroco de un barrio. Me vestí con la ropa de mi hermano Werner, el que murió en Rusia, porque la ropa que llevaba me quedó chica. Werner, antes de ir al frente ruso, dejó su ropa en Berlín, donde pensó que ahí estaría mejor guardada que en el Saar, que estaba tan cerca de la frontera francesa.

De Berlín viajé a Kiel. En una enorme caserna esperamos algunos días hasta que se completó el grupo que llegó de todas partes de Alemania y de varios frentes de batalla.

De Kiel nos dirigimos a Dinamarca. Ahí estábamos seguros de los ataques aéreos, porque el país había sido ocupado por los alemanes y los aliados no quisieron hacer daño a los daneses. Esto nos favoreció enormemente, porque fuera de las escuelas para oficiales también se habían instalado muchas fábricas pequeñas. Estas producían elementos que en alguna parte habían sido ensamblados como armas para la guerra.

Dinamarca es un país plano, no hay cerros, solamente extensas áreas de pasto para alimentar a una gran masa de ganado. Durante mi estadía en la escuela todas las praderas estaban cubiertas con una gruesa capa de nieve. El viento helado hizo que las nevazones nos llegaran horizontalmente, y nos hicieron sufrir mucho cuando teníamos que hacer guardia en las periferias de nuestro campamento.

Las guardias eran macabras. Tres horas de estar custodiando al conjunto, moverse siempre en ese clima tan inhóspito hasta encontrarse con el centinela de la esquina próxima.

Lluvias, vientos y nieve helada. Después del turno uno se caía exhausto a una tarima de tablas, sin sacarse la ropa ni las botas para estar listo para el próximo turno tres horas después. Durante el día y cuando no nos tocaba esa maldita guardia, teníamos que asistir a las clases teóricas de instrucciones, balística, disciplina, mando, táctica, etc. etc..

Por algo no me recuerdo mucho de ese tiempo, sea porque era el excesivo cansancio o la vida sin ninguna atracción. Jamás salimos del recinto. La comida era excelente, muy buena, además había Aquavit en abundancia!.

Me recuerdo de las marchas forzadas: Marchar interminables kilómetros, cargados de todo el equipaje, con mochilas, carabina, municiones, cantimplora, vianda con la comida para todo un día etc.. Algo sobrehumano. Sufrimos mucho pero nosotros seríamos los futuros oficiales de la Luftwaffe, hombres fuertes, resistentes y bien preparados. Me recuerdo de algo extraño: Durante las marchas forzadas todos los compañeros de mas alta estatura eran los primeros que quedaban en el camino y nosotros, los mas pequeños, resistíamos hasta llegar a la meta. La estadía en Dinamarca fue una tremenda pesadilla. Ya no podíamos esperar el fin de estos tres meses de sufrimientos. Por fin llegó el día de alegría. Adiós escuela de oficiales, adiós Dinamarca. Y nuevamente al tren hacia algún frente para hacer la práctica de lo que nos habían instruido.

AL FRENTE

Al anoecer todos los del curso subimos a un largo tren. Un oficial nos indicó a que carro debía subir cada uno. De acuerdo con el sistema nazi fuimos fraccionados para que no quedaran vínculos con los antiguos compañeros del curso. En mi vagón no quedó nadie conocido.

Nos instalamos con el equipo completo de campaña para nuestra práctica en el frente. Los asientos de madera no daban abasto para que nos pudiéramos acostar sobre ellos, además eran muy duros e incómodos para dormir. Saqué mi carpa de campaña y la colgué entre los ganchos de las repisas para guardar las maletas. De esta forma me había armado una estupenda hamaca, en la cual podía dormir cómodamente. El monótono tracatrac de las ruedas del tren eran como una extraña canción de cuna y nos hizo dormir placidamente.

Nos dirigimos hacia Alemania. Llegamos profundamente dormidos a Hamburgo donde se separaron los vagones que iban, unos al frente oeste y los otros al frente este, o sea unos tendrían que pelear contra los americanos e ingleses y los otros contra los temidos rusos. Yo era de la parte occidental de Alemania y estaba seguro que me tocaría ir al oeste. Seguimos durmiendo mientras el tren se movía en la dirección indicada.

Como a las cinco de la mañana desperté en la estación de Neu Brandenburg, Alemania del Este. No, me dije, esto no puede ser, que desgracia!. Desperté a los compañeros del compartimiento y les grité: Vamos al frente ruso, estamos en Prusia. Tenía ganas de llorar por la rabia, la frustración y por miedo por todo lo que nos esperaba. Sabíamos de que si caíamos prisioneros de los rusos nos deportarían a Siberia y no volveríamos mas a casa. Pero éramos cadetes de la Luftwaffe y no había otra cosa que seguir camino. Ya la rebeldía no valía nada. Pensé en las palabras de Cristo “Dios, porque me has abandonado”.

El tren siguió viaje en la noche siguiente y en una estación cerca del frente un cabo gritó: Michaeli y Becker bajarse del tren, en un rato mas los van a buscar. El frente era entonces el río Oder. Al rato llegó una carretela con un caballo manejado por un soldado. Subimos nuestra pesada mochila al carro y nos fuimos por un camino campestre. De no tan lejos se escuchaban los disparos de las ametralladoras y de los cañones. El soldado nos dijo cínicamente: “Así que ustedes son los cadetes que van a hacer su práctica en el frente, mal frente eligieron, mejor que hubieran ido al frente de los Yankis”. En ese mismo instante explotó una granada de mortero cerca. “Al suelo” gritó el tipo.

Saltamos del vehículo y nos atrincheramos detrás de un talud del camino. Con una ancha y picaresca sonrisa el cochero nos dijo: Este es un saludo de bienvenida que les mandan los ruskies. Tengan cuidado al andar a campo abierto, estos carajos disparan a todo, hasta a las moscas alemanas.

Nos arrastramos por detrás del talud hasta que llegamos a un pequeño cerrito. “Aquí ya no nos ven, levántense” dijo el conductor del carro. El caballo nos había seguido y nos subimos nuevamente al carro, tomando una senda que culebreaba por detrás de los pequeños montes, hasta llegar al campamento de la batería que se nos había asignado. La batería consistía de 6 cañones calibre 8.8, bien camuflados. Nos saludó el capitán y el teniente. “Vayan a dormir, mañana empezaremos a trabajar. Un soldado nos llevó a nuestra habitación, una cueva bajo la tierra, literas primitivas, sacos de yute con paja, nada de baños, un tambor de bencina para lavarse, toda la civilización terminó ahí.

EN EL FRENTE

Nuestra batería antitanque y antiaérea estaba instalada a poca distancia del río Oder que en esos días era la frontera entre las tropas alemanas y rusas. Estábamos ubicados a unos 70 kilómetros de Berlín. La guerra aparentemente estaba pronta a terminar. Pero los perros rabiosos de Berlín, Hitler y Göbels gritaban día y noche que las armas secretas estaban listas para destruir a todos los invasores de nuestra patria. Tengan fe, aguanten!.

El río Oder era el último obstáculo natural para llegar a la capital del Tercer Reich, desde donde los fanáticos llamaban a defender calle por calle, casa por casa y ventana por ventana.

Teníamos dos puestos de observación, desde donde dirigíamos los cañones de nuestra batería. Uno estaba incrustado en el dique del río y el otro en los lomajes vecinos, separado del río por una franja pantanosa de unos 500 metros de ancho. Estos puestos los manteníamos muy bien camuflados y eran bastante difíciles de descubrir por los enemigos.

La primera guardia en uno de estos observatorios me tocó en una cueva metida en un acantilado y entre los árboles con una fantástica vista sobre el valle y lógicamente sobre el terreno ruso. Teníamos contacto telefónico entre los puestos de observación y con la batería. Desde ambas ubicaciones dirigíamos los ataques de nuestros cañones sobre los terrenos ocupados por nuestros enemigos. Los 6 cañones estaban instalados detrás de uno de estos lomajes y bien camuflados. Alrededor de los cañones estaban los refugios-viviendas bajo tierra.

Durante el día no nos podíamos mover fuera de nuestras guaridas, porque los del otro lado disparaban sobre todo lo que se movía.

Una noche nos visitó el capitán en el puesto del cerro y mandó a cambiarnos inmediatamente a otro refugio que era mas amplio y mas seguro a pesar de que se ubicaba en la parte superior de una loma.

En la mañana siguiente sentimos un furioso cañoneo de los cañones rusos. Con nuestros binoculares vimos como bombardeaban el acantilado del cual nos habíamos retirado la noche anterior. Cuando terminó el bombardeo y cuando ya no había humo vimos que en el cerro quedó un gran bocón compuesto de arena y piedras. Nos salvamos, gracias Señor!.

Nuestro nuevo bunker era mas amplio que el anterior y tenía un escape por detrás de la loma donde podíamos salir durante el día al aire fresco, siempre que no sintiéramos algún ruido de un avión ruso. Muy cerca se encontraba un paso sobre el cual el enemigo tenía vista. Era fatal pasar en el día por ahí. Soldado incauto, soldado muerto.

Un día pasó un cabo de otra unidad cuando estábamos almorzando afuera bajo un alero. Conversamos un rato con el individuo y después él dijo que seguiría su camino justo por la parte abierta de la loma. Le advertimos que no lo hiciera, pero él siguió su camino. Cuando estaba justo en la parte desprotegida se dio vuelta y nos gritó: Mocosos, que es lo que me pueden enseñar. Miren mis decoraciones, aquí en este pecho, las ven?. Llevo peleando años contra estos cochinos comunistas y no.....En ese momento explotó una granada de mortero sobre él y su cuerpo fue desmembrado totalmente. Ya no tuvimos apetito para terminar nuestra comida. No podíamos hacer nada, teníamos que esperar la noche para recoger sus restos y ver si su placa de identificación había quedado intacta para hacer los trámites para ubicar su unidad.

A veces me tocaba guardia en el dique. Esa parte era muy peligrosa porque los comandos rusos cruzaban de noche el río y al alemán que encontraban lo mataban a cuchillo para que no se sintiera un disparo y así alertar a los que dormían en el refugio adjunto, siempre listos para pelear.

Una noche, estando en mi puesto, como siempre muerto de susto y respirando lo mas suave posible, escuché una voz muy suave desde la orilla del río “Camaradas, no disparen, soy oficial alemán, quiero que me reciban. No conozco la “parole” (palabra de identificación que se cambiaba todos los días), esperaré hasta que ustedes me permitan subir el dique”. Toqué el timbre de alarma, porque los rusos usaron muchas veces este tipo de trucos para engañar a las guardias y destruir el puesto. Mis compañeros llegaron por la trinchera cubierta, tomaron posición y entonces le dije al individuo que se acercara arrastrándose hacia mi. Vislumbré a un hombre en calzoncillos. Le susurré de que se dejara caer en la trinchera para tomarlo preso. El hombre demacrado y la cara peluda estaba tiritando de frío. Lo llevamos al refugio, lo envolvimos en frazadas y le calentamos una tasa de café. El nos abrazó, diciendo con lágrimas en los ojos: En casa, en casa, gracias Dios mío. “Denme un pucho, por favor, porque hace semanas que no he fumado. Me fugué de un campo de prisioneros en Siberia y atravesé toda la Rusia, o chiquillos que estoy contento, he llegado por fin a mi querida Alemania”. Le dimos muy poco de comida por razones obvias porque él era un esqueleto que no podía comer mucho. Se tomó su brebaje

(porque lo que llamábamos café era cualquier cosa, menos café), se acostó y antes de apagar la vela lo miramos. Estaba dormido con una suave sonrisa en su sucia cara.

El tiempo de nuestra estadía en el valle era bastante monótona. Claro, estábamos en guerra y todo el tiempo habían disparos de cañones y ametralladoras, pero todo sin importancia. En las noches sentíamos el rugido de las orugas de los tanques rusos que se movían constantemente, pero no podíamos ver nada. En el día no podíamos ver a ninguno porque se estacionaban en los bosques.

Sentimos que algo muy grande se estaba preparando. ¿Cuándo, cuándo?.

Un día descubrí un puesto de observación ruso en la torre de la iglesia del pueblo enfrente. Pedí permiso a nuestro capitán para poder disparar sobre el objetivo. Permiso concedido. Ya había hecho los cálculos de distancia, dirección etc.. Pedí que un cañón disparara. La granada explotó justo delante de la torre. Corregí mi cálculo. La segunda granada explotó detrás de la torre. Ahora los tengo!. Justo entre los dos puntos estaba la torre. El tercer cañonazo dio en la torre, la cual se derrumbó. El capitán, que dirigía la operación, me dijo por la línea: Felicitaciones Michaeli!.

Becker, el cadete-compañero descubrió un día después otro puesto de los rusos en una bodega donde se guardaba paja. También le dieron permiso para disparar. Su primer disparo dio en el blanco y la bodega estalló en llamas.

Un día vi un grupo de tanques que salió fuera del bosque y se movía en campo abierto. Rusos atrevidos!. Llamé al capitán para poder disparar y este me dijo que este asunto era de mayor importancia y lo tenía que decidir el cuartel general. Llame usted mismo porque usted esta haciendo práctica en el frente y todo esto es parte de su trabajo. Llamé al cuartel y me comunicaron con el general, me presenté y le expliqué lo que estaba ocurriendo. Con voz firme me dijo: No hay permiso para disparar!. Le repliqué: Pero Señor General!. No hay permiso, aquí mando yo y usted joven aprenda: No hay permiso para disparar, está claro?, y en seguida colgó el teléfono.

Ahí estábamos con nuestros cañones que no podían disparar. Si los rusos cruzaban el río...no había permiso para disparar. Que absurdo era todo eso. Para qué estábamos ahí me pregunté. Todos estábamos perplejos, nadie entendió esa orden. ¿Sabotaje?. Si Hitler hubiera sabido esto, habría mandado inmediatamente un puñado de la S.S. para fusilar al general.

Ese día los rusos se movieron a su gusto y nadie les disparó. Pareciera que la orden era así: No se dispara, pase lo que pase.

Sabíamos que la gran batalla de Berlín estaba ad portas y no podíamos hacer nada. El general debe haber sabido porqué dio esa orden. El sabía mas que uno y también el riesgo que se estaba corriendo. Quizás se convenció de que la guerra ya estaba irremediabilmente perdida. Para que sacrificar mas seres humanos?. Que se sacrificaran los fanáticos, los que todavía estaban gritando HEIL HITLER, “seguiremos marchando hasta que todo se haga trizas, porque hoy nos pertenece Alemania y mañana el mundo entero”.

RETIRADA HACIA BERLIN

Un día empezó el cañoneo ruso sobre nuestras líneas con cañones, ametralladoras, morteros y aviones. Era el día del inicio de la grande y última batalla para llegar y destruir a la capital del TERCER REICH.

En la noche llegó la orden de retirarnos de la línea del frente y dirigirnos a Berlín para la defensa de la capital. No había gasolina para los remolcadores de los pesados cañones. El teniente, con un puñado de hombres fueron a un fundo y, contra la voluntad de su dueño, sacaron todos los caballos disponibles. Todavía me extraña la actitud de ese hombre campestre que no quería irse al poniente cuando avanzaban las tropas de los salvajes bolcheviques. El joven teniente idiota hizo muchas estupideces durante nuestra permanencia en el frente y se notaba que quería ganarse una medalla como la cruz de hierro u otra decoración mayor. Pero consiguió lo que necesitábamos: Tracción animal para los remolcadores de los pesados cañones. Después de mucho ajeteo la batería se puso en marcha, de noche por supuesto. Nosotros llevábamos todo nuestro equipo de campaña, mochilas llenas de ropa, frazadas, uniformes, paños para los pies porque ya no habían calcetines, elementos de sobrevivir, recuerdos, metralleta, municiones, granadas de mano, total, igual a la marcha forzada que hicimos en la escuela para oficiales en Dinamarca. Ahora el asunto era distinto porque al frente o detrás de uno estaba la muerte.

Cuando pasamos por el frente del portón del fundo el loco teniente y algunos idiotas entraron al predio y pusieron dinamita a todas las edificaciones. ¿Porqué, nos preguntábamos, porqué? Debe haber sido un fanático nazi, desesperado, viendo que su ideal se estaba yendo al suelo, por eso había que destruir, destruir, destruir.

Nos movíamos lentamente en la oscuridad por caminos de tierra, repletos de gente. A medida que avanzábamos hacia el poniente por esos ríos de desesperación, se nos fueron agregando militares de otras unidades, pero sobre todo civiles, mujeres, niños, ancianos, carretelas, animales. Todos querían llegar al poniente, arrancando de las terribles tropas rusas. Con el incremento de tanta gente la columna se movía mas y mas lenta. Pero, a pesar de todo, alcanzamos a alejarnos bastante de la línea de fuego. Nuestros cañones livianos dispararon sin cesar a los aviones rusos que volaban a baja altura. Marchamos todo el día entre esa masa humana y miserable, bombardeada continuamente por los cañones del enemigo y por los aviones.

En la tarde entramos a un pueblo de calles angostas. Esa era la oportunidad de la aviación rusa. Ahí nos tenían encerrados entre las casas y no podíamos disparar por no tener visión. Empezó el bombardeo. Arrancar, arrancar, pero adonde?. Todas las casas estaban cerradas porque sus inquilinos ya se habían ido. En mi desesperación me tiré con toda mi fuerza contra el portón de un garaje. Por milagro el robusto portón cedió. Vi una tapa de alcantarillado, la abrí con mi bayoneta y me metí en la cámara con la cabeza hacia abajo pensando que lo único importante de nuestro cuerpo era la cabeza, ella no se podía reemplazar, pero sí cualquier miembro de nuestros cuerpos. Hubo muchas bajas en ese ataque y siguieron hasta que por fin llegó la noche. Se detuvieron los ataques aéreos. Los sobrevivientes salimos de nuestras guaridas y empezamos a arreglar los enormes daños que dejó el bombardeo. Muertes por todas partes, heridos que pedían socorro, niños gritando, caballos muertos, guaguas en los brazos de sus madres muertas. La escena era dramática y nadie podía hacer nada, porque teníamos que seguir

hacia la meta y salvar a estos canallas que nos habían metido en esta absurda guerra. Nuestro capitán era un estúpido porque debería haber entrado al pueblo en la noche cuando los aviones no podían atacar. ¿Cuántas vidas se perdieron por la acción de un capitán inútil? Pero había que seguir hacia Berlín!. Después de marchar otra noche sin descansar llegamos en la madrugada a un bosque de encinas donde nos metimos con todo nuestro equipo para poder, por fin, descansar y comer. Ya nos habíamos alejado bastante del frente porque el cañoneo se escuchaba a mucha distancia. Dormimos y comimos durante todo el día. Sacamos alimentos de las casas abandonadas y un soldado-matarife sacrificó una vaca que andaba abandonada y nos hizo un succulento guiso. En la tarde nos incorporamos nuevamente a esa masa de humanos, máquinas, caballos, niños y todos los que desesperadamente querían llegar a encontrarse con las tropas civilizadas del occidente.

OTRA FALTA DEL CAPITAN

El torrente de la miserable masa se había transformado ya en un caos apocalíptico. El ronroneo de los disparos ahora se sentía mas cerca. Nuestra vuelta a esa masa desesperada e histérica era como entrar nuevamente en el túnel de la muerte. De ese desorden sólo Dios podía liberarnos y llevarnos a un lugar de paz, ya sea que uno pereciera y entrara en la paz eterna o que los demonios de Berlín se rindieran y evitaran el holocausto final.

Continuaron los bombardeos, las explosiones y los estragos. La muerte siguió cosechando cada vez mas. Pero teníamos que seguir marchando y peleando como bestias humanas para tratar de salvar el pellejo en esa batalla desesperada y absurda.

Hacia el poniente el sol se iba cayendo lentamente entre enormes nubes cúmulos blancas y negras. El color naranja del atardecer daba la sensación que todo el mundo estaba en llamas y que hacia el poniente se estaba abriendo el infierno. Así me imaginé el fin del mundo. Ya nada ni nadie valía nada, la muerte fue aplastando a todos. La marcha fúnebre fue tocada por el continuo ruido de los disparos, los llantos de los que sufrían y los truenos de la tormenta en el horizonte.

Estábamos metidos en un callejón del cual no se deslumbraba salida alguna. “Señor, porqué nos haces sufrir en forma tan cruel y espantosa”. Me acordé de la triste canción que se cantaba en las misas fúnebres: *Dies irae, dies illa, solvet saeculum in favilla: Teste David cum Sibylla. Quantus tremurest futurus.....*

Al anochecer pasó el capitán por mi cañón acompañado del otro cadete y un cabo y nos mandó al bosque adonde habíamos acampado anteriormente para rescatar un cañón liviano que a él se le había quedado sin haberse dado cuenta. Esto era muy grave para él, porque se podría interpretar como sabotaje y esto le costaría la cabeza. El estaba muy alterado y nos dijo: No pueden volver sin el cañón!.

Nos armamos hasta los dientes y nos pusimos en marcha contra esta avalancha de desesperados fugitivos. Que misión tan absurda y sumamente peligrosa!. Pero las ordenes hay que cumplirlas. Yo llevaba un mapa detallado de la zona y tomamos un camino mas breve por los bosques para volver al cañón. En el bosque vimos escenas horrendas de destrucción y nos pasó algo muy extraño. Vimos una pareja de ancianos que caminaban cantando, visiblemente

trastornados, entre los muertos y destrozos. Caminaban felices como si todo eso no les importara, eran como ángeles que flotaban dentro de una felicidad sobrehumana. Nosotros seguimos caminando, cargados de armas. Llegamos como a un kilómetro de distancia de donde se encontraba el cañón, cuando sentimos ruidos de tanques. Eran tanques rusos dispersos. Ya no era posible llegar a nuestro destino, era demasiado arriesgado. Pensar de pasar entre medio de esos monstruos con un cañón tirado por caballos era disparatado. Le dije a mi compañero en inglés de que yo no iba a seguir. El me contestó que él tampoco lo haría. Como en Alemania nunca se podía saber lo que el otro pensaba, era muy peligroso comunicar algo tan delicado. Gracias a Dios él pensó lo mismo que yo. Ahora nos quedaba el problema del cabo. Le dije a Becker que yo me enfrentaría con el cabo y poniéndole la metralleta en el pecho le preguntaría si aceptaba nuestro plan o se iba al infierno, al fin, un nazi menos. Entre toda esa bulla él nos preguntó de qué estábamos hablando. Me puse al frente de él, apuntándole con la metralleta y le dije que nosotros no íbamos a seguir, porque la misión era imposible de cumplir y nos volveríamos a la batería.

Oh, chiquillos, qué alivio para mi, porque yo tampoco quiero seguir, pero no sabía como deshacerme de ustedes porque son dos y además aspirantes a ser oficiales y quizás también sean nazis. Yo tengo una mujer y dos niños que esperan que vuelva a casa cuando esta guerra se termine. Gracias que pensamos iguales. Pero no podemos volver así no mas, tenemos que inventar que tuvimos una escaramuza con los rusos y tuvimos que retirarnos, tuvimos que disparar las metralletas y deshacernos de los cohetes antitanques, porque nos van a revisar las armas para ver si realmente tuvimos ese encuentro. Disparamos algunas ráfagas de las metralletas y nos guardamos los cohetes porque no estábamos seguros de encontrarnos con algún vehículo blindado de los enemigos.

Volvimos después de andar y andar a nuestra batería. Al rato pasó el capitán y me preguntó por el cañón. Le conté el cuento que habíamos inventado y que no pudimos rescatar el maldito cañón. “En la mañana me voy a reunir con los tres para que me reporten lo sucedido”. Eso me olió mal, nos van a hacer un juicio rápido y nos fusilarán, porque capaz que descubran que nuestro cuento era una farsa. Yo no estaba dispuesto a pagar la nueva falta de este capitán inepto. Al amanecer pedí permiso al cabo que estaba a cargo del cañón para poder hacer mis necesidades fisiológicas en el bosque al lado del camino. Me llevé mi bayoneta y el mapa de la zona. Me metí al bosque y caminé hacia el norte, paralelo al frente ruso. En la mañana me escondí bajo el follaje de los árboles para no ser descubierto ni por los alemanes ni por los rusos. Tenía que traspasar las columnas de tanques rusos que se dirigían en forma de pinza hacia Berlín. Hacia el norte no deben haber habido ataques porque todas las fuerzas atacaban a la capital que quedaba mas hacia el sur. Alcancé a pasar a través de las columnas de tanques rusos que se dirigían hacia el sur poniente. Después de unos días de caminar de noche sentí el ruido de las escaramuzas bastante lejano. Ahora mis enemigos ya no eran los rusos, sino los alemanes porque yo era un desertor y a los desertores no los fusilaban porque no valían ni una bala, eran ahorcados.

DESERTOR

Al amanecer buscaba siempre refugio en el subterráneo de alguna casa rural abandonada. Una mañana desperté por el disparo de un cañón y la gritería de mucha gente. Dios mío, ¿qué estará pasando?. Miré por la ventanilla y vi una turba de soldados que gritaban delante de un gran

galpón para que les abrieran el portón. Me levanté rápidamente y me metí dentro de la masa. El galpón era la bodega de un regimiento donde se guardaban los alimentos, ropa, vinos, uniformes y todo lo necesario para mantener a los combatientes bien atendidos. No me percaté que estaba alojado tan cerca de este paraíso. Todos éramos fugitivos y desertores. Gritábamos para que nos abrieran el portón porque teníamos hambre. El portón no se abrió. El comandante del tanque que había disparado antes en señal de que él iba a atacar al bodegón avanzó con su vehículo y lo tiró contra el portón, el cual cayó en pedazos. Como bestias hambrientas invadimos las dependencias. Había de todo, hasta champagne. Con mi bayoneta abrí algunos tarros y comí hasta que no podía más. Después me fui al departamento de ropa. Ahí me saqué la ropa pestilente y me vestí de nuevo. Hasta me puse un uniforme de oficial y botas suaves. Una fantástica idea me iluminó. Había que llevar tabaco porque ya era una mercadería escasa y quizás en algún momento lo podría usar para algún trueque.

Cuando salí de la bodega me alejé rápidamente del lugar. Vi a soldados borrachos de tomar tantas bebidas alcohólicas y acostados con mujeres en uniforme. Ahí a los estúpidos los iban a pescar sea algún comando alemán o las tropas rusas que estaban avanzando también hacia esa zona.

Con un grupo fuimos caminando por un camino hacia el poniente, porque se sentía que los enemigos estaban acercándose. Pasamos por un puente largo. Cuando llegamos al otro lado un grupo de los temidos S.S. nos estaban esperando. Nosotros ya no llevábamos armas. Ellos, bien armados, nos obligaron a devolvernos por el puente y marchar hacia el frente ruso. ¿Qué podíamos hacer sin armas contra los invasores?. Ya todo era estúpido, inexplicable y sin sentido. Nos agruparon en formación y partimos hacia el frente ruso, al holocausto.

Señor Jesús, no me abandones, ayúdame, te lo exijo. Marché en la fila exterior de esa columna que se movía, sin poder defenderse, hacia el matadero. La columna se movía silenciosamente, vigilada por los prepotentes hitlerianos. Marchar al borde de la columna era mi salvación. Al lado del camino había un barranco bastante alto que terminaba abajo en un arroyo. “Hacer teatro” me dije, quizás me resulte. Empecé a tambalear como mareado y me fui acercando al borde del talud, me tropecé con algo y me caí hacia abajo. El guardia me gritó, pero yo caí en las aguas del arroyo aparentemente con la boca hacia abajo y fingí que estaba muerto. Todos me fueron a ver y dijeron: “Pobre cabrito”. El S.S. gritó que siguieran la marcha y cuando ya no los sentí me arrastré, totalmente mojado, hacia el puente que tenía que cruzar para poder seguir al poniente. De noche crucé por debajo del puente. Gracias a Dios las aguas no eran muy profundas. Seguí por la parte inferior del barranco hasta que divisé una casa abandonada. Encontré fósforos y prendí una humilde fogata para secar mi ropa. Dormí esa noche en la casa y estando todavía oscuro seguí el camino hacia el poniente. A poco andar entré en un pequeño pueblo atestado de refugiados civiles y militares. En una pequeña plaza había algo de comida por unos pocos marcos que ya no tenían ningún valor. Había un enorme camión militar estacionado cerca con el motor andando. Me acerqué al chofer y le pregunté adónde se dirigía. A Dinamarca, me dijo, tengo que llevar estas orugas de tanques dañados para que allá los arreglen. Le pregunté si me podría llevar. Si, te llevo, pero que me das tu en compensa?. Te doy diez paquetes de tabaco!. Era una fortuna!. Pásamelos y súbete atrás.

Me subí y me senté detrás de la cabina donde estaba protegido contra el viento, al lado de una corpulenta mujer campesina. No hablábamos porque todos teníamos miedo a ser delatados.

El camión se puso en marcha y la señora empezó a llorar amargamente. Yo estaba contento porque por fin podía salir de este maldito frente ruso. Me quedé dormido. De repente desperté de un golpe. El camión había frenado en seco. Era de madrugada. Abrí los ojos y, que espanto!. De los árboles que bordeaban el camino colgaban soldados alemanes ahorcados. Me acordé: Los desertores y los traidores no valían ni una bala, debían ser ahorcados.

Por el acoplado subieron rápidamente los soldados de la temida S.S. gritando: Abajo cerdos desertores y traidores. Sacaron a todos los que llevaban uniforme a patadas del camión. Vi que mi sueño de llegar al otro lado de Alemania había terminado bruscamente. Empecé a rezar, estaba desesperado, no tenía ya ninguna oportunidad de escapar, porque andaba sin documentos y era un desertor.

“Señor mío, ahora estoy en tus manos, yo sé que sólo tú me puedes ayudar, porque tú tienes mas poder que estos perros salvajes. Te ruego, ten misericordia de mi, no quiero morir”. Me acordé repentinamente del pañuelo que me había dado mi madre cuando me despedí de ella y cuando yo le había dicho que no se preocupara porque Dios me salvaría. Rápidamente lo saqué debajo de mi ropa, lo doblé en forma de un triángulo y puse mi brazo adentro. A la señora le susurré que estaba gravemente herido. Empecé a quejarme y grité: Un médico, por favor un médico, estoy mal herido, ayúdenme. Estaba acurrucado en la falda de la campesina. Ella puso sus manos sobre mi cabeza y me acariciaba. Pobre niño, pobre niño dijo cuando se acercó el S.S.. Este me dio una patada: Levántate asqueroso desertor, y me dio otra patada. Yo grité: Un médico, un médico, ayúdenme, estoy muy mal. El tipo siguió molestándome cuando la señora sacó de su bolso un enorme cuchillo de cocina y le dijo a la bestia: “Si tú tocas otra vez a este muchachito te enterraré este cuchillo. La guerra está perdida, ¿para que siguen matando gente inocente?. Mira lo que me queda, he perdido mi casa, mi marido, todo y ya no me queda nada. Tu, idiota, anda a buscar un médico y si no hay dejen a este muchacho morir tranquilo”. Se sentó de nuevo y me puso en su falda. El idiota me escupió en la cara, me dio otra patada y saltó del camión. “Chofer, puede seguir adelante, HEIL HITLER”.

El vehículo se puso en marcha y yo seguí gritando y llamando por un médico hasta que estuvimos lejos del puesto de control. Nos abrazamos con la señora y lloramos juntos.

Gracias Señor, gracias, otra vez me has sacado de las garras de estos perversos canallas. Señor mío, te amo.

LUBECK

Viajamos todo el día, callados, porque todos estábamos impresionados por lo que vimos y asustados por lo que aún nos podría pasar. Al atardecer llegamos a la ciudad de Lübeck, una ciudad hermosa sobre el mar báltico. Me bajé del camión porque este iba a tomar la ruta hacia Dinamarca. Le di las gracias al chofer y él me dijo: No he visto en mi vida a alguien con la suerte suya, porque se salvó milagrosamente. Yo le respondí: La fe.

Toda la ciudad estaba repleta de refugiados civiles y militares esperando la llegada de las tropas inglesas, las que no pudieron tomarla porque una unidad de fanáticos paracaidistas alemanes les pusieron una feroz resistencia.

Caminé a la estación de ferrocarriles porque ahí siempre había un lugar donde pasar la noche bajo techo. Ya estábamos a fines de abril y las noches no eran tan heladas como para dormir con lo puesto.

En la estación reinaba el caos. Por todas partes estaban las armas y municiones botadas. Entre medio estaba la gente botada en el suelo, durmiendo, llorando, madres dando pecho a las guaguas, heridos que llamaban por un médico, el mismo espectáculo que ya había visto en tantas partes. Maldita guerra, porque no nos rendimos, hasta cuando tenemos que sufrir!

En el medio del gran galpón había un quiosco donde por trueque se podía adquirir desde un pedazo de pan hasta joyas. Tenía mucho hambre y cambié una bolsa de tabaco por un pedazo de pan. No había comido casi nada desde que nos tomamos por asalto a la bodega de abastecimiento. Estaba acostumbrado a pasar hambre. Cuando uno corre el peligro de morir en cualquier instante es capaz de pasar las penurias mas tremendas. Pasé la noche durmiendo sobre el duro y helado piso de un acceso a los andenes. Al día siguiente fui nuevamente al quiosco para cambiar mi última bolsa de tabaco por un pedazo de pan. Estos malditos idiotas que siguen resistiendo a los ingleses, para qué?. Delante del boliche había una cola y me metí en ella porque tiempo nos sobraba. Finalmente me tocó mi turno, cuando en el hall explotó una granada y se sintieron disparos de ametralladoras y ruido de tanques. Alguien gritó: Los ingleses, los ingleses. En ese instante, en medio de una tremenda trifulca se abalanzó una masa de gente sobre el quiosco. Agarré de la estantería un cartón de cigarrillos y me tendí encima. No me importaban las pisadas ni las patadas de los eufóricos ladrones. Tenía un tesoro, los viciosos van a necesitar mis cigarrillos, porque sabíamos que nos esperaban tiempos muy difíciles. El fin de la guerra no significaba que todo había terminado, el hambre persistiría por largo tiempo.

Los ingleses, una vez que habían eliminado a ese grupo de histéricos nazi, entraron a la ciudad donde nadie les puso resistencia. Los vencedores y a su vez nuestros salvadores nos llamaron por altoparlantes para que nos concentráramos en la plaza del Holstentor. Hacia allá nos encaminamos, tranquilos y muy alegres. Pasé por delante de una estatua del canciller Bismarck. Saqué mi bayoneta y la clavé entre las flores. “Alemania, Alemania, sobre todo, sobre todo en el mundo”! Para nunca más!.

Llegué a la plaza con mis manos en alto. Que alegría, terminó un largo vía crucis. Me senté al borde de la plaza repleta de prisioneros y recé largamente, dando gracias a mi amigo Jesús, el que nunca me abandonó. Era el 3 de mayo de 1945.

PRISIONERO DE GUERRA

Desde la plaza del Holstentor los ingleses nos llevaron en camiones fuera de la ciudad y nos pusieron en largas filas sobre el pavimento del Autobahn. Después nos hicieron pasar por un control donde nos revisaron hasta los calzoncillos (si aún teníamos). Yo temía que me iban a quitar mis valiosos cigarrillos, pero a ellos no les importaba esa mugre de paja molida que nosotros llamamos cigarrillos. En seguida nos hicieron abrir nuestras chaquetas y pantalones, dejándonos semidesnudos. Un grupo de enfermeros ingleses nos sopló un polvo blanco entre la ropa y entre las piernas. Creo que nos cubrieron con una tremenda capa de D.D.T.. Así recibimos,

después de semanas de vivir en la suciedad, el primer servicio humanitario, una protección contra pulgas, piojos y tantas otras inmundicias que se habían alojado en nuestros mugrientos cuerpos durante tanto tiempo de desaseo. En esa operación de limpieza sentimos disparos de cañones antiaéreos. Vimos que en el horizonte pasó un avión a una velocidad increíble. Yo, que sabía del manejo de cañones antiaéreos, no podía creer lo que estaba viendo. Las nubecillas de las explosiones de las granadas antiaéreas quedaban a una enorme distancia detrás del avión. “El arma secreta de Hitler”. Un avión a chorro, inalcanzable por los cañones antiaéreos. Todos pensábamos lo mismo: Teníamos las armas secretas, pero salieron a combatir cuando la guerra ya estaba perdida, gracias a Dios, esta era la última escena del desastre. Ya todo estaba perdido, ahora ni estas fabulosas máquinas salvarían al TERCER REICH. Señor Hitler, todo se acabó, usted estará en algún Bunker, bien protegido, pero no sabe lo que pasa aquí sobre los campos de batalla. A pesar de que ya todo estaba perdido, la pasada del avión a chorro nos dió una mínima satisfacción. No éramos un pueblo de segunda categoría.

Nos hicieron subir a los camiones y nos llevaron a un campo abierto, recién arado. Los ingleses hicieron construir rápidamente torres de vigilancia y retretes, además teníamos que excavar tumbas para los tantos muertos que murieron diariamente, porque nuestro ejército se componía de hombres hasta la edad de 60 años y más.

En la cercanía había una fábrica de fósforos y los tomis traían camiones repletos de palitos para que los pudiéramos usar como protección y para no dormir sobre el suelo húmedo. Un gesto noble!. Los palitos de fósforos alcanzaron sólo para algunos de los aproximadamente treinta mil prisioneros. Yo estaba agotado y me acosté en cualquier parte. Por los altoparlantes nos prohibieron estar en pié, si no, dispararían al que no cumpliera la orden. Estrategia genial para tener treinta mil hombres vigilados por unos pocos hombres!. El que tuviera que ir al retrete tenía que arrastrarse por el suelo.

Me había acostado debajo del mapa que llevaba conmigo desde el escape de la batería porque era, además, impermeable. En la noche llovió. Yo estaba tan agotado que no sentía nada. En la mañana desperté en un charco de barro y agua. Había dormido profundamente porque era mi primera noche durmiendo en libertad, protegido por los gentlemen británicos. En la mañana llegaron mas y mas prisioneros. Los ingleses tuvieron que ampliar el cerco de alambre de púa porque ya no cabía mas gente dentro del campamento. Cuando ya no había mas espacio en el recinto los ingleses llamaron para que se presentaran todos los jóvenes menores de 18 años que eran oriundos de la zona donde estaba ubicado el campamento. A todos ellos los dejaron irse a sus casas que estaban cerca. Al otro día supimos que todos estos jóvenes fueron muertos por los ex prisioneros alemanes que andaban ambulando por la zona. A pesar que Alemania ya había capitulado, el odio contra nosotros permanecía, quizás en parte entendible, pero matar a una persona inocente siempre será un crimen.

PRISIONERO EN UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN NAZI

En los últimos días de la guerra se formó una agrupación de alemanes jóvenes, fanáticos y Nacional Socialistas. Su regla era matar a los soldados de los invasores. Eran criminales, porque ya el almirante Dönitz, el representante de Alemania después de la muerte de Hitler, había firmado la capitulación.

Estos jóvenes eran muy temidos porque nadie los podía identificar, cualquier joven podría pertenecer a ellos. El grupo se llamaba WEHRWOLF, lo que significaba: El lobo que se defiende. Los soldados de los aliados tenían terror a ese tipo de partisanos, tal como nosotros temíamos a los de Tito en Yugoslavia.

En nuestro campo, a consecuencia de esa desastrosa lluvia, mucha gente de mas edad se estaba muriendo. Me tocó un día excavar tumbas junto con otros jóvenes. Un cínico guardia me dijo en inglés, riéndose, que estas eran las tumbas para nosotros. Chiste cruel!.

Un día todos los jóvenes menores de 25 años de edad tuvimos que presentarnos a la salida del terreno. Nos preguntaron en que unidad peleamos, nuestra edad y nuestro grado militar. Yo estaba en la primera fila, un oficial con un intérprete nos interrogó: Nombre: Josef Michaeli. Edad: 17 años. A que rama pertenecía: Luftwaffe. Grado: Cadete, aspirante a oficial. Súbase a este camión!. No sabía qué significaba todo esto. El camión se puso en marcha y nos alejamos del improvisado campo de prisioneros. En el camión uno de los jóvenes nos dijo que seguramente nos habían fichado como miembros del Wehrwolf.

El camión finalmente paró delante de algo como una prisión, rodeada de muros de unos 5 metros de altura, alambradas de púa y cercos eléctricos de alta tensión. Era un campo de concentración nazi. Claro, aquí no escaparía nadie y si hay miembros del Wehrwolf aquí estarían mejor guardados y con poca vigilancia por los ingleses. El camión nos dejó en una plaza en el centro del conjunto. Búsquense cualquiera barraca donde quieran estar, nos indicó un inglés que hablaba algunas palabras en alemán. Era el primer camión que llevaba prisioneros. Me fui a un galpón que estaba al borde de la cancha. Entré. Adentro me encontré con tres seres esqueléticos, hombres de puros huesos, no tenían carne. Tenían puesto un uniforme rayado y un gran número en el pecho. Nos preguntaron quiénes éramos nosotros. Les explicamos que éramos prisioneros de guerra. Los tipos se volvieron locos, lloraron, se abrazaron y hablaron yidisch. Nos contaron que esta sala era la sala donde los nazi habían hecho experimentos quirúrgicos con sus compañeros vivos. Ahí estaban los mesones cubiertos de azulejos blancos, las mesas de operación. Que horror, que horror. Me sentí pésimo. Así que estos eran los campos de concentración de los cuales nadie se atrevía a hablar y los que entraron a este infierno nunca mas salieron. Me avergoncé de pertenecer a un pueblo tan salvaje. Esta escena no la podré olvidar nunca y ella fue el origen de todas mis acciones, a veces extrañas, que marcaron mi futura vida.

Nos fuimos a nuestras habitaciones, donde habían estado los judíos antes de ser matados, piezas pequeñas con una litera al lado de la otra, todas de tres pisos. En cada una de ellas habían tres tablas. Una tabla para apoyar la cabeza, otra para las caderas y otra para los pies!. Cuanto dolor, cuanta desesperación, cuanto sacrificio sólo por pertenecer a un pueblo!. Esa noche no podía dormir, estaba perturbado: Señor, tu pueblo elegido, porqué también a estos inocentes les llevaste al calvario?.

Era de esperar que nadie en los pisos altos, pudiera dormir y si finalmente podía, se mandaba abajo sobre el pobre compañero de abajo, porque así no se podía descansar sin tener experiencia.

Un día un oficial inglés con su ayudante nos llevó a un portón al otro extremo del campo. Entre las rendijas del portón divisamos los rieles de los ferrocarriles. Delante del portón tuvimos que desarmar una enorme ruma de trajes de prisioneros judíos. Pieza por pieza fue revisada por si algo se encontraba en los bolsillos. Se anotó el número del uniforme que alguna vez lo tuvo que depositar ahí antes de ir a la cámara de gas. Nuevamente tuvimos que armar el montón de la ropa revisada y registrada. La ropa que estaba arrumbada durante años tenía un olor nauseabundo, tanto que cuando en algún momento de mi vida posterior sentía ese olor me daba asco. Se registraron miles de trajes, testimonios de las atrocidades que cometieron nuestros desgraciados líderes y por ende, indirectamente también nosotros. A mi no me consta que habían cámaras de gas detrás de la línea del tren porque nunca se abrió el portón que era el acceso al infierno.

Hay que reconocer que la guerra dejó hasta los aliados con tremendos problemas de alimentación. En el campo nuestra ración de comida diaria era una galleta de agua con unos 30 gramos de Corned Beef, nada mas, agua, todo lo que pudiéramos tomar. Europa entera estaba pasando hambre. Los estragos de la guerra eran incalculables. Los que tenían que vivir con esa dieta miserable éramos nosotros, porque éramos los culpables de este tremendo desastre. El 13 de mayo de 1945 cumplía 18 años de edad en el campo. Cuando me tocó mi ración le pedí al inglés que me diera una porción extra porque era mi cumpleaños. Recibí 2 galletas de agua y 60 gramos de carne en lata. Lo engullí de inmediato antes de que alguno de mis compañeros me lo quitara.

En el campamento de horror, los cristianos, protestantes y católicos formamos, quizás por primera vez en la historia, una comunidad cristiana con misa los días domingo, con coro, con lectura, sin ostia y sin vino, porque no había. La misa la celebraba un pastor protestante, y, porqué no?. En una de sus prédicas habló de los tiempos de los nazi. Ellos lo convidaron un domingo para presenciar un vía crucis en vivo. Los nazis habían elegido al judío mas hermoso que tuvo que hacer el papel de Cristo. El recorrido era alrededor de todo el campamento, con todas las escenas desde el monte de los olivos hasta la crucifixión. Todos los judíos ocupantes del Lager tenían que participar. Las hordas nazi gritaban: Crucifíqueno, crucifíqueno, y lo clavaron en la cruz. A este nivel cayó el pueblo de Goethe, Bach y Beethoven. No entendía que todavía existiera gente que no creía en Satanás, increíble!.

¿Señor, porqué hiciste sufrir tanto a este gente, tus compatriotas?.

CAUTIVO EN EL NORTE DE ALEMANIA

Terminada la guerra, el 5 de mayo de 1945, los aliados quedaron con millones de prisioneros. Stalin mandó a todos los suyos y además a todos los rusos que habían estado prisioneros en Alemania directamente a Siberia. La gran mayoría de unos u otros nunca mas volvieron a sus hogares. No tengo datos de cómo los norteamericanos resolvieron su problema. Los ingleses solucionaron el suyo en forma muy inteligente y sencilla: Llevaron a todos sus prisioneros a la zona de Schleswig Holstein. Esa parte de Alemania está limitada por sus cuatro costados: En el norte por un canal en la frontera con Dinamarca, al oriente por el mar Báltico, por el sur por otro canal atravesando esa zona y por el oeste por el Mar del Norte.

Una mañana, era lunes de Pentecostés, salimos en varias columnas del K.Z. – Lager hacia una estación de ferrocarril. Los tomis nos encerraron en los vagones y partimos hacia la zona que

nos habían asignado. Después de un largo andar el tren paró en medio de un campo agrícola. Tuvimos que bajar como un poco mas de 100 personas y el tren siguió con los otros apresados.

Un capitán alemán y tres suboficiales, con sus respectivas escarapelas y pistolas nos hicieron formar filas. El capitán nos explicó que ellos quedaron al mando de esta compañía, que teníamos que cumplir las órdenes de ellos y esperaban no tener que usar sus armas, ya que tenían permiso de disparar en caso de algún conflicto grave. Ese día no hubo comida. Nos alojaron en una bodega de esa finca allá al fondo. Al día siguiente iríamos a buscar comida en la cercana ciudad de Heide, donde se encontraba la comandancia inglesa. “Ahora voy a designar algunos de ustedes que serán los responsables de ciertos trabajos”. Cuando llamó a un cocinero yo me adelanté. “Como, me preguntó, como usted puede ser cocinero”. Le expliqué que mi madre había muerto hacía tiempo y yo le tuve que cocinar a mis hermanos chicos. “Sé hacer comida sencilla y creo que no vamos a tener que preparar faisanes”. Todos se rieron. “Bien, usted es el jefe de la cocina que vamos a arreglar en el lavadero de la finca. Necesito además dos ayudantes”. Se adelantó un hombre de unos 55 años. “Qué experiencia tiene usted”, le preguntó. “Yo, antes de la guerra, trabajé como cocinero en un restaurante en París”. Después designaron a un cabrito que no debe haber tenido mas de 14 años, como mozo. Mirar a este niño con el uniforme que le quedaba grande por todos lados y con las botas de un gigante nos dió vergüenza. Hasta niños de las primarias llevaron esos canallas de Berlín a pelear.

Marchamos hacia la finca. El capitán nos hizo cantar y lo hicimos alegremente porque, por fin, éramos libres, por fin terminó esa absurda carnicería. No teníamos nada mas que lo puesto, por lo que la caminata nos parecía un paseo en el hermoso campo, pacífico y silencioso. Nos instalamos en la bodega de heno, arreglamos la olla del lavadero, la que sería nuestra fuente para preparar los caldos. Todos andábamos con hambre. Ya no quedaba pan ni cigarrillos, nada. Lo peor era que no teníamos nada que hacer y era estrictamente prohibido entrar en la casa de los dueños o en sus campos. Estábamos obligados a permanecer alrededor o dentro de la bodega aburriéndonos como ostras.

En la mañana siguiente me entregaron una carretela con un caballo y nos fuimos al cuartel general a buscar nuestra ración. Nos entregaron un costillar de caballo, como 10 kilos de papas y dos repollos, ésta era la comida por un día para un compañía!. Ni sal había!. A la vuelta preparamos una miserable sopa y entregamos un poco a cada uno de los hambrientos hombres. Me acordé de la frase: Goza la guerra, porque la paz será horrible. Al atardecer nos sentamos en grupos, contando chistes o cuentos. Durante una de estas conversaciones un soldado dijo: Camaradas no hemos perdido todo. Tenemos los bolsillos llenos de dinero que no podemos gastar, ahora no vale nada, pero quizás entre estos campesinos apartados del mundo el dinero todavía podría valer. Juntamos el dinero que eran miles de marcos. Al día siguiente se subió un carnicero en mi carretela y en el vecindario del cuartel recorrimos finca por finca. Increíble, encontramos un campesino que cuando vió todo ese dinero nos vendió encantado una vaca. Nuestra llegada al bodegón fue triunfal. Había carne, comida. En la noche, a puertas cerradas, nos dimos un banquete entre el carnicero, los cocineros y nuestra plana mayor. No podíamos comer mucho, porque nuestros estómagos ya no estaban acostumbrados a recibir un banquete después de semanas sin comer. Al día siguiente desperté, vomité y sentía un fuerte gusto a huevo podrido en la boca. Me sentía muy mal, pero tenía que cumplir con mi deber de buscar la ración de alimento diario en Heide. Le pedí al viejo cocinero que me acompañara.

En la bodega de aprovisionamiento tuvimos que esperar un poco. Me paseaba por delante de las oficinas y leía avisos de gente que buscaba personas, avisos oficiales y....había un aviso: Se necesitan intérpretes!. Inmediatamente me presenté en la oficina y me preguntaron algunas cosas en inglés, las que contesté con mi no tan buen inglés que había aprendido en la escuela. El soldado entró en una oficina y me hizo pasar. En el escritorio estaba sentado un oficial inglés. Me preguntó algunas cosas, donde servía durante la guerra y le conté que no le podía contar todo en un instante. Me dijo que estaba aceptado como intérprete, me pasó un distintivo y ordenó al secretario que me diera un pase para alojarse en un hotelito. “Nos veremos mañana a las nueve en la sala de despacho”. Pedí permiso para despedirme de mi cocinero y me instalé en mi pieza. No volví al cuartel. Creía que estaba soñando, Dios mío, esto es demasiado, no sé como agradecerle tanta generosidad. Una cama con colchón, con sábanas limpias, comida igual a los ingleses, libertad para irme por la ciudad, para ir a la playa después de haber cumplido con mi trabajo que era llenar formularios de salvoconductos en los dos idiomas durante 4 horas al día.

Poco a poco me hice amigo del capitán inglés. Me convidó varias veces al casino donde le conté mis aventuras de soldado alemán. Un día le pregunté al tomy si fuera posible que él me permitiera llenar mi propio salvoconducto. “De dónde viene usted”, me preguntó. “Del Saar”. “Desgraciadamente el Saar pertenece a las tropas de ocupación francesas y nosotros no tenemos ningún intercambio con ellos. En todo caso no le convendría ir a su casa porque los franceses mandan a todos los prisioneros a las minas en el norte de Africa. ¿No tiene usted algún pariente en nuestra zona?”, me preguntó. “Capitán, yo no sé cuales son las zonas de cada uno de ustedes”. Me mostró en un mapa los límites de cada zona. En la zona de ellos se encontraba la ciudad de Arnsberg donde vivía un tío mío. “Muy bien”, me dijo, “mañana haga su salvoconducto para ir donde su tío”. “Pero, sir, no tengo la dirección donde vive”. “Pero esto es muy simple, usted pone Adolf Hitler Strasse y un número, usted sabe que hasta el pueblo alemán mas miserable tiene una Adolf Hitler Strasse. El resto me lo deja a mi!” No sabía lo que significaba “lo del resto me lo deja a mi”. Me embarqué en el siguiente convoy que repartía prisioneros ingleses, compartiendo la cabina del tren con los guardias ingleses. Sólo de noche me tenía que bajar y dejar los asientos a ellos. Tenía que dormir con el resto de los prisioneros en los vagones. De noche ya no rezaba por mi vida, rezaba contento, dando gracias al Señor y a nuestra querida madre que tenemos en el cielo.

ARNSBERG

Cuando llegamos a la estación, dos ingleses me pidieron que me quedara con ellos porque su jefe les había encargado de encontrar la dirección exacta de mi tío. Fuimos a la municipalidad y en un rato nos entregaron la dirección: Hüserstrasse N° 99. Los siempre caballerescos soldados ingleses me pidieron que subiera a un jeep. Ellos mismos me llevaron a la casa de mi tío. Subí por el jardín hacia la puerta de entrada y detrás de mi los dos soldados ingleses cargando con una pesada caja de cartón. Antes de tocar el timbre ellos se cuadraron delante de mi y me dieron las gracias en el nombre del Reino Británico por mis servicios!. Se volvieron al jeep y me dejaron la caja. Toqué el timbre y salió mi tía que me preguntó quién era yo. “Soy el Sepp, el hijo de Lisa y de Johann aus Rohrbach”. “O Dios mío, que es lo que quieres, espero que no te quedarás con nosotros. No tenemos cómo alimentarnos nosotros, menos para alimentar una boca más. Con la tarjeta de alimento vivimos con hambre. Pero ya no hay nada que hacer, mañana buscas tu tarjeta

y nos arreglaremos”. “¿Y este paquete?”. “No se”, le dije, “me lo dejaron los ingleses que me trajeron hasta acá”.

Por fin entramos a la casa y los niños se tiraron sobre la misteriosa caja. Cuando la abrieron se quedaron muy sorprendidos. La caja que me mandó ese generoso capitán estaba llena de víveres, chocolates, cigarrillos, pan y conservas. La tía mandó al tiro a guardar todo porque ella iba a ordenar las raciones para los próximos días. No llegué con las manos vacías, gracias generoso capitán inglés, y gracias a ti Señor por todo lo que me has dado en una forma tan inusual. Para mi era un hermoso regalo del cielo.

No podía andar en uniforme y me puse la ropa que mi hermano mayor, Hans, había mandado a Arnsberg cuando estalló la guerra. Jamás pensé que algún día terminaría la guerra en una forma tan terrible y con toda Alemania ocupada por tropas extranjeras. La ropa de mi hermano me quedó muy grande. Amarré los pantalones con unos cordeles en mis hombros y la chaqueta me terminaba casi a la altura de las rodillas, pero nadie se fijaba en esas vestimentas raras porque nadie tenía ropa para vestirse.

No me sentía muy a gusto en la casa de mi tía. Con los niños fuimos cambiando los exquisitos cigarrillos ingleses NAVYCUT en el campamento de los prisioneros de las tropas rusas que aún no podían volver a su patria. La maquinaria comunista, empobrecida, no funcionaba bien y para los ingleses esa gente era una carga más. Con los primos matamos las aburridas tardes jugando simples juegos de naipes. La tía me contó que en los últimos días de la guerra murió su marido, igual que otros dos tíos más, a los que llevaron al frente sin ninguna instrucción militar. Yo creo que ni sabían como usar una carabina. El satanás de Berlín y sus demonios quisieron llevarse una gran masa de inocentes al infierno, antes de que terminara el gran holocausto.

Un día me decidí a volver a mi casa en el Saar, a pesar de las recomendaciones de ese noble capitán inglés, pero me sentía mal en la casa de la tía una vez que se hubo terminado por completo el generoso regalo de este gran caballero. Sabía que me tiraba a una gran aventura, pero con la ayuda de mi amigo del cielo todo se arreglaría. Me había ayudado en los momentos más difíciles, también me ayudaría en este nuevo proyecto. Sabía de experiencia que la fe puede mover montañas.

RETORNO A LA CASA

Cuando la caja de mi amigo británico se terminó entró de nuevo el Señor hambre en la familia de mi tía. Sentía que yo era una boca más y tenía que retornar a mi casa. Pensé largamente cómo hacerlo. Tenía que atravesar dos fronteras sin documentación: De la zona inglesa a la zona francesa y de ahí al Saar que era protectorado de Francia, es decir, la gente del Saar eran franceses o casi franceses. Esos datos los conseguí de varias fuentes, porque no habían diarios y las pocas radios que tenían permiso de transmitir lo tenían que hacer en frecuencia modulada que no tenía largo alcance. Otros datos los conseguí de las transmisiones de las radios de las tropas estacionadas en Alemania. Era una peligrosa aventura tratar de pasar los puestos fronterizos de estrictos controles.

A fines de septiembre de 1945 tomé un tren que me llevaría hasta la frontera de la zona inglesa con la de los no tan agradables franceses. Tenía grabado en mi mente lo que me dijo mi amigo capitán inglés de las minas en el norte de Africa donde se trabajaba en condiciones poco humanas.

Llegué a la frontera con la zona francesa. Ahí me escondí en un tren de carga con carbón que iba a las tierras de ocupación francesa. En ese tiempo el asunto de los controles era estricto, pero no para las cargas de carbón. El tren pasó la división entre las dos zonas sin control alguno. En la mañana siguiente salí del tren de carga y fui a comprar mi boleto para el tren que iba en dirección al Saar. En Koblenz paró el tren y tuve que tomar otro que se dirigía hacia el poniente, hacia Saarbrücken. Otra vez tuve que dirigirme a la boletería con el constante temor de ser descubierto sin documentación. En todo eso me ayudó mucho mi apariencia de “guagua”. Realmente tenía cara de niño. Antes del anuncio de la llegada del tren me fui a sentar en el andén respectivo. Me senté al lado de unas señoras campesinas de mayor edad con mi pequeño maletín donde llevaba algo de vestir de la ropa de mi hermano, porque salí de la casa como niño y ahora esa ropa ya no me servía. Siempre tuve la costumbre de pensar en adelantado las posibles situaciones.

Yo estaba vestido con un terno de mi hermano alto, con los pantalones amarrados en los hombros, con la chaqueta que me llegaba hasta las rodillas y que parecía ser mas un vestido de mujer que una chaqueta. Hacía meses que no me había cortado el pelo y las chascas me caían mas abajo de los hombros. Por la salida al andén aparecieron tres soldados franceses, vociferando y en avanzado estado de ebriedad. Era la temporada del vino nuevo que es muy dulce, pero se sube a la cabeza. Los tres jóvenes soldados franceses se sentaron junto a mi. Uno empezó a tocarme el pecho, el otro me abrió mi larga chaqueta, introduciendo su mano en mis pantalones, el otro me daba besos con el asqueroso aliento de ese vino fresco. Dios mío, me creen mujer!. Que voy a hacer contra estos tres borrachos armados con sus pistolas. Señor, ayúdame de nuevo, por favor, porque esto es algo de lo cual me va a ser muy difícil de salir. Pero tenía fe y mi mente, eso lo aprendí durante la guerra, era fría, no me desesperaba. Pero Señor, tú tienes que ayudarme, tú me lo prometiste!.

Tengo que arrancar, pero cómo?. Mientras estos individuos me manoseaban pensé fríamente: Al que tiene la mano metida en mis pantalones le voy a pegar un combo con toda mi fuerza, no puede defenderse, porque está preso en mi pantalón y no puede sacar su arma. El segundo combo se lo pegué al besucón y lo boté al suelo. El tercero estaba tan sorprendido de que una mujer pudiera tener tanta fuerza y con su boca abierta le pegué otro golpe en el cuello (Yiu yitsu). Menos mal que los tres estaban bastante ebrios y no tenían la facultad de reaccionar coordinadamente. Ya no tenía ni un segundo para rezar, todo era acción, estaba entre la vida y la muerte. Me liberé de los borrachines y empecé a correr por el andén en forma zigzagueante para no ofrecer a estos imbéciles un blanco fijo. Todas estas tácticas uno las aprende en la escuela de oficiales. Pasé entre dos vagones de un tren parado, los franceses seguían disparando. Ahí tuve tiempo de llamar a mi amigo en el cielo: Sálvame, haz un milagro porque estos están corriendo detrás de mi y me van a matar. Pasé el tren que estaba parado y detrás de ese había otro tren de carga en marcha. Me subí a un carro cargado de carbón rápidamente me abrí una cueva por si estos franchutes alcanzaban a parar el tren en marcha. Yo estaría debajo del carbón y les sería muy difícil descubirme. Me quedé escondido hasta que después de largo rato el tren paró y salí de mi escondite. Estábamos parados en una estación. Bajé, fui al baño a lavarme la cara y las

manos y como pude limpié el hermoso traje de mi hermano. Fui a la boletería y compré un boleto hasta Saarbrücken. El empleado me dijo que ellos vendían boletos solamente hasta la frontera con el Saar. Tomé el tren.

Para entrar al Saar se necesitaba un salvoconducto especial porque se estaba preparando para ser parte de la República francesa. Antes de que el tren llegara al pueblo de la frontera, salté del tren en marcha y caí hacia un barranco. Avancé entre matorrales y me metí al pueblo. Desde ahí me fui a la estación como un ciudadano cualquiera, compré nuevamente un boleto hasta Rohrbach. Pasé por el control, el empleado de ferrocarriles me perforó mi boleto y subí al mismo tren desde el cual había saltado y que venía desde Mannheim. El control aduanero ya había terminado. Me fui a otro vagón, porque uno nunca sabe. Me acurruqué en un rincón para no ser visto.

En el oscuro carro había una niña de unos 13 años que me miraba mucho, me molestaba. Recé con alegría, porque ya estaba en el Saar, poco faltaba para llegar a casa, para botar todas estas miserables experiencias de una vez para siempre. La guerra terminó. Quedaba poco para estar con los míos después de tanto tiempo y tantas desgracias.

Por fin paró el tren, Rohrbach, Rohrbach, querido hogar. La estación quedaba algo distante del pueblo y uno tenía que andar como un kilómetro para llegar a las primeras casas. Bajé del vagón y me dirigí a mi casa. Delante de mi corría esa niña que tanto me miraba, yo caminé lento: Libre, libre en casa. De sorpresa vi a mi padre corriendo por la calle hacia mi y detrás de él mi madre. Qué extraño, como pudieron saber que yo llegaba en ese tren. Era la niña quien les avisó porque era vecina nuestra y no la reconocí porque ella había crecido mucho. Avisó a mis queridos padres que aparentemente venía su hijo Sepp en el tren.

Sepp, Sepp, oh Sepp, mi papá me abrazó llorando y después se incorporó mi pequeña y querida madre. Lloramos los tres en medio de la calle. Llegaron los vecinos, me saludaron y me apretaron mis manos. “Otro que volvió”. Abrazados nos fuimos a la casa que gracias a Dios no había quedado destruida. Nos sentamos a la mesa, alegres, muy alegres y llorando de alegría. Me dijo mi papá: Sepp, te creíamos muerto porque tu estabas en la batalla de Berlín y un soldado de otra unidad que peleaba cerca de ustedes nos contó que de tu batería no quedó nada. Aparentemente quedó un sobreviviente, el desertor. Gracias Señor, tu me amas, yo te amo, tu eres grande.

REENCUENTRO CON MI FAMILIA

Antes de mi llegada a casa ya habían vuelto mi padre, desde Francia, y mi hermana Brigitte que pudo fugarse de Berlín antes de la gran batalla. Kanisius, mi hermano menor, había quedado con mi madre antes que las tropas americanas entraran en Alemania porque del internado lo habían devuelto a tiempo a su casa. Mi hermano mayor, Hans, volvió unos días después que yo. Se había conseguido un salvoconducto de los partisanos italianos que habían peleado junto a las tropas de los aliados. Hans estuvo en Africa como oficial-contador. De ahí alcanzó a escapar a Italia con uno de los últimos aviones alemanes, los Junker 52. En Italia se enamoró de una princesa (según él) que tenía contacto con estos insurgentes. Ella le consiguió refugio y documentación con la cual podía trasladarse dentro de Italia y Francia. Hablando esos

dos idiomas no le fue difícil llegar a casa de civil. A Hans le tenían como sobrenombre “El Conde”, porque tenía una atractiva figura, era galante, siempre vestido a la última moda, fumando cigarrillos egipcios etc. etc.. Sabía moverse dentro de cualquier ambiente. Era mujeriego y un muy agradable conversador.

En esos días no había periódicos y las pocas emisoras de radio tenían que transmitir en onda modulada que no tenía mucho alcance. Alemania estaba destruida, no había ropa, ni zapatos, la alimentación se podía comprar con tarjetas de alimentación, con las que no se podía vivir y demasiado para morir.

Había mucho hambre, cesantía, frustración, miseria y desesperación. Pero había esperanza de que algún día podríamos comer carne, abundante pan, quesos, fiambres, algún día.....

De a poco se empezó a mover el país, dividido en 4 zonas de ocupación. Para pasar de una zona a otra se necesitaba salvoconducto. Se empezaron a mover los trenes, claro que sin carros con asientos, no, teníamos que viajar en vagones para el transporte de animales. Con tanta escasez empezó el mercado negro, el trueque, los robos. Teníamos que sobrevivir, recogiendo los puchos que los negros americanos nos tiraban de sus vehículos. No habían cigarrillos. Los negros nos robaban nuestros relojes pulseras, se mofaban de nosotros donde podían, se acostaban con las hambrientas mujeres por una barra de chocolate. Las humillaciones no tenían límite. Nosotros callados, agachando la cabeza porque habíamos perdido una guerra.

Un día después de la misa dominical mamá nos tenía un suculento almuerzo. ¿Mamá, de donde sacaste todas estas cosas?. Las había guardado durante tiempo enterradas en el jardín. Había todo tipo de conservas, vino francés, carnes, frutas, legumbres. Nos dijo: Hoy festejamos y damos gracias a Dios que por fin podemos estar juntos. Le corrieron las lágrimas y sabíamos porque: Faltaba uno.

Mi madre era muy astuta: Se acordó de la primera guerra mundial cuando Alemania pasó mucho hambre. Nos dijo que esta comida de hoy era sólo una pequeña porción, que el resto lo iríamos comiendo supliendo la miserable comida de las tarjetas de racionamiento. Al poco rato después del almuerzo, los que habíamos pasado hambre, empezamos a sentirnos mal, vomitamos, y otra vez ese gusto a huevo podrido en la boca. Aún no estábamos preparados para una comida normal, nuestros estómagos no eran capaces de ingerir alimentos con grasa y especias.

LOS AÑOS TRISTES

Terminada la guerra todos los que alcanzaron a sobrevivir volvieron a sus hogares ubicados en las zonas americanas, inglesas y francesas los cuales en su gran mayoría estaban destruidos. Mucha gente tuvo que vivir en los restos de las viviendas y algunos en los subterráneos que generalmente habían resistido los interminables y crueles bombardeos aéreos de los aliados contra la indefensa población civil. Para los que quedaron sin hogar o los refugiados de Alemania oriental que no querían volver a sus hogares por haber quedado en la zona de ocupación de los despiadados rusos, se les asignaron habitaciones en viviendas que quedaron intactas en las cuales cada alemán tenía derecho a ocupar una pieza. Así, los que quedaron con

sus viviendas intactas tenían que convivir con la gente que no poseía hogar alguno. En esta forma inteligente se solucionó el problema de los damnificados.

Los alimentos que se podían adquirir mediante la tarjeta de racionamiento eran mínimos, mucho para morir y poco para vivir. Afloró el mercado del trueque y el contrabando, ya que el dinero no tenía valor y sólo servía para comprar los alimentos asignados. Fuera de estos miserables alimentos no había nada, ni zapatos, ni ropa, nada. La gente iba a buscar alimentos donde los campesinos porque, al fin y al cabo, la agricultura siguió produciendo, naturalmente bajo control para garantizar la alimentación de las tarjetas. Si sobre producían más de su cuota tenían libertad de entregar alimentos libremente. Así los agricultores empezaron a vivir con muebles finos, alfombras persas, loza de la mejor porcelana, ropa fina, joyas, todo a cambio de unos pocos kilos de harina, un saco de papas y todo lo que producían. Nadie puede comer un servicio de loza, ni comer una alfombra, todos estos bienes se fueron al campo. Mi madre también nos mandó a buscar comida en las zonas agrícolas lejos de la casa, en el sur de Alemania.

Mi hermana Brigitte descubrió una granja agrícola a unos 300 kilómetros de nuestro pueblo. En esa zona faltaban clavos, alambres y otros productos de acero, elementos que justamente se producían en el Saar. Un día me pidieron que acompañara a mi hermana en uno de estos largos viajes en camión cuyo motor funcionaba con gas de leña, porque no había gasolina. El gas se producía en una caldera montada sobre el camión y alimentada por leña picada. El genio alemán!. Salimos muy temprano en la mañana para llegar en la noche a Mannheim que era la frontera de la zona americana y la francesa. Cuando habíamos cruzado el Rin una patrulla de la policía militar americana nos detuvo. Estábamos sorprendidos porque los yankees no controlaban mucho a los pasajeros. Nos indicaron que la ciudad estaba bajo toque de queda y nos hicieron bajar del camión. Los Wehrwolf siguieron haciendo sus ataques de noche contra los soldados americanos y era por esa razón que en la ciudad desde las 10 de la noche nadie podía estar en la calle. Tuvimos que quedarnos en una pieza custodiada por negros. En la mañana, que era Viernes Santo, nos sacaron de a uno, el chofer, mi hermana y su amiga y finalmente a mi. Me llevaron en un jeep a un tipo de juzgado militar donde hablaban solamente inglés. Al final del “juicio” me llevaron, esposado con otros jóvenes, a un camión y nos llevaron fuera de la ciudad a....una cárcel de alta seguridad!. Me encerraron en una celda individual, con puerta blindada por cuya mirilla un vigilante observaba a cada rato lo que yo hacía. La cama estaba con candado, había una mesita, una silla, un asqueroso W.C. y allá arriba una ventanuca con gruesas barras de fierro. El piso era de cemento. Me senté a rezar y preguntarle a mi Dios porque todo este drama cuando yo era totalmente inocente.

Pasé el fin de semana encerrado. Por la mirilla de la puerta pasaban dos veces al día un asqueroso plato de fierro esmaltado, picado por donde uno lo mirara, un asco. La comida era pésima y durante esos tres días no comí nada, por un lado por la repugnante alimentación y por el otro lado preocupado por la suerte de mi hermana y mi futuro próximo. Los desgraciados carceleros negros durante la noche hacían sonar el enrejado pasando sus bastones de madera, produciendo un ruido muy desagradable con mucha resonancia en ese bastión de concreto. El lunes en la mañana me trajeron mi ropa para que me vistiera. Nuevamente con gente extraña al camión conducido a toda velocidad por un negro. Llegamos nuevamente al tribunal. El oficial que estaba sentado en una mesa elevada me entregó mi salvoconducto y me llevaron al sitio donde había quedado el camión.

Mi hermana me contó que pasó la noche en una sala llena de prostitutas. Le dije que no siguiéramos y retornáramos a casa. Pero mi hermana me insistió que no había comida en la casa y mamá se enojaría con nosotros, además no teníamos como pagar al camionero porque este cobraba un porcentaje de los alimentos que pudiéramos adquirir. No me quedó otra que seguir el viaje. Yo le advertí que a lo mejor nos podrían encarcelar de nuevo, porque no sabíamos que estaba pasando en cada zona, ya que no había radio ni diarios. Finalmente llegamos a nuestro destino y me di cuenta porqué mi hermana insistió tanto en seguir viaje. El hijo del agricultor y mi hermana se habían enamorado. Nos cambiaron nuestros alambres, palas y clavos por una muy buena cantidad de harina, sacos de papa y un buen pedazo de carne en salitre. Todos nuestros sacrificios no fueron en vano. El camionero alegó que tenía que volver lo mas pronto posible a casa porque tenía compromisos que cumplir. A mi hermana no le gustó mucho ese apuro porque quería quedarse uno o dos días más. El amor!.

EL TRASVASIJE DEL VINO

Mi primo Erwin Oberhauser pidió un día a mi primo Jorge y a mi que le ayudáramos a trasvasiar vino de un fudre, que lo había conseguido en Francia, a botellas. Erwin, mucho mayor que nosotros, nos enseñó como hacerlo con el embudo y la forma correcta de poner el corcho. “Tengan cuidado, no llenen demasiado las botellas porque hay que dejar un espacio entre el corcho y el caldo. Si llenan demasiado tiren el sobrante al suelo o, si quieren, lo toman”. El vino era algo dulce y espumante. Era Viernes Santo que para los católicos alemanes no es día de fiesta. Como era de esperar se nos rebalsaron varias veces las botellas. Empezamos a botar el rico caldo al suelo del subterráneo. Pero de a poco empezamos a tomar nosotros los sobrantes.

Cerca de las doce mi tía Ema, la mamá de Erwin, nos llamó y nos invitó a almorzar con ellos. El tío Jacob, padre de Erwin, era alcalde del pueblo y miembro del importante partido de la C.D.U. (Unión Demócrata Cristiana) del Saar con el señor Hoffmann a la cabeza del gobierno, porque ya éramos un departamento mas de la República Francesa

Ese día estaba invitado un alto oficial francés. Nos sentamos a la mesa en la cual la tía lucía sus mejores porcelanas, cristales, cuchillería de plata y sobre todo un hermoso mantel. La conversación era mayoritariamente en francés. Mi primo Jorge y yo chachareábamos con nuestro pobre vocabulario. A pesar de las faltas lingüísticas, la conversación era bien animada, debido, en algo, a las botellas que se habían llenado demasiado.

De repente me destapé como una botella de champagne. Alrededor mío y hasta la visita distinguida fueron rociados en forma asquerosa. El bochorno fue terrible. De inmediato nos sacaron de la casa y nos botaron en el jardín a pleno sol. Después de mi gracia me sentí a morir, por una parte por el malestar y la borrachera y por el chasco que cometí en esa ceremonia que, seguramente, era de importancia para mi tío. En el jardín me quedé dormido. En la tarde llamó mi mamá y preguntó porque no había vuelto a la casa. Le contaron la triste historia. Llegó mi hermano y me llevó a casa. Mamá me mandó de inmediato a la cama, furiosa. La borrachera no terminó, seguí vomitando en la cama durante dos días. Ahí quedé por orden de mi madre en la fetidez, no se cambiaron ni frazadas, ni cojines. Ese era el castigo. Por supuesto no asistí a la misa de sábado santo, ni a la del domingo de resurrección.

Espero que el Señor me haya perdonado ese desastre. Eramos jóvenes e inexpertos de trasvasijar vino. Mi primo Erwin quedó en la lista negra de mi mamá, porque en el fondo él era el responsable.

ESPIRITISMO

Una noche mi hermano Hans regresó, como siempre, tarde a casa pero esta vez llegó caminando, a pesar de que tenía un precioso Wanderer, un auto de lujo. Había ido a la casa de uno de sus tantos amigos a comer. Mamá, que siempre se levantaba temprano, no vio el coche en el patio y cuando él se levantó le preguntó porque regresaba a pié de la comida. Hans le contó lo que le había ocurrido: Habían terminado de comer y en la sobremesa alguien propuso en broma de hacer una sesión de espiritismo. En un momento el espíritu indicó que fueran a buscar una carta que alguien había dejado debajo de la puerta de entrada. Fueron a buscar y realmente había un sobre cerrado. Volvieron al estar y abrieron el sobre. En su interior había una nota que decía: Hans chocaría esa noche contra un árbol. Grandes sonrisas y todos siguieron tomando. Terminada la fiesta todos se fueron a sus casas, Hans, extrañamente, no andaba esa noche en compañía de alguna de sus tantas amigas. Se subió a su elegante coche y se fue rumbo a casa. Después de un rato perdió el control del volante y chocó....contra un árbol. No podía seguir con el vehículo y se fue caminando a casa, porque a esa hora ya no había movilización, ni taxis.....

Una noche estábamos charlando entre mamá, mi hermana Brigitte, una amiga de ella y yo en el living de la casa. Papá se había acostado. La amiga preguntó a la mamá que le había pasado a Hans. Mamá nos contó lo que le había ocurrido. Entonces ella propuso que hiciéramos también una sesión espiritista porque ella había estado una vez participando en una. Nos indicó como se hacía: En un papel dibujamos letras y números. Había que llamar al espíritu de una persona fallecida y que todos conociéramos. Elegimos a la abuelita de la amiga. Encendimos una vela y apagamos las luces. Mamá tenía que rezar el Padre Nuestro. Entre la amiga y yo tomamos un lápiz y lo pusimos sobre la hoja de las letras y números. De repente una fuerza extraña empezó a moverse, dando círculos sobre ciertas letras. Mi hermana escribió las letras marcadas. En un momento yo le dije a la amiga que no me forzara a dirigirnos a una cierta letra. Ella me contestó que yo la estaba forzando a ella. Había realmente una fuerza que guiaba al lápiz. Habíamos llamado al espíritu de la abuelita y ella contestó que estaba presente. Lógicamente cada uno de nosotros preguntó sobre lo que iba a suceder en su futura vida. Mamá siguió rezando y el espíritu siguió marcando sobre la hoja. Las anotaciones que hizo mi hermana eran continuas, sin separación de palabras y sin formar frases. Una vez terminada la sesión tratamos de descifrar lo escrito. Aparentemente no encontramos ningún sentido lógico en la escritura. Nos explicó la amiga que su abuelita no era muy docta en las letras y que posiblemente su alemán no era correcto. Poco a poco fuimos separando palabras que solo se usaban en el dialecto que hablábamos en el pueblo. A mi hermana le mandó el mensaje que iba a Inglaterra y después al medio oriente. Nos reímos hartos y bromeábamos sobre esta noticia. Después llegó mi turno. Me predijo que iba a estudiar una profesión lejos de la casa y después me iría a América.

Nos reímos, tomamos la última copa de vino, riéndonos de la mala ortografía de la viejita y nos fuimos a la cama. ¡Medio Oriente, América, por donde?!

En una de las visitas que me hizo mi hermana en Chile, muchos años después, una noche nos acordamos de esa sesión de espiritismo. El pronóstico fue exacto: Brigitte se había ido a Inglaterra a trabajar con la familia de un diplomático, al cual trasladaron a Damasco, al medio oriente y nosotros estábamos sentados en un país americano. Extraño, pero así fue.

A LA UNIVERSIDAD

Los exámenes del bachillerato no eran muy fáciles. Empezaron temprano en la mañana y después del almuerzo terminaron las últimas pruebas, las cuales eran por escrito y orales. El profesor de nuestro curso me había dicho que yo no necesitaba participar en los exámenes orales porque mis notas en todos los ramos eran buenas y parejas.

La comisión examinadora se componía de profesores de otros colegios y un comisario francés. Cuando salieron los primeros compañeros de la sala de exámenes orales advirtieron que ese franchute era un canalla, porque a los ex nazi y a los ex oficiales les hacía preguntas “en francés” que apenas entendían, menos podrían contestarlas. A todos los rechazó y los obligó que tenían que volver a estudiar otro año mas. No se dió explicación, ni había derecho de reclamo. Los franceses eran los que mandaban y lo que ellos ordenaban quedaba sacramentado.

Yo me salvé porque mis padres jamás fueron nazi y yo no llegué a ser oficial. En una triste y desagradable ceremonia nos entregaron el tan anhelado diploma.

Yo quería estudiar arte, pero mi padre, quién tenía que financiar mis estudios, me aconsejó que estudiara una profesión decente y después de tener el título universitario podría estudiar lo que a mi me gustara. Mi padre era arquitecto y me propuso estudiar la misma carrera. No me disgustó la idea porque la arquitectura también es arte.

Averigüé el tipo de enseñanzas que ofrecían las distintas universidades. Los franceses preferían que eligiéramos alguna Universidad francesa, nos ofrecían becas y todas las facilidades del mundo. Para mi era la Escuela de Beaux Artes de París que me podría servir, pero cuando me enteré de lo que enseñaban me desistí, porque eran anticuados. La Universidad que más me gustó fue la de Karlsruhe donde enseñaban profesores de ideas modernas que para ese tiempo eran extraordinarias, porque eran de la línea del Bauhaus. Postulé en Karlsruhe, porque además conocía la ciudad cuando estuve en la antiaérea. Mandé los documentos que me pedían, junto con algunas pinturas al óleo y dibujos. Todo eso lo envolví en un papel grueso sobre el cual había hecho un croquis de la iglesia de mi pueblo, a pesar de que no estaba terminado.

Después de un tiempo me llegó una carta del decano de la facultad de arquitectura en la cual me citaba a una reunión con él.

Viajé en uno de esos trenes rascas que se demoraban un día para recorrer 250 kilómetros, además con control de aduana de los pesados franceses en la frontera con Alemania. Karlsruhe se encontraba en la zona de ocupación de los americanos. El control en la aduana francesa era desagradable y denigrante. Revisaban todo.

Finalmente llegué a Karlsruhe. Me alojé en un bunker antiaéreo, porque la mitad de la ciudad estaba en el suelo y los hoteles eran para las tropas. Saliendo hacia la Universidad me encontré con un compañero que dió el bachillerato conmigo y era el mejor alumno del curso. Sepp, me dijo, no te hagas ilusiones, los exámenes aquí son terribles, yo di la prueba para entrar en ingeniería y me rechazaron, no te hagas ilusiones. Hay demasiada gente que regresó de la guerra y la Universidad, que está semidestruida, no da para tanta gente.

Llegué a la Universidad y busqué entre las ruinas la oficina del decano. Cuando entré en su despacho me recibió una secretaria, una bomba de mujer, rubia, buenamoza con un cuerpo estupendo. Me sentí mal. Aquí estaba yo, vestido como un vagabundo con botas de mi padre que eran tres números mas grandes que mis pies, una camisa ancha de mi hermano, toda la ropa tipo “large” y yo apenas alcanzaba la “médium”. Me dio vergüenza y me puse colorado delante de esta belleza.

La diosa me preguntó con una voz sensual: Usted quiere hablar con el señor decano. Cual es su nombre para avisarle. Mi Mi Michaeli, señorita. Oh, USTED es el señor Michaeli, un momento, ya vuelvo. Porqué pronunciaría tanto el “USTED”, como si fuera algo especial. Me dejó solo en la pieza y yo recorrí con mis aburridos ojos las paredes de la pieza y vi, no, no podía ser, aquí en la oficina del decano estaba el croquis de la iglesia de mi pueblo sobre el papel con que envolví mis trabajos, finamente enmarcado.

Se abrió la puerta y ella mi hizo pasar. El decano era una persona imponente y me saludó: “Usted es el señor Michaeli, por Dios, perdóneme, pero usted es un cabrito”. Mas mal me sentía. Mire, me dijo el profesor, le pido perdón que le haya robado su cuadro, el que usted seguramente vio en la secretaría, pero como usted lo había tomado como envoltorio pensé que para usted ya no tenía valor. Le voy a ser muy franco: Llévase todo lo que mandó, lo único que vale es ese croquis, es el croquis excelente de un arquitecto. Usted va a ser un buen arquitecto. Sabe que tenemos muy poco cupo, pero yo lo acepto en la escuela. Sé que no me equivoco, me criticarán porque usted es demasiado joven, pero me gusta. Vaya a pedir los papeles a mi secretaria para que se inscriba en el primer año. Estoy corriendo un gran riesgo pero usted tiene que prometerme de no defraudarme. Hasta luego, nos veremos cuando empiecen las clases.

Dios mío, que maravilla, ni un examen, el mismo señor decano me aceptó en su facultad. Gracias Señor, gracias, todavía no puedo entender, eres demasiado bueno conmigo!.

ANGELA

Me encantaba estudiar arquitectura. El primer año lo pasé, como todo novato, algo despistado y en algunos ramos un poco inseguro. A pesar de todo al final del año saqué muy buenas notas. En el segundo año, por recomendación de la secretaria de la facultad, postulé a una beca para liberarme de los pagos de matrícula y las cuotas de estudio, que eran bastante contundentes. Me concedieron el premio por mis buenas notas y por ser hijo de una familia numerosa. De esa forma se aliviaron bastante los pagos que tenía que desembolsar mi padre.

El entorno de la Universidad era austero, triste y desolador. Gran parte de los edificios estaban destruidos por los bombardeos. Con lo que quedó en pie nos arreglamos. En las

improvisadas salas de clase habían ventanas sin vidrio, en algunas no había cielo raso y con la techumbre a la vista. Las escaleras ya no eran de piedra sino de ordinarios tablones de pino. Las puertas eran de tablas de moldaje, todo era pobreza. La ropa era escasa y nos vestíamos de cualquier forma. Me acuerdo que no tenía zapatos y andaba con las botas de mi padre que eran como tres números mas grandes que mis pies. Una vez a la semana nos cambiábamos camisa y ropa interior. En las tiendas no podíamos comprar nada. Apenas teníamos para comer miserablemente acorde con la tarjeta de racionamiento. En el verano íbamos a pie pelado a las clases. Había falta de materiales para el estudio y en todo teníamos que ahorrar.

A pesar de nuestra pobreza organizamos fiestas con comida comprada en el mercado negro. Cerveza había. Los cigarrillos eran de los puchos que nos tiraban los negros americanos desde sus enormes camiones. El precio de una guerra perdida.

En la medida que se mejoraba la situación en el país nos fuimos normalizando. Las fiestas eran mucho mejores. Para el carnaval habían montones de fiestas porque cada facultad pretendía ofrecer algo mejor que las competencias. Esa semana nos fuimos de celebración en celebración. La facultad de Arquitectura era la que organizaba siempre fiestas estrambóticas. Yo estaba en el comité de la organización de las farándulas. Una vez arrendamos el zoológico de Karlsruhe que se encontraba en el centro de la ciudad. Era la fiesta de las fiestas. Claro que esto era mucho tiempo después del fin de la guerra. Trajimos hasta una orquesta de los Estados Unidos con ciento veinte músicos. Invitábamos a las autoridades máximas de las tropas de ocupación y celebridades de la ciudad y de la Universidad. Con las costosas entradas financiamos todos los enormes gastos.

Ese año competimos con la fiesta de la facultad de medicina de Heidelberg. Sacamos el segundo premio. El carnaval en Alemania era y es todavía grandioso. Todo el mundo se disfraza, va a bailar, se emborracha, gasta hasta el último centavo, pero lo importante es pasarlo bien.

En esos tiempos vivíamos hacia el final de mis estudios. Había mas libertad, mucha comida, ropa importada, pero poco dinero para comprar. Pero la miseria finalmente quedó atrás. Los fines de semana armábamos siempre alguna entretención. Generalmente íbamos a comer....y...tomar....en alguna cantina barata. Casi siempre terminábamos cerca de las doce de la noche cuando la ciudad ya estaba dormida. Karlsruhe es una ciudad de empleados. Los estudiantes teníamos muchas franquicias referentes al comportamiento en la calle. Podíamos cantar por las calles, medio ebrios, sin que nadie nos molestara. De vez en cuando se acercaba algún policía y nos sugería que cantáramos mas despacio. Los estudiantes éramos vacas sagradas. Después de una de estas comidas llenamos con agua una gran estatua de bronce de algún emperador que estaba en una plaza justo al frente de una iglesia. Al caballo le hicimos una perforación en cierta parte y empezó el espectáculo. Los feligreses que ese domingo fueron a misa no podían explicarse ese fenómeno. Como de costumbre, Sepp siempre tenía alguna idea loca. Otro día salimos de una bien regada convivencia junto con algunas compañeras del curso. Todos pertenecíamos a una corporación católica de estudiantes llamada Albertus Magnus. En el curso habían dos niñas de Alemania Oriental, una se llamaba Angela, que había perdido todo. Eran las regalonas del curso. Ellas festejaban con nosotros. Como salimos tarde y ya no había movilización decidimos acompañarlas hasta su departamento. Las dejamos en la puerta del edificio y esperamos que se encendiera la luz de su pieza. Tenían la ventana abierta. Les dije a mis compañeros que podríamos hacer una locura. Les dije que iba a subir por la fachada y les

daría una buena sorpresa. Dicho y hecho. Empecé a subir por la fachada de ladrillos agarrándome en algunos salientes, antepechos y cornisas. Borracho loco y torpe. Las niñas vivían en el quinto piso!. En un momento miré hacia abajo y me di cuenta de mi estupidez, pero seguir era mas seguro que descender. Llegué arriba y me asomé a la ventana. Ellas estaban desvistiéndose aún. Cuando me vieron en la ventana vinieron corriendo para cerrar la ventana. Les grité que no lo hicieran porque me mandarían cinco pisos para abajo. Me dejaron entrar en la pieza. Ellas estaban furiosas. Me dijeron que era un estúpido, idiota, perverso,.....me llovieron retos y retos. Me empujaron fuera de su pieza y cerraron de nuevo su habitación. Abajo había muchas risas. Uno me dijo que estaba loco porque si me hubiera caído en ese momento estaríamos camino al hospital o al día siguiente en un funeral. El lunes busqué a las chiquillas para pedirles perdón. Ni me miraron. Me dijeron que nunca mas se juntarían con tipos tan maleducados.

En la reunión semanal de la agrupación me encontré nuevamente con Angela y le pedí que me perdonara. Nada. Ya no era amiga mía lo que me dolió mucho. En una reunión posterior el sacerdote jesuita a cargo de nuestra organización católica llegó con la buena noticia que Sepp Michaeli había ganado una beca para estudiar un año en los Estados Unidos. Toda la sala me felicitó, también y con malas ganas, Angela. Me dijo tristemente que ella también había postulado en el concurso, pero no le salió el premio.

El día después fui a hablar con el cura y le pedí que diera la beca a Angela. El trató de convencerme de que yo me quedara con el premio y que los Estados Unidos ofrecía lo mejor en Arquitectura. Pero yo ya había tomado la decisión de entregar a Angela el premio, porque debe haber sufrido mucho durante y después de la guerra. Pensé que algún día, de todas maneras, viajaría a los EE.UU. por mi cuenta. Así, el padre le entregó la beca a Angela.

Unos días después Angela llegó a mi departamento, tomó mi mano y la puso sobre su corazón: Gracias Sepp loco.

UNIVERSITARIOS CONTRABANDISTAS

Los aliados, vencedores de la guerra, nos castigaron a vivir durante cuatro años en condiciones miserables: tarjetas de alimentación mínima, imposibilidad de comprar ropa o zapatos, sin cigarrillos, transporte en vagones de trenes de carga, toque de queda, fronteras entre las distintas zonas de ocupación y la constante humillación de los soldados.

Habían mujeres que se vendían por una barra de chocolate o una cajetilla de cigarrillos. Toda Alemania era un desastre. Nos peleábamos las colillas que los militares nos tiraban desde sus enormes camiones, riéndose de nosotros los que, tiempo atrás, nos creíamos la raza de los arios superiores al resto del mundo. Los negros americanos andaban con varios relojes pulseras en sus oscuros brazos, todos robados. Para trasladarnos de una zona alemana a otra necesitábamos salvoconductos que eran difíciles de conseguir.

Yo vivía en el Saar, donde los franceses instalaron un gobierno títere a su medida. Pero éramos libres y no había límites de alimentación, ni de vestimentas, vivíamos como franceses. Había muchas regalías y becas para los saarenses que decidieron estudiar en Francia. A mi no me interesaba estudiar en alguna Universidad gala porque ahí no se enseñaba arquitectura moderna.

En Alemania habían Universidades que enseñaban dentro de la línea del Bauhaus, especialmente en Karlsruhe, como ya lo había dicho.

Como a los franceses no les gustó que estudiáramos en Alemania nos pusieron todas las dificultades posibles. No había cambio de francos en marcos, en la frontera había un control exagerado, humillante y desagradable. Como teníamos que vivir con las miserables cuotas alemanas no nos quedó otra alternativa que el contrabando y además para obtener marcos alemanes. Inventamos un sinnúmero de escondites de las mercaderías en los trenes pero los aduaneros franceses poco a poco aprendieron donde escondíamos nuestras mercaderías y se nos quitaba. Llevábamos generalmente Nescafé, café de grano, cigarrillos, papel de cigarrillos, medias nylon, chocolates y otros productos que no se encontraban en Alemania. Con el trueque o cambio de algunas de estas mercaderías vivíamos muy bien. Cada vez era mas difícil de contrabandear, los controles aduaneros eran cada vez mas largos e intensivos. Pero no nos quedábamos atrás, siempre inventábamos algo nuevo. Una vez llevamos diez kilos de café de grano, una fortuna. En otra maleta escondimos un kilo del mismo café Cuando llegamos a la frontera y los franceses se acercaron a nuestra cabina empezamos con una tremenda pelea ficticia. Cuando los aduaneros llegaron no les hicimos caso y seguimos peleando y gritando. Finalmente el francés gritó a todo pulmón que nos quedáramos callados y preguntó porque ese alaraco. Les explicamos que un tonto trajo café de grano y nos iba a poner en problemas. El francés preguntó cual era la maleta. Otra vez empezamos a gritar garabatos a nuestro amigo que llevaba el kilo de café. Nos hicieron callar de nuevo, bajaron la maleta y....ahí estaba el café. Los aduaneros se rieron de nosotros que éramos tan estúpidos de delatar a uno de nosotros, sacaron la bolsa y se fueron riéndose. Finalmente partió el tren y cuando pasamos la frontera con Alemania nos pusimos a bailar. El café de grano tenía un precio de oro y por su aroma era muy difícil de pasarlo por la aduana. Todos ganamos mucho con esa inteligente operación. Pasé los cuatro años de mis estudios como contrabandista de poca importancia.

Un amigo nuestro estudiaba en Marsella. Ese sí que trabajó en grande. Un día cruzó toda Francia con miles y miles de marcos alemanes falsificados. Los tenía en un doble fondo de su Citroen. La policía supo de esta maniobra y lo persiguieron durante todo el viaje. Cuando llegó a la frontera lo tomaron preso, sacaron los marcos y a él lo llevaron a la cárcel. Otro insaciable estudiante que estudió en Francia compraba joyas a los pobres alemanes, muertos de hambre, y las llevaba a París para venderlas. También lo descubrieron y terminó igualmente en la cárcel de París. Hay muchas anécdotas mas, pero sería latoso referirme a ellas.

CON LOS PADRES JESUITAS

El padre Fruhsdorfer era nuestro guía espiritual en la corporación de estudiantes católicos “Albertus Magnus”. Algunos días después que había traspasado mi beca a Angela él me invitó a cenar en el hogar de los jesuitas. Me presentó a todos sus compañeros del hogar y nos sentamos a comer. El padre contó a los comensales que yo merecía esa comida por haber hecho una obra muy cristiana cuando cedí mi donación a una colega de estudio. La comida era sobria y muy animada, porque asistieron muchos padres que habían sido expulsados de los países enemigos de Alemania, entre ellos un padre que llegó de la China comunista. Los jesuitas recibieron de las tropas americanas de ocupación una alimentación especial en compensación de sus labores

humanitarias con los prisioneros rusos y polacos que estaban esperando el regreso a sus respectivos países.

Durante la conversación uno de los padres me preguntó de donde venía. Le expliqué que era saarensé. Me tincaba, me respondió, porque usted tiene acento de esa zona. Pero de qué parte del Saar, me siguió preguntando. Le dije que vivía en un pequeño pueblo llamado Rohrbach. El me replicó: Entonces de cuál de los Michaeli eres tú. De Johann y Lisa, le dije. No me digas, yo conozco a tus padres muy bien porque yo también soy de Rohrbach, mi nombre es Heinrich Jung, tu sabes, de los que vendían bicicletas. Le respondí: Claro que los conozco y a ti también te ubico. A ti te sacaron los nazi a las cuatro de la mañana en camisa de dormir de tu casa porque habías predicado en tonos muy duros contra los nacional-socialistas. Eso me contaron mis padres y que te habían llevado al campo de concentración. Así fue, me dijo. Para mí fue un deleite el haber conversado con esa gente con una formación espiritual fantástica, era gente de elite, eran jesuitas.

Con el padre Heinrich nos hicimos grandes amigos. El me convidó para que cada semana pasara a su dormitorio ya que en su velador me guardaría un paquete con alimentos, cigarrillos, chocolates y una botella de vino. Así, semanalmente, pasé a buscar mi regalo.

Un día pensé como podría agradecer a mi amigo todas esas atenciones. No le podía comprar nada porque no había nada que comprar. Después de dar vueltas se me ocurrió regalarle un cuadro pintado por mí. Le pinté la cabeza de un Cristo agonizando en la cruz. Estaba chocho porque me resultó y la cara de Cristo era realmente impresionante. Cuando fui a buscar la ración de la semana llevé el cuadro enmarcado y lo colgué encima de la cabecera de su cama. Cuando volví a la semana siguiente, el cuadro no estaba en ningún lugar. Lo llamé por teléfono y él me dijo que quería conversar conmigo. Me invitó a tomar té. Me dijo: Mira, Sepp, tu cuadro fue muy alabado por todos aquí en la casa, realmente es una obra con fuerza, pero te lo voy a devolver, no te enojas. Te voy a decir porqué. Mira, yo estuve largo tiempo en un campo de concentración y cada día vivía con ese Cristo doloroso. Salí con vida de ese infierno y no quiero recordarme de las penurias que pasé. Yo llevo la imagen de un Cristo triunfante, glorioso, resplandeciente, esa es mi imagen ideal. Yo recogí con pena la pintura y después se la regalé a mi madre que estaba feliz con ella.

Otro día me pidió que lo visitara porque quería hablar conmigo. Sepp, me dijo, se murió el superior nuestro, el padre Meyer de Munich. A mí me eligieron jefe de los jesuitas de Alemania. Tengo que trasladarme a Munich a la brevedad. Me gustaría que fueras conmigo y en Munich puedes estudiar en las Bellas Artes, yo te financio tus estudios. Antes de entrar en la escuela de arquitectura pedí a mi padre que me dejara estudiar arte, pero él entonces me replicó que sería mejor que estudiara una profesión decente y una vez obtenido el título podría estudiar lo que se me antojara. Ahora, por extrañas coincidencias, se me ofrecía lo que siempre había anhelado. Fui a mi casa para contar a mi padre la oferta que me había hecho el padre Heinrich. Mi papá volvió a decirme lo mismo que había dicho tres años atrás. Volví a la Universidad y le dije al padre que una vez terminados mis estudios de Arquitectura iría gustosamente a Munich. Nos despedimos y quedamos en eso. Medio año después me llamaron los jesuitas y me comunicaron que el padre Heinrich había fallecido.

Los caminos por los que nos lleva el Señor muchas veces no los comprendemos. Si lo amamos, el nos ama infinitamente mas y nos conduce con sus santas manos hacia donde deberíamos caminar. Otra muerte de un ser querido me trazó un camino nuevo, igual que cuando murió mi hermano Werner. Quizás, santo padre Heinrich, nos veremos de nuevo en otra dimensión.

SUR LES TOITS DE PARIS

Las vacaciones de un universitario en mi pueblo eran muy monótonas: Ir al cine, a bailar los sábados en la noche en un café, tomar de vez en cuando una cerveza en una de las cantinas del pueblo conversando tonteras, jugar naipes, contar chistes y en la noche escuchar música en la radio.

Una noche tomé la decisión de viajar a París. Llamé por teléfono a la estación de ferrocarriles preguntando la combinación de trenes que tenía que tomar. A mi hermano Kanisius, que ya estaba durmiendo, le pedí dinero prestado. ¿Qué te pasa, porque a esta hora necesitas dinero?. Le contesté que en la mañana muy temprano me iría a París. ¿A París, estas loco? Si, voy a Paris, y porque no, son solamente un poco mas de cuatro horas de viaje en tren. Acuérdate que vivimos en Francia y podemos ir a todas partes del país. “Tu no tienes remedio, veré cuantos francos tengo y te los daré, pero no te olvides de devolvérmelos pronto”, me respondió mi generoso hermano

En la mañana siguiente, muy de madrugada, tomé el tren. Para los pueblerinos ir a París era como si estuvieran haciendo un tremendo viaje, tan limitadas eran sus mentes.

Llegué a la Gare d’Este a mediodía!. A buscar un alojamiento! Cerca de la estación encontré un hotel de muy buena apariencia. No, pensé, este debe ser demasiado caro. De todas maneras entré a la elegante sala de recepción. Sobre un atril estaba la lista de precios. Fuera de los precios inalcanzables para mi modesto bolsillo, habían piezas de un precio casi risorios. Calculé que tenía mi viaje de vuelta pagado y así me podía quedar algunos días, gastando lo menos posible. Me inscribí en el registro, me pasaron una llave y me indicó el recepcionista que la pieza estaba en el quinto piso. Me dirigía al ascensor cuando el portero me indicó que ese no era para mí, sino que tenía que subir a pie. El quinto piso era un piso de mansarda, oscuro y bastante desaseado. Finalmente encontré el número de la pieza asignada, puse la llave en el cerrojo cuando la puerta se abrió sola, la cerradura no funcionaba. Entré en la pieza!. Qué espanto!. Era una ratonera con una cama sin sábanas. Las paredes estaban rayadas de garabatos de todas las lenguas del mundo. Mi celda en la cárcel de Mannheim era una joya comparada con esa pocilga. Lo único bueno que tenía la pieza era una ventana grande con la vista sobre París, fantástico. Bueno, me dije, pagarás poco y ya sabía que los franceses no eran muy limpios.

París es una hermosa ciudad, avenidas anchas, edificios bellos, parques lindos, gocé. Me acordé lo que preguntó Hitler cuando los alemanes se retiraron de la ciudad: ¿Arde París?. Se sabe que el comandante alemán a cargo de la ciudad no le hizo caso a ese loco. No sé si los franceses, en gratitud a ese hombre valiente que por negar una orden de Hitler estaba ya condenado a muerte, le hayan levantado un monumento.

Recorrí la ciudad en el fantástico Metró y a pie, visitando museos, parques y edificios históricos. Un día me fui a Versalles, grande, grande. A la torre Eifel no subí porque no me alcanzaba la plata.

Una noche cuando volví a mi hotel pasé al lado de un mendigo que estaba tendido sobre la reja de ventilación del metro. Me había comprado una flute y una botella de vino, mi ración diaria. El viejo me convidó a sentarme con él. Me dije, porque no, ya que vivía tan pobre como él. Ambos comimos nuestro pan y chupamos nuestras botellas de vino tinto. La conversación era muy interesante a pesar de mi pobre francés, pero nos fuimos entendiendo mejor en la medida que iba bajando el nivel de nuestras botellas. El tipo tenía algunos libros viejos de filósofos franceses. Le pregunté porque vivía así. Mire, me dijo, yo estoy feliz, aquí, sobre la rejilla duermo calentito, en el día leo, no pago arriendo, ni impuestos, hago lo que quiero, soy un hombre libre, mis hermanos son ricos, pero son imbéciles. Trabajan y trabajan, pelean con sus mujeres e hijos y creen que están bien. A mi no me reciben en sus casas y yo no los necesito porque siempre hay una mano bondadosa que me tira algunos céntimos. Ya muy avanzada la noche nos despedimos, medio borrachos, con un abrazo: Viva Francia, viva Alemania.

Volví contento a mi pajarera en el quinto piso y ya no la encontré tan desagradable. Caí muerto de sueño a la cama.

Desgraciadamente se me terminó mi dinero y con eso mi visita a la Ciudad Luz. Bajé con mi maletita a la recepción para cancelar la habitación. Había dejado el dinero justo del valor de la pieza según la tarifa expuesta y entregué todo lo que me quedaba al empleado. Este me miró extrañado y me dijo que faltaba plata. Yo le expliqué que ese era el precio por los días de mi estadía. No, me dijo, falta el valor de los impuestos. Le explique de nuevo que en el aviso en la pieza estaba indicado ese valor. Empezó una trifulca. El tipo enojado y yo desesperado por no poder salir y perder mi tren, además de no tener mas dinero. Me acordé que tenía marcos alemanes y se los ofrecí. No, me dijo, esa mugre no. Siguió la discusión en la que nadie entendía a nadie. Le expliqué que era estudiante y que les mandaría el dinero. No hubo caso.

En eso pasó una elegante dama y preguntó porque tanto alaraco. El conserje le explicó que yo no quería pagar los impuestos legales sobre el valor de la pieza. Ella se dirigió a mi y me preguntó: ¿Es usted alemán?. Le dije que si y que era estudiante, que había gastado todo mi dinero porque ignoraba que tenía que pagar el valor agregado. Ella me dijo en alemán de que yo, por mi acento, podría ser del Saar. Si, le dije. De qué ciudad viene, me preguntó. Señora, yo vengo de un pueblo muy pequeño que se llama Rohrbach. Oh, me dijo, de Rohrbach, conoce usted al alcalde don Jacob Oberhauser?. Si, le dije, es mi tío. La señora me invitó a tomar algo con ella, pero yo le dije que no quería perder el tren. Me dijo que no me preocupara de la deuda, ella la iba a cancelar. Nos despedimos, ella me pasó su tarjeta de visita y me encargó saludar a mi tío porque se conocían a través del partido Unión Demócrata Cristiano.

Salí contento del hotel y tomé mi tren. Al día siguiente le mandé un hermoso ramo de flores a la dirección que indicaba su tarjeta. Cuando conté toda esa historia al tío, él se rió y me dijo que debería tener alguien en el mas allá que me mandó su amiga para mi rescate en París.

TITULO DE ARQUITECTO

Después de cuatro años de estudio, que eran los mínimos para presentarse a dar los exámenes de título, me inscribí en la lista de los postulantes. Eramos los primeros alumnos de titularse en esa Universidad después de la guerra. Presenté mi proyecto final cuyo tema era diseñar una Universidad en un terreno dado. El terreno contaba con mucha vegetación, árboles grandes, arbustos, prados y un riachuelo. Dejé ese hermoso parque tal cual y proyecté una Universidad de edificios en altura. Mi proyecto era totalmente distinto a todos los otros y me premiaron con la mejor nota. Paralelamente tenía que dar los exámenes por escrito, en “clausura”, con puertas cerradas, profesores vigilantes, prohibidos de ir al baño sin un vigilante. Todo en un silencio sepulcral!. Era imposible copiar ya que la distancia entre cada alumno era de varios metros.

Una vez terminados estos rigurosos exámenes, que duraron varios días, nos citaron a una asamblea para la entrega de los títulos. El decano, con un montón de diplomas sobre el púlpito se dirigió a la sala, indicando de que antes de entregar los documentos a cada uno pedía un aplauso para los siete mejores alumnos. Llamó a fulano de tal y tal y cuando llegó a la letra M llamó a Josef Michaeli. Me puse colorado como un niño chico, estaba sorprendido porque jamás había pensado en ser uno de los mejores alumnos. A todos nos aplaudieron, algunos zapateando el piso que era seña de máxima aprobación.

La Universidad invitó a estos siete a una excursión a la ciudad de Stuttgart. Allá había una importante exposición sobre las últimas obras de la arquitectura moderna en los Estados Unidos. Fuimos por el día en bus con nuestro decano y los profesores. A la vuelta, ya de noche, chacoteábamos alegres con los profesores. Yo estaba inquieto porque quería conversar algo con el decano que cuatro años atrás me había dejado entrar a la Universidad con una promesa, la cual cumplí. Le di las gracias por su generoso gesto. El estaba feliz porque no se había equivocado. El enseñaba arquitectura interior y yo fui durante dos años su discípulo. En casi todos mis proyectos me puso junto a la nota el comentario que me felicitaba por la armoniosa combinación de los colores. Señor decano, me dirigí a el, le tengo que confesar algo. Todos me miraron. Profesor, yo soy daltónico!. Gran silencio. Herr Michaeli, no estoy para bromas, por favor. Le repetí y le dije que mi amigo Schultz, que trabajaba en la oficina del decano, era testigo. El estaba muy molesto y me dijo que no aceptaba lo que le había dicho. Así que usted me engañó durante todos estos años. Señor decano, no lo engañé, jamás copiaba a nadie, usted lo sabe. No, Herr Michaeli, esto es un chiste de muy mal gusto, estoy disgustado con usted, y se dió vuelta. Metí la pata!. Porque le habré dicho la verdad?. Pero el mal estaba hecho. No me habló mas y cuando nos despedimos para toda la vida ni me dio la mano. Decir la verdad a veces no es conveniente. Pensé que habría hecho con mi acuarela que colgaba en la pared de su oficina.

MIS PRIMEROS TRABAJOS PROFESIONALES

Con mi título de Diplom Ingenieur Architekt bajo mi brazo volví a mi casa. Grandes festejos. Mi papá me incorporó en su oficina y pensábamos trabajar juntos. El proyectaba a la manera antigua, convencional, yo al contrario, llegué con ideas nuevas, modernas. Poco a poco me iba sintiendo enjaulado en la oficina porque mi padre no me dejaba diseñar a mi manera. Me tenía como a un dibujante cualquiera. Fue un tiempo muy triste para mi. De que me servía el

magnífico título si no podía imponerme. Proyecté algunas casas bajo la estricta vigilancia de él, corrigiéndome continuamente para que por ningún motivo afloraran mis ideas modernistas. Un día me llamó el alcalde y me pidió que YO proyectara un cementerio para los caídos en la guerra. A papá no le gustó la idea del alcalde de pedir un trabajo a este joven y no a él. Macabro, mi primer trabajo de arquitectura.

Un día me llamó el arquitecto Dietz de Saarbrücken. Dietz era en ese tiempo el arquitecto mas famoso del Saar y el mas exitoso. Me pidió que lo fuera a ver. Muy extraño, a Dietz no lo había conocido nunca. Tuvimos una reunión en su oficina y me ofreció si yo quería trabajar con él. Le conté que estaba trabajando con mi padre. El dijo que me comprendía. Mire, me dijo, yo le ofrezco como sueldo base tanto (era como diez veces mas de lo que me pagaba mi papá), mas un porcentaje de concurso ganado, mas un porcentaje sobre los planos de ejecución en los cuales va a trabajar. Que oferta!. Creí que mi colega estaba bromeando. Pero señor Dietz, usted no me conoce, le contesté. Yo lo conozco bien a usted, me respondió. Cuando usted estaba en el tercer año de arquitectura se presentó a un gran concurso y ganó el décimo premio en una oferta de cien proyectos. Desde ese momento me fijé en usted. Hace unos días atrás supe por un compañero suyo que se había recibido y entonces lo llamé. Me gustaría que trabajara conmigo. Nosotros en las horas de oficina desarrollamos los proyectos de obra y después de las seis de la tarde nos dedicamos a los concursos. Usted seguramente ha oído que hemos ganado muchos proyectos. Lo invito a trabajar en mi oficina porque necesito a una persona como usted, yo ya no puedo mas. Para que sepa, yo también estudié en Karlsruhe y estamos en la misma onda.

Tanto dinero, tanta responsabilidad, no podía creerlo. Hubiera estado feliz con solo la mitad de su oferta. Acepté y le dije que trabajaría gustosamente desde el primero del próximo mes con él. Volví a la casa eufórico. Mis padres estaban almorzando y les dije que había tenido una reunión con Dietz. Y vas a trabajar como dibujantito en la oficina de Dietz, me dijo mi padre algo picado. Papá, le repliqué, él me contrató!. Claro, el mejor arquitecto te contrata a ti que aún no tienes ninguna experiencia. Papá, por favor entiende, me contrató con un sueldo base diez veces mayor de lo que tu me pagas, mas un montón de otros honorarios. Mamá dijo: Pero hijo, no bromees, esa es una fortuna, es increíble. Ella estaba orgullosa. Les dije que empezaría a trabajar el primero del mes próximo. Para papá fue un duro golpe, lo sentía. El quería trabajar conmigo por eso había construido una nueva oficina. Estábamos sentados en la mesa en silencio hasta que mi madre nos dijo: Sepp, esta es TU vida, tu no puedes perder esta oportunidad porque con lo que nos contaste ya estas arriba, bien arriba, te felicito, no sabíamos que eras tan talentoso porque nunca supimos lo que estabas haciendo, estamos orgullosos de ti.

En la oficina en Saarbrücken trabajé mucho, porque mas éxitos, mas prestigio y además mas y mas dinero. Me compré un auto, me vestía elegantemente con trajes diseñados por mí, iba a los mejores restaurantes y tenía un montón de amigas. Era rico y para las madres de las chicas yo era un muy apetitoso partido. Tenía veintitrés años.

OTRA SALVACIÓN MILAGROSA

Terminada la guerra la región del Saar quedó bajo el mandato de los franceses, pero teníamos un gobierno propio con el presidente Hoffmann de la Democracia Cristiana a la cabeza.

El Saar era un territorio independiente y para viajar a Alemania teníamos que pasar por la aduana la que era vigilada por los franceses, así, una total independencia no había.

Cuando trabajé con Dietz y Alemania ya había recuperado su soberanía, invité a un amigo del pueblo para que viniera conmigo a comprar regalos de Pascua en Alemania. Pasamos la frontera sin inconvenientes. Fuimos a Karlsruhe cuyo comercio ya lo conocía de años atrás, primero en la antiaérea y después como estudiante. Le compré a mi padre una caja completa de finas pinturas al óleo porque le gustaba pintar los fines de semana. Le compré, además, una caja de los mejores puros. Quería darle un regio regalo porque todavía estaba algo sentido por el asunto del abandono de su oficina. A mi madre le compré una linda cartera y algunos regalos para mis hermanos.

El día era triste, llovizna, algo de neblina y frío. A la vuelta, ya al atardecer, a unos kilómetros de la frontera, una monja nos hizo seña para que la lleváramos. Llevaba una enorme maleta que apenas cabía en mi pequeño Opel convertible. Llegamos a la frontera y enfrentamos la conocida y desagradable revisión. Los regalos los habíamos fondeado para no pagar derechos o simplemente ser confiscados por los desagradables aduaneros. Cuando vieron la enorme maleta de la monja se echaron de cabeza encima. La monja abrió, con una piadosa sonrisa, la tapa. En la maleta había ropa sucia de una monja. Que desagradable espectáculo para todos. Los franceses se sintieron avergonzados y me dijeron que siguiera mi camino. Nunca supimos si debajo de la ropa sucia ella traía un succulento contrabando o no. Nosotros dos estábamos felices porque la monja nos salvó de una desagradable revisión. Hicimos una buena obra en llevarla. En el siguiente pueblo se bajó la monja muy agradecida con una suave sonrisa santurróna. Ya era de noche, afuera hacía mucho frío y caía una suave llovizna.

Seguimos por la carretera que había construido Napoleón para unir Paris con Frankfurt, una gran obra de ingeniería para esos tiempos. El pavimento era de adoquines de basalto y tenía un suave lomo de toro al centro para que escurrieran las aguas hacia los costados. En una curva, abierta al viento helado, el coche empezó a deslizarse hacia el lado derecho. Perdí el control del vehículo y nos dimos vuelta de campana. La lona de la cubierta se corrió hacia atrás y nuestras cabezas golpearon sobre los adoquines cubiertos de hielo. El parabrisas se hizo trizas porque era de vidrio corriente. Los pedazos nos podrían haber cortado las cabezas. Seguimos deslizándonos dando tumbos y tumbos, el tiempo parecía haberse detenido. En mi éxtasis apreté el acelerador a fondo. Dios mío!. Finalmente el coche quedó parado de campana sobre la carretera.. Mi amigo me preguntó si estaba vivo. Si, le respondí, estamos vivos. Teníamos terror de que el coche se incendiara. Tratamos de salir, pero las puertas estaban trancadas. Empezamos a orar. Padre nuestro.....Nos encontrábamos en una posición muy peligrosa porque si llegaba otro auto por detrás y corriera la misma mala suerte nuestra, el choque contra nosotros sería fatal. Retiré el pie del pedal y nos acomodamos para no quedar con la cabeza hacia abajo. Todo estaba oscuro. Estábamos desesperados, gritamos: Señor por favor sálvanos, por favor. Así quedamos algunos minutos y el motor se paró. La noche era negra, la llovizna seguía cayendo lo que podíamos constatar por los focos que no se habían apagado, para suerte nuestra, porque si venía otro vehículo nos divisaría. Después de un largo rato vimos que se acercaban lentamente dos focos de un vehículo. A cierta distancia el vehículo paró, nos habían visto. Bajaron dos tipos fornidos, nos preguntaron qué era lo que nos había pasado. Les dije: Por favor den vuelta al coche porque las puertas están trancadas. Los macheteados tipos, en un santiamén, dieron vuelta al destartado auto. Eran conductores de un camión que repartía cerveza en barriles. Trajeron un combo y

enderezaron las latas para que pudiéramos seguir, sin parabrisas y con un conchito de bencina en el estanque, hacia nuestro pueblo.

Teníamos fe y con nuestras plegarias el Señor nos ayudó. La fiesta de navidad fue como el principio de una nueva vida.

UNA FIESTA INTERNACIONAL

Un día mi primo Erwin organizó una “Fiesta Internacional” en su espaciosa casa. Invitó a clientes y amigos de diferentes partes del mundo. Alemania había estado encerrada internacionalmente durante largo tiempo. Primero bajo el régimen nazi que no veía con buenos ojos el contacto con extranjeros, después por causa de la guerra y la posguerra era imposible de tener contacto. Ahora vivíamos en Francia con un pseudo gobierno independiente. Pero poco nos importaba porque teníamos trabajo, libertad para comprar y movernos dentro de Francia, sin límites. Con un pasaporte “Sarrois” podíamos viajar a donde quisiéramos. Nuestros compatriotas alemanes aún vivían bajo vigilancia de las tropas de ocupación.

Erwin era un empresario afortunado, generoso y simpático. Para esa noche convidó a franceses, alemanes, americanos, austriacos e ingleses que estaban trabajando en el Saar. Erwin era mucho mayor que yo, pero había entre ambos un contacto muy amistoso, igual al que tenía con su padre, el tío Jacob, alcalde del pueblo, durante toda nuestra vida. La fiesta era animada por una orquesta, la comida, como siempre, era fina y los vinos y licores se tomaron en abundancia. Después de la cena a bailar con las elegantes damas. Como estudiante y miembro de una corporación estudiantil me enseñaron como portarse en la sociedad de alto nivel. Para los bailes era obligación bailar con la dueña de casa, con la mujer mas fea y con la señora de mayor edad. Cumplidos estos requisitos uno quedaba libre para elegir a su pareja. Cuando bailé con la dama mayor, que a pesar de su edad aún era muy buenamoza y tenía acento bávaro, le dije en chiste que ahora que los del Saar éramos franceses ella era alemana y por lo tanto extranjera. Ella me dijo que en realidad ya no vivía en Baviera sino en otra parte del mundo. Me preguntó si yo tenía algún parentesco con Erwin y le dije que él era mi primo. Después me preguntó lo que hacía y le contesté que era arquitecto. Oh, me dijo, usted es Sepp Michaeli!. Señora, cómo sabe quién soy yo?. Mire, me dijo, yo soy la señora de Ferdinando Oberhauser que vive en Chile. Usted hace unos años atrás mandó una carta porque quería irse a Chile, dígame, aún le gustaría viajar a ese hermoso país?. Señora, le dije, yo tengo una muy buena posición y en mi profesión he tenido mucho éxito, pero estaría dispuesto a dejar todo esto para salir de Europa, porque en cualquier momento podría explotar una nueva guerra y no me gustaría estar aquí. Quiero irme lo mas lejos de Rusia, Norteamérica y Europa. Chile está al fin del mundo y creo que allá estaré mas seguro para formar algún día una familia sin el temor de que mis hijos, alguna vez, tengan que ir a la guerra. Con la señora de don Ferdinando conversamos durante toda la fiesta. Ella estaba muy feliz de que yo iría con ella. Al día siguiente vino a almorzar a mi casa y durante la comida les contó a mis padres que me iría con ella a Chile. Para mis padres fue un golpe muy duro, especialmente para mi pobre papá que aún tenía la esperanza que yo trabajara con él. Mi madre era mas comprensiva y me dijo que tenía razón porque sería bueno que formara mi vida lejos de Europa.

La señora hizo todos los trámites para mi viaje porque quería que me fuera en el mismo barco con ella. Desgraciadamente eso no fue posible porque en esos días había cambio de gobierno en Chile. El nuevo presidente era Carlos Ibáñez quién restringía la inmigración europea. Viajé a la embajada en Bonn donde me tramitaron durante largo tiempo. Cada viaje era costoso porque Bonn quedaba a cientos de kilómetros de mi casa. Un día me llegó una carta de don Fernando en la cual me pedía que me conectara con el señor Rodolfo Valdés Phillips que era agregado cultural de la embajada chilena. Viajé nuevamente a Bonn, el señor Valdés me pidió que me quedara en su casa hasta que obtuviera mi visa. Me sorprendió este tan generoso gesto de una persona que jamás había visto en mi vida. Era mi primer contacto con chilenos y después gocé de la amistad de innumerables personas en ese maravilloso país.

En la embajada, a pesar del contacto importante, me siguieron tramitando. Don Rodolfo me dió un dato. Mire, las cosas en mi país son algo distintas que aquí en Alemania. Vaya a comprar una hermosa caja de chocolates y se la regala a la secretaria y verá que en el día le tienen todo listo. Llevé los chocolates a la señora Mann y en horas tenía el timbre de inmigración a Chile. Extraño para la mente cuadrada de un alemán. Finalmente, en el día de navidad de 1952 me embarqué en Ámsterdam hacia Chile.

VIAJE AL NUEVO MUNDO

En el barco, después de la comida navideña, había fiesta al estilo sudamericano. Mucho baile, tragos y hartas sonrisas. A mi no me gustó ese ambiente porque la fiesta de nuestra Noche Buena alemana era muy distinta. Nunca había música ligera, ni bailes, ni diversión, solamente tranquilidad, calor familiar, un profundo sentir religioso y todas las familias se unían bajo el árbol de pascua con el niño Jesús en un pesebre.

Me alejé del estridente ambiente y me senté en un rincón tranquilo, pensando en mis padres y hermanos que en ese momento estarían festejando la llegada del niño Jesús en nuestra casa. Pensé sobre mi vida, los malos ratos que había hecho pasar a mis queridos viejos que con tanto sacrificio me habían dado una educación de lujo. Recordé la vida en casa donde a veces hubo penurias, lágrimas y desesperación, especialmente cuando tenían que pagar una letra de cambio y no tenían el dinero, cuando alguno de nosotros estaba enfermo, especialmente en los tiempos de la posguerra. Sentí que mis padres eran grandes, generosos y puros, eran todo del todo para mi. Siempre los respeté y los amaba y los amaré hasta mi muerte. Cuántos sufrimientos habían pasado. Llevaban dos guerras mundiales sobre sus hombros, quedando mi padre paralizado en las batallas de la primera y la pérdida de un hijo en la segunda. Se apoyaron en su profunda fe en Cristo y siempre salieron de sus penurias a través de la oración.

Me fui a acostar en mi silencioso camarín, me tapé hasta las orejas y empecé a orar para todos los que quedaron en casa. Sentía que les había causado un enorme dolor por haberlos abandonado, quizás para siempre. Me acordé cuando, como prisionero de la guerra, había tomado la decisión de abandonar Europa por temor a otra guerra. Le di gracias al Señor por haberme dado la posibilidad y el coraje de haber podido salir de la mezquindad y del ambiente pueblerino, en el cual me estaba ahogando.

Compartía la habitación con un caballero francés y un chileno-alemán, el señor Muñoz Maluschka, arquitecto. Ambos eran hombres de mayor edad. Mi francés no era tan bueno como para entablar una conversación con el aristocrático hombre galo quién llevaba en su solapa la orden de “Pour le Merite”. Con mi colega hablé algunas veces en alemán, pocas veces, porque él tocaba su violín durante todo el día y....dentro del camarín, lo que nos obligaba a pasar el día en alguna parte del barco.

En una ocasión conocí a una señora Ertl que viajaba con sus hijas a Bolivia donde su marido se había refugiado. El era cameraman de la UFA alemana durante la guerra y seguramente un importante nazi. Estaba trabajando en La Paz desde donde envió artículos sobre el Amazonas y el Beni a revistas alemanas. Me hice muy amigo con las Ertl. La hija Monika, que en ese tiempo debe haber tenido unos catorce años era muy inteligente, leída, buenamoza y un poco varonil.

Una noche, cuando pasábamos frente al Cap Finistere de Francia el barco empezó a moverse mucho. Despertamos porque las maletas se movían de un lado al otro. Salimos de nuestras camas y nos acostamos en el suelo ya que no éramos capaces de quedarnos de pie. Por los altoparlantes nos ordenaron de no abandonar nuestras habitaciones y que nos vistiéramos. Mis dos compañeros empezaron a sentirse mal y empezaron a vomitar. La cabina era un asco. En uno de esos vaivenes el barco se inclinaba tanto que nos tiró contra la pared. Se sintió un tremendo golpe y se apagó la luz. Seguía rezando. Al instante llegó la luz de emergencia. Temíamos que el barco podría darse vuelta o partirse en dos. Por los altoparlantes nos hablaron en todos los idiomas que no nos preocupáramos y que el capitán tenía la situación controlada. Yo seguía rezando en ese infierno de golpes, llantos y fetidez. Después de largo rato los vaivenes disminuyeron y finalmente volvió la tranquilidad. Nos pidieron que abandonáramos nuestras cabinas porque el personal del barco iba a limpiarlas. Para el desayuno del día siguiente había solamente una veintena de personas en el comedor, el resto estaba enfermo. Entre los que estaban en la mesa y que no se habían mareado había un inglés que era conocido por andar siempre con una botella de gin en su bolsillo.

Otro personaje que estaba con nosotros era un joven alemán, Günter Meyer, quién viajaba a Buenos Aires para encontrarse con su novia. El viaje en barco desde Europa hasta Buenos Aires se demoraba mas de dos semanas. Günter hizo amistad con una muchacha muy buenamoza y, en mis paseos nocturnos sobre la cubierta vi varias veces a ambos escondidos en algún rincón oscuro. Cuando el barco llegó a Buenos Aires vimos a su novia en el muelle con un gran ramo de flores. Lástima que su novio no se quedó y siguió viaje a Santiago. Con Günter nos encontramos varias veces en la casa de don Sergio Larraín García Moreno acompañado de su señora....la niña del barco.

En Río de Janeiro se bajó la familia Ertl. Me insistieron que los fuera a ver en La Paz. Río es una ciudad importante, tiene todo el encanto de estos países del Sur del mundo. Me gustó la arquitectura antigua y, sobre todo, su vegetación, sus playas, el paisaje majestuoso, en resumen, me sentí como si estuviera soñando. Nos quedamos dos días y alcancé a recorrer las partes mas importantes de la ciudad. Me gustaron los negros que caminaban en grupos por las calles cantando alegremente, todos vestidos con pijamas.

Después pasamos por el puerto de Santos con su playa plagada de rascacielos. Al día siguiente atracamos en la hermosa ciudad de Montevideo y finalmente llegamos a la gran metrópoli: Buenos Aires.

BUENOS AIRES - SANTIAGO

En Buenos Aires descendí del barco “Yapeyu” y una persona me recibió indicándome cómo tenía que seguir viaje a Santiago. Todo eso fue arreglado por Ferdinando Oberhauser desde Chile. Me alojé en un hotel de Buenos Aires, la primera ciudad sudamericana que estaba pisando. Un mundo nuevo, un mundo desconocido, un mundo extraño. En la ciudad, que se asemeja mucho a París, me llamaron la atención las banderas enlutadas y en todas partes la foto de una señora llamada Eva Perón. No tenía idea que era la esposa del presidente que había fallecido algunos días antes. Todo ese show lo encontré exagerado, porque la muerte de una señora de un presidente no daba para paralizar a un país.....ahí sentí el espíritu sudamericano, porque jamás había visto una manifestación tan grande y exagerada a un muerto. Toda la ciudad estaba de luto absoluto.

Yo estaba de tránsito por Argentina, camino a Chile y, según mis conocimientos sobre aduanas, estaba de TRANSITO, por lo tanto no estaba obligado a revisión aduanera. Pero no fue así. En la aduana me exigieron abrir mis maletas y un gran baúl donde traía mis amados libros, mis herramientas de arquitectura y algunos dibujos arquitectónicos de importancia. Los aduaneros eran muy desagradables, me trataron como si fuera un criminal, revisando hasta el último rincón de mis pertenencias. Gracias al tío Ferdinando, quién debe haber conocido a estos salvajes, había contratado a una persona que me secundara en todos estos trámites absurdos, porque yo no hablaba ni una palabra en español. Estos aduaneros argentinos eran mucho peores que los que conocí en la frontera francesa.

La gentil persona que, por recomendación y trato del tío Ferdinando, me acompañó en todos estos trámites me dijo que tenía que pagar una “coima”. No entendí lo que era una coima, algo que no conocíamos en Alemania. Pero me explicó que estos aduaneros me podrían quitar partes o todo lo que yo traía. Eran omnipotentes. Les reclamé que estaba en tránsito, pero ellos no hablaban alemán, ni inglés, ni francés. Tuve que pagar lo que me indicó el representante de mi tío, también argentino.

La ciudad de Buenos Aires es hermosa y solamente alcancé a alojarme en ella dos días. Era una copia buena de París y me encantó. A los dos días me embarqué en un DC-6 que me llevó a Santiago de Chile.

Sobrevolar Los Andes es un espectáculo único cuando el cielo está despejado. Después de unas horas el avión inició el descenso. Abajo vi una ciudad enorme. El espectáculo era maravilloso y (por ignorancia) le pregunté a la sobrecargo que ciudad era la que estaba ahí abajo. “Señor, Santiago de Chile”. Jamás me había imaginado que Santiago sería una ciudad tan enorme. Sabía mucho de geografía, pero jamás imaginé encontrarme con esa sorpresa, tener debajo una ciudad de millones de habitantes. Que ignorantes éramos y somos los europeos!.

En Los Cerrillos, entonces aeropuerto principal de Santiago, me esperaban la señora y don Ferdinando. Nos subimos a un taxi y entramos a la ciudad.

Me acordé de que las cartas que le escribía al tío se dirigían a la calle García Reyes. De mis conocimientos de latín deduje que Reyes significaba algo importante y siempre pensaba que vivían en una avenida de reyes, ancha con palmeras, con parques, con casas señoriales, etc.. Subimos por la avenida O'Higgins que me gustó y esperaba la culminación, la calle García Reyes, lo máximo!. Había soñado siempre que ellos, como profesores de la universidad mas importante del país no podían vivir en algo menos que en una avenida de los reyes. El taxi dobló y el tío me dijo en alemán que estábamos en la calle García Reyes. Que espanto!. Sepp, me dije, despierta, tu vives en un mundo de ilusiones, la realidad es distinta de lo que tu siempre te imaginas. Aquí no hay mansiones, no hay parques, no hay palmeras, no hay una Koenigsallë, no hay ni jardines delante de las casas. Esa calle era denigrante, de una pobreza absoluta, era fea, había garajes de automóviles, sitios tapados con torcidas y oxidadas planchas de zinc, casas bajas en mal estado, fachadas sin pintura, hombres y perros vagos botados en la calle, veredas en mal estado, suciedad por donde uno mirara. No, Sepp, esto no es lo que tu siempre soñaste.

Llegamos a la casa de don Ferdinando. Bajamos del automóvil y entramos a la casa con olor a fritanga. Ambos me presentaron a sus hijos, a la Ilse, una chiquilla muy buenamoza, a Ernesto, un muchacho universitario, sumamente inteligente y una niña adoptiva, la Miriam, cuya historia nunca supe.

Ilse trabajaba con un famoso médico neurocirujano, el Dr. Asenjo, y Ernesto, el hijo regalón del tío estudiaba medicina y tocaba muy bien el violín. A primera vista me di cuenta de que mi tío era Nazi.

Pronto supe el porqué los tíos tenían tanto interés en traerme a Chile: Ilse salía con un joven judío y eso no le gustaba al viejo fanático. La pobre tenía que verse con su Hernán Budnik a escondidas. Ella me contó sus penas y me pidió que la ayudara. Así salíamos siempre juntos, ella iba donde su Hernán y yo vagaba por el aburrido centro de Santiago. Después de la función del cine nos juntábamos en la esquina de su casa, y llegábamos juntos, lo que a los padres de Ilse les gustaba mucho. Pasó algún tiempo y los viejos se dieron cuenta de que los estábamos engañando, porque no había tomadas de mano, menos besitos, con Ilse no pasó nada. Sentía que el asunto en cualquier momento iba a explotar. Ya tenía trabajo en una oficina de arquitectos y me arrendé una pieza en el centro de la ciudad. Cuando les comuniqué a los tíos, ellos no querían que me fuera, porque posiblemente todavía estaban esperando un vuelco en la relación con su hija. Les dije que la decisión estaba tomada y que había pagado la garantía de un mes. Mantuve siempre las relaciones con ellos hasta su muerte. Poco después de mi salida Ilse se casó con Hernán. Todos fuimos a la fiesta, menos don Ferdinando.

Así fracasó un sueño de los viejos Oberhauser.

DON OTTO

Ernesto Oberhauser estudiaba medicina en la Universidad Católica. Su mejor amigo y compañero de curso era Vicente Valdivieso. El padre de Vicente era profesor universitario y

manejaba unas tierras cerca de Puente Alto donde vivían. Ellos eran muy gentiles y me convidaban, con Ernesto, casi todos los fines de semana a su chacra. Ahí se vivía “a la antigua” con almuerzos contundentes e interminables onces, de varios platos y después de las comidas las agradables y extendidas sobremesas. En esa casa sentía que el tiempo se había detenido.

El padre de Vicente hablaba alemán y así podía tener algunas entretenidas conversaciones porque yo aún no hablaba español. Ernesto, que también hablaba alemán, era generalmente mi intérprete. Los Valdivieso vivían aclanados, los domingos se juntaban en la gran mesa del comedor abuelos, tíos, hermanos, colegas y amigos. Era gente de un lenguaje limpio y puro. Uno de los hijos, Rafael, no respetaba las reglas de la casa cristiana y hablaba un lenguaje ordinario con abundantes garabatos de grueso calibre. Claro que yo no entendía el sentido de las palabras y Ernesto me explicaba que esas palabras no se podían traducir al alemán.

Yo andaba siempre muy bien vestido con ropa que había traído desde Europa. Un día, vestido con mi terno regalón de color gris ratón, paseábamos con los hijos de los Valdivieso por las viñas que estaban cerca de la casa. De repente el malicioso Rafael empezó a tirarme racimos de uvas negras. Ernesto y Vicente se entusiasmaron y entre todos me bombardearon sin cesar. Mi hermoso terno quedó enteramente manchado. Cuando volvimos a la casa el papá retó furiosamente a los chiquillos porque se dio cuenta que mi terno estaba para botarlo.

En una de las vacaciones me invitaron a una excursión por una semana a la cordillera, todo bajo la supervisión del mayordomo. Rafael me dijo en su mal inglés que no llevara zapatos de cuero porque los caminos eran de pasto y suaves hasta llegar a Argentina. Fui a la Vega y compré un par de alpargatas, porque, según él, estos se usaban en Chile en las altas montañas. Don Otto lo creyó y fui con ellos, sin zapatos adecuados para caminar desde Las Melosas hacia Argentina. Seguimos por la orilla de un estero cordillera adentro. Cada día uno de nosotros tenía que preparar la comida y lavar los platos y servicios. Dormimos en sacos de dormir sobre la tierra bajo ese hermoso firmamento repleto de estrellas. Al tercer día llegamos a la frontera y mis calzados se habían hecho tiras. Todos se rieron de mi y Rafa estaba feliz que el alemán había caído en la trampa. La vuelta fue un calvario para mi. Se me formaron ampollas en las plantas de los pies. Como las alpargatas ya no me servían envolví los pies con calcetines, pañuelos y camisetas. Me habían pitado, pero ya no tenía remedio. Un día le tocó a Rafael el servicio de cocina. Era un cabro insoportable y flojo. Como yo no podía caminar bien, me quedé cerca del campamento mientras los otros hacían excursiones. Observé desde cierta distancia al muchacho. No limpiaba la olla ni los platos. Dejó todo al perro que nos acompañaba y ese con su gran lengua limpió todo. Me acerqué y le dije que eso era asqueroso. No, me dijo, aquí se usa así. Me senté a la orilla del estero y limpié todo mientras él se reía de mi.

En las noches cantaban y me enseñaron una larga canción en castellano. La aprendí y estaba orgulloso de haberla aprendido. Volvimos un domingo a la hora del té a la casa en Puente Alto. Ahí estaba el clan esperándonos, las abuelitas, los tíos y algunas señoritas. Conversamos sobre nuestra excursión, de las alpargatas de don Otto y finalmente me pidieron que cantara la canción que había aprendido. Tocarón la guitarra y me largué. A medida que avanzaba con la canción las mujeres empezaron a ponerse coloradas y el señor Valdivieso me preguntó a donde había aprendido esa canción. Le conté la historia y él me dijo que esa canción estaba compuesta de puros garabatos. Me dijo que nunca más cantara esos versos. Yo no entendía nada, pero sentí que todas las elegantes damas escondieron una suave sonrisa detrás de sus sorprendidos ojos.

Otra familia que de vez en cuando me convidaban eran los Hartmann, amigos de don Ferdinando. El era fotógrafo y muy conocido en la colonia alemana. Un día me llevaron a una playa cerca de El Tabo. Antes del picnic nos bañamos en las frías aguas del “Pacífico”. Me explicaron que pacífico significaba tranquilidad y paz. Fuimos con la hija de ellos, ya que supieron que con la Ilse no pasó nada, quizás ese gringuito podría hacerse amigo de su hijita.

Nos tiramos al agua. Yo, ignorante, me metí aguas adentro. Algo me gritaron desde la playa pero con el ruido de las olas no escuché nada. Me hicieron seña para que volviera. Empecé a pelear contra las olas y aparentemente la playa no se acercaba. Nadé con todas las fuerzas. Estaba desesperado!. Vi unas plantas verdes y me dirigí hacia ellas. Era cochayuyo. Me enredé. Pescaba planta por planta y así me fui acercando a la playa, la que finalmente alcancé, totalmente agotado. Cuando finalmente salí del agua todas las mujeres se taparon las caras. Lo encontré curioso. El señor Hartmann llegó corriendo con una gran toalla y me tapó. Sin haberme dado cuenta mi traje de baño había quedado enredado entre las plantas. Para mis anfitriones fue una situación muy desagradable, pero yo estaba feliz y di gracias a Dios por haberme salvado. Los Hartmann nunca mas me invitaron.

DIBUJANTE DE ARQUITECTURA

El domingo después de mi llegada a Chile los Oberhauser habían convidado al padre Werner Fromm del Colegio Verbo Divino a su casa. Don Ferdinando y su señora habían planificado todo, hasta para que su “futuro yerno” tuviera trabajo desde el primer día. El padre me contó que la mejor oficina de Santiago estaba proyectando un nuevo colegio en el barrio alto. El hablaría con ellos, don Sergio Larraín García Moreno y su socio don Emilio Duhart, y averiguaría si habría alguna posibilidad que yo trabajara en la oficina de ellos. Le dije al padre que aún no me interesaba trabajar porque quería conocer primero a Chile y quizás irme a Bolivia a ver a mis amigos del barco. No me percaté que mis anfitriones trataban de amarrarme a Santiago porque, después de tanto tiempo, me tenían en Chile y en su casa y cerca de su hija. De todo eso yo no tenía la menor idea.

El lunes me llamó el padre y me comunicó que me había conseguido una entrevista con don Sergio. La entrevista empezó en alemán, pero luego me di cuenta que él no manejaba bien el idioma y seguimos hablando en inglés. Me ofreció desarrollar un gran proyecto que ellos estaban por iniciar en la Plaza de Armas. Era una interesante oferta y acepté. Bueno, me dijo, nos vemos mañana, Auf Wiedersehen, Herr Michaeli. Al día siguiente estaba sentado en una mesa de dibujo en la amplia oficina en un octavo piso sobre la plaza Andrés Bello.

En la oficina trabajaban varios arquitectos chilenos y también algunos extranjeros. El de mayor permanencia era Ignacio Covarrubias, el regalón de don Sergio. Había una arquitecta, Hilda Carmona. Ella hablaba un perfecto alemán, lo que me facilitó hacerme entender con los jefes y los compañeros de la oficina. Ella, con mucho cariño y paciencia me enseñó castellano. Me dio tareas diarias del vocabulario mas esencial y me dirigía mi pronunciación. Gracias Hilda Carmona, eres una gran mujer!.

El sueldo que me pagaban era miserable, apenas alcanzaba a cancelar el arriendo mensual que habíamos acordado con mi tío y me quedaba un poco para el bolsillo. Trabajé mucho en sobrehoras. Cada vez que pedía aumento de sueldo a los jefes me decían que no hablaba español, además estaría a prueba en la oficina. Fui desarrollando el proyecto que me encomendaron y no me quedó otra que esperar. Aguanté, porque tenía mi cama y mi comida en la casa de la Ilse. Todo eso cambió cuando me retiré de la casa de los tíos. Tenía que buscarme una pieza y tenía que alimentarme por mi cuenta. Me di cuenta de que vivía muy barato en la casa de García Reyes. Ya no me quedaban dólares y con el dinero de la oficina no podía aspirar a grandes cosas. Encontré una pieza de madera con un mini baño sin ventana y sin agua caliente en la calle Villavicencio, el barrio de los bohemios y de las prostitutas.

Pasé mucho hambre. Mi ración diaria era una marraqueta y un kilo de uvas. Adelgacé rápidamente. De vez en cuando le reclamaba a mis jefes, pero ellos me decían que esperara. Pasó el tiempo y nada pasaba. Un domingo estaba en misa y don Sergio comulgó a mi lado. Encontré que era insólito de que un hombre cristiano y rico tuviera a un gringo mal pagado trabajando en su oficina. Me quedaba la posibilidad de volver a Alemania, pero no quería volver como un hombre fracasado. Seguía rezando para que se me mejorara la situación. Pedí hablar nuevamente con don Sergio. Le dije, ya con mi poco castellano, que vivía muy mal y que me dieran un sueldo digno, según mi trabajo en la oficina. Me dijo que tenía que hablar con su socio. Como los compañeros de la oficina eran muy amables y muy generosos conmigo, aprovechaba sus invitaciones durante los fines de semana en sus casas para comer hartito.

De mi petición, nada. Un día entré en la oficina de don Sergio y le dije que me tenían que pagar el mismo sueldo que el resto de los dibujantes porque estaba haciendo el mismo trabajo que ellos. El hombre estaba algo sorprendido de mi astucia y de mi tono firme. Me dijo que ahora que sabía hablar castellano iba a hablar con su socio. Le dije de que su socio estaba trabajando en la oficina al lado de él y que por favor lo consultara de inmediato porque no quería esperar más. Se pusieron de acuerdo y me subieron el sueldo. Después me entregaron además un porcentaje de sus honorarios de las obras que yo atendía. Trabajé como seis años con ellos hasta que me independicé

Mientras trabajaba siguieron las invitaciones de los fines de semana. Ahora ya me era más fácil entenderme con la gente. Mis compañeros siempre querían saber de mis experiencias en la guerra. En la oficina empezó a trabajar el arquitecto Iván Santa Cruz. Como todos, él también me convidaba. Era un muchachón macizo y alto que andaba siempre maloliente, era garabatero, mal vestido, zapatos rotos y con camisas sucias. Cada vez más me insistía que fuera un fin de semana con él. Yo pensé que no podía hacerlo porque sus padres debían ser muy pobres y él, para no ser menos que los otros compañeros de la oficina, insistía e insistía. Yo siempre buscaba alguna excusa para no hacer gastar dinero a sus pobres padres que no tenían ni dinero para vestir decentemente a su hijo. Después de muchos intentos y negativas me agarró un día y me dijo: Gringo de m....., si el próximo fin de semana no vienes conmigo te sacó la mugre. Le tenía miedo y decidí ir a su casa en el campo. Durante la semana me contaba que su “mamita” hacía muy bien los choclos y la sopa de gallinas de campo, que era deliciosa. Por Dios, pensé, comer maíz, lo que en Alemania comen los animales, gallinas de campo, ahora estaba seguro: Eran gente pobre del campo. Algo me hablaba de un pueblo llamado Nos que era algo distante de Santiago. El sábado bajamos de la oficina juntos. Llegamos abajo y en la vereda había un Mercedes Benz estacionado. Nos dirigimos al coche y él me presentó a su padre que estaba de

chofer. Sospechaba que hasta habían arrendado un coche caro para impresionar!. Nos vamos a Nos!. Me llamó mucho la atención de que su padre hablaba algunas palabras en alemán, algo extraño de un campesino. Yo estaba muy confundido. Iván me contó que íbamos a la casa del fundo de un tío. Era el tío el que tenía la casa y para mi ellos seguían siendo pobres. Llegamos a la casa del tío y nos sentamos a almorzar. Primero los choclos que yo no quería comer. Iván, con un grueso garabato, me dijo que por lo menos probara el rico choclo de su mamita (que para mi era equivalente a su pequeña madrecita). Probé y me gustó. Mas tarde llegó la madre de Iván y sus hermanos. Doña Adriana era una mujer elegante y muy hermosa. Los hermanos eran agradables y muy bien vestidos. Se me abrieron los ojos. Pensé, don Otto, cuando vas a comprender este nuevo mundo!.

Después del exquisito almuerzo la mamá de Iván se sentó en el piano y tocó algunas piezas de Beethoven. Pasamos la tarde en la piscina y para la cena llegaron amigos de don Hernán Santa Cruz, entre ellos un caballero muy elegante con su señora, era don Salvador Allende. Durante la sobremesa charlamos hartos. Había pasado un día muy agradable en la compañía de la familia de Iván y de sus amigos. Después supe que don Hernán era embajador de Chile en las Naciones Unidas.

VIAJE A BOLIVIA

Durante los dos años que trabajé en la oficina de Dietz tuve a cargo varias obras con importantes innovaciones tecnológicas de la construcción. En un conjunto de edificios de viviendas, de cinco pisos de altura, se aplicó un sistema con moldajes metálicos y rellenos de muros con hormigón a base de ripio, cemento y muy poca arena. El sistema era económico por la disminuida cantidad de cemento y los resultados eran muy satisfactorios especialmente en relación a la aislación térmica.

En el barco había conversado con el arquitecto Maluschka sobre esta innovación estructural. Estando ya en Santiago él me llamó un día y me pidió que fuera a hablar con una empresa constructora en Arica donde iban a construir galpones para la aduana de Bolivia y que deberían ser de bajo costo. Me indicó que cerca de Arica se encontraban muchos sitios donde se podría sacar piedra pómez. Como Arica se encuentra cerca de Bolivia escribí una carta a los Ertl en La Paz. Me reiteraron con mucho entusiasmo su invitación y me ofrecieron su casa para alojarme. En septiembre del año 1953 tomé vacaciones durante los días de fiestas patrias y volé a Arica. Me alojé en el antiguo y hermoso Hotel de Arica. Tuve una reunión con el constructor quién hablaba alemán y así me facilitaba la conversación relativa al negocio de los galpones. Al día siguiente me llevó a los cerros cercanos a la ciudad para inspeccionar los yacimientos de piedra pómez. Había materia prima en abundancia, pero noté de que muchísimas rocas llevaban relieves precolombinos. Era extraño que estas obras arqueológicas no estuvieran protegidas contra una posible vandálica explotación minera. Estudiamos la explotación y nos dimos cuenta que no había ninguna infraestructura caminera, tampoco ninguna instalación procesadora de la materia prima. Vimos que el costo se iba a las nubes y desistimos del proyecto. Me podría haber ganado algún dinero, pero no fue posible.

Al día siguiente tomé el tren trasandino a La Paz. Me instalé en una cabina-dormitorio con otros tres gringos, tomé una píldora para dormir y caí en un profundo sueño. En la madrugada

desperté por el ruido de los aduaneros bolivianos. Pasaporte, pasaporte!. En la cabina con las cortinas cerradas había un olor insoportable. En el suelo vi a tres indias acostadas. Posiblemente se habían metido en nuestro dormitorio durante la noche muy calladas, porque sabían que todos los gringos tomaban píldoras para dormir y para resistir el cambio de altura. Echamos a las pollerudas mujeres afuera y abrimos la ventana. Afuera hacía un tremendo frío. Estábamos a cerca de cuatro mil metros de altura!. De repente se asomó un monstruo por la ventana. Me asusté porque jamás había visto una bestia igual y tan intrusa. Era una llama. Había llegado a un mundo estrambótico. Cerré la ventana por el frío y revisé mi billetera, pensando que estas indias además de dormir sin permiso en nuestra cabina nos habían robado nuestro dinero. No faltaba nada. Después de la revisión aduanera el tren siguió hacia su destino: La Paz.

En la estación me esperaba la señora Ertl y su hija Monika. Me llevaron a su casa, atravesando la ciudad. Pasé por un mundo nuevo, arquitectura colombina, indios y mas indios, todos vestidos con trajes multicolor. Los indios eran pequeños e iguales a los tibetanos que uno había visto en las revistas. Llegamos a la casa de mis anfitriones. La señora abrió un enorme portón de gruesas maderas y entramos a un amplio patio rodeado de altas murallas, lo que me llamó mucho la atención. Pregunté por la razón de esta pequeña fortificación. Ellas me contestaron de que así estaban protegidos de los ladrones y de las balas. De qué balas, les pregunté. Mire, me dijeron, aquí todas las noches hay tiroteos entre las fracciones de los diferentes partidos políticos. Pelean hasta como las doce de la noche a balazos y después se va cada uno a su casa. Durante el día no pasa nada y cada uno trabaja en su lugar, no hay enemistades, ni rencor, se aguantan silenciosamente. En la noche salen y pelean por algo que ni ellos saben para que. Los de arriba mandan y los pobres cholos, por una miseria de dinero, arriesgan sus vidas, la que para los instigadores no vale nada.

Después de esta extraña explicación entramos en la casa. El señor Ertl no estaba porque andaba en una expedición en el Beni, filmando y fotografiando la vida de la selva amazónica. Los Ertl ya eran muy conocidos en la pudiente colonia alemana donde los invitaban con mucha frecuencia. Conocí gente de mucha fortuna, de grandes estancias y minas. Generalmente nos juntábamos a comer en el club alemán, donde conversábamos sobre las cosas mas estrambóticas.

Un día volvió el señor Ertl de su expedición. Era un hombre muy entretenido y un gran conocedor de vastas zonas selváticas, ahí abajo en el Beni y en le Amazonas. Lo que me contó en las noches al lado de la chimenea eran aventuras que jamás una persona civilizada se podría imaginar.

VIAJANDO A POTOSI

De La Paz volé a Sucre, la antigua y hermosa capital de Bolivia. La ciudad es un museo al aire libre con todos sus edificios, iglesias y conventos antiguos. Había una iglesia, la de San Francisco, cuyos interiores me fascinaron. Me subí al altillo en la parte posterior, me senté y gocé. Todos los muros estaban tapizados con cuadros estilo cuzqueño. Eran cuadros de grandes tamaños. Desgraciadamente en dos de ellos alguien había recortado la cara de algún personaje, que pena.

(En el año 1999 volví nuevamente a Sucre. La ciudad no había cambiado mucho, el casco antiguo casi no se había modificado, gracias a Dios. Fui a ver a la joyita de San Francisco. Todas las puertas estaban cerradas. Golpeé un rato hasta que una señora me abrió y preguntó lo que quería. Le expliqué que quería ver los interiores. Señor, la iglesia está cerrada! Saqué rápidamente unos dólares y le pedí que me abriera. Gran sonrisa. Pase no mas señor, lo dejo solo y cuando termine su visita me llama para abrirle la puerta. Entré en la nave central y.....que espanto, no había cuadros, los muros estaban pelados. Llamé a la señora y le dije que había estado hacía casi cincuenta años ahí y la iglesia estaba repleta de cuadros. ¿Cuadros?, me preguntó, yo estoy hartos tiempo aquí, pero jamás habían cuadros, sólo los que ve en el altar, no, nunca hubo cuadros aquí. Me miró extrañada y seguramente pensó que este gringo estaba chiflado. Salí de la iglesia y me senté en la pequeña plaza. ¿Qué habrá pasado, los robaron, los vendieron?. Me quedé triste. Espero que no se hayan ido al exterior y estén colgados en algún museo de Bolivia).

De Sucre quería viajar a Potosí a mas de cinco mil metros de altura. Para no apunarme, mi tío Ferdinando, quién era profesor de química, me había preparado un brebaje para que no me afectara la altura.

Habían dos formas de llegar arriba, una por tren que salía dos veces en la semana y la otra era de ir en una de las camionetas que llevaban petróleo a las minas de plata. El viaje era de dos días. En el mercado me contacté con un mestizo quién iba el día después con su camioneta hacia arriba. A pesar del mal castellano de ambos, llegamos a un precio para ida y vuelta.

Desde Sucre bajamos por caminos de muy mala calidad, cruzando ríos sin puentes, por subidas y bajadas muy inclinadas que daban susto, pero el boliviano conocía su oficio y se fue rajado para poder llegar en la tarde a un pueblo que se llama Mejillones. Mientras más bajábamos, más subía el calor que se tornaba casi insoportable dentro de la cabina con las ventanas abiertas y repleta de polvo.

Finalmente llegamos a Mejillones. Nos fuimos a la casa del profesor del pueblo quién nos invitó a dormir en su ruca. El y su familia eran todos indios. El interior era un solo espacio, a un lado se cocinaba, al medio había una enclenque mesa con algunos cajones a su alrededor que servían como sillas. Los niños ya estaban acostados en el suelo de barro en un rincón de la pieza. Delante de uno de los muros había una cama asquerosa, era la cama matrimonial del matrimonio. El profesor, un tipo muy gentil, me ofreció que yo durmiera en esa cama. Dejamos nuestras maletitas en la ruca y el chofer me llevó al restaurante del pueblo, que era una piececita de tres por cuatro metros que daba a la única calle del caserío. Nos sentamos en una mesa, nos pusieron una vela y mi amigo pidió la comida que era baratísima. Era un menjunje de arroz con algo. Cuando probé la primera cucharada pensé que estaba comiendo fuego, tan picante era esa cosa, incomible. El mestizo comió su plato y enseguida el mío. Ya acostumbrado a la tenue luz de las velas descubrí que las paredes estaban plagadas de afiches ingleses de la segunda guerra donde apotricaron contra los alemanes. ¿Cómo llegaron estos panfletos a este pueblucho?. Después de la comida nos fuimos a la casa del alcalde, o cacique, que era amigo del chofer. En el patio de la entrada habían algunas cholas sentadas, mascando maíz y escupiéndolo después a una olla de greda. Nos sentamos con el anfitrión bajo un alero e inmediatamente llegó una india y nos sirvió un brebaje turbio. Me gustó, era dulce. Conversábamos con algunas dificultades por mi parte y

seguimos tomando esa cosa dulce y agradable. Mi compañero, después de un rato, me dijo que teníamos que irnos porque el viaje empezaba muy de madrugada.

Llegamos a casa y me acosté en la hedionda cama totalmente vestido, sacándome solamente los zapatos. Me quedé inmediatamente dormido. De repente desperté, necesitaba desesperadamente vaciar urgente mi estomago. Estaba borracho, borracho. Divisé una ventana y me tiré hacia ella, pasando por encima de los indiecitos que dormían en el suelo. Empujé las tapas y vomité, vomité y vomité hasta que me dolían las tripas y no quedara nada dentro de mi estómago. Volví a la cama. No supe si los habitantes se dieron cuenta de mi tragedia porque no sentí reclamos, ni llantos de niños, nada. Gracias noble profesor de Mejillones, no alcancé a despedirme de usted y de su familia.

Eran las cinco de la mañana cuando me despertó mi amigo mestizo: Ya, gringo, levántate, borracho, es hora de partir. Yo creo que él también estaba bastante tomado, pero estaba cumpliendo con su deber. El me subió a su camioneta y me quedé inmediatamente dormido. Después de un rato desperté, aún estaba curado como pocas veces en mi vida. Estábamos subiendo por la Cordillera. Por Dios que me sentía mal. Quería morir, si, quería morir, porque me sentía tan mal que pensaba bajarme del vehículo y quedarme ahí. En mi pésimo estado no había tomado el brebaje del tío para la altura. El camino subía y subía, yo con la cabeza hacia fuera vomitando pero nada, nada quedaba en mi estómago. Le dije al mestizo: Déjame, yo quiero morir, no puedo mas, para la camioneta y déjame aquí. El se rió de mi y me dijo que luego me mejoraría. Pamplina! Seguimos subiendo y él no paró, el criminal. Quiero morir, le grité. Aguante gringo, te mejorarás!.

Entramos en un caserío clavado en la cordillera. El se bajó y sentí que hablaba con una india vieja, quizás su madre, en quechua. Al rato la vieja se acercó al vehículo con una asquerosa taza sucia de algo. Toma gringo, me dijo él, esto te hará bien. No quería tomar esa cochina. Toma! me dijo. En la taza había un líquido cafoso y maloliente. Apreté con mis dedos mi nariz y me mandé abajo todo el contenido de la tasa. Harto se rieron de mi. Ya, me gritó el chofer y se despidió de su gente en su idioma. Salimos del pueblucho y seguimos el angosto camino siempre bordeando al precipicio. Con mi compañero ya no hablaba hacía mucho rato, porque me sentía tan mal que ni quería escucharlo. Y poco a poco se me abrieron los ojos, vi el paisaje majestuoso de esa tremenda Cordillera de los Andes, a cada rato me iba sintiendo mejor y me daba cuenta de las maravillas que estaba observando. Le dije al conductor que su país era maravilloso, que todo era hermoso. Ves tu, gringo, te estás mejorando porque en el pueblo te dieron una infusión de coca. No te preocupes ya, llegaremos bien a Potosí. Realmente a cada rato me sentía mejor, tenía ganas de cantar, todo había cambiado, el mundo volvió a ser cada vez mas maravilloso. En un trecho de pasadas, que son mas amplias que el camino, que era un poco mas que un sendero, había un grupo de gente parada mirando al precipicio. Que pasó, preguntamos. Una camioneta se mandó abajo, allá en el fondo quedaron. Me entró el pánico. Quizás me tocaría terminar igual que ellos en el fondo de un cajón con este tipo curado. Ya mas conciente empecé a rezar para que llegáramos sanos a Potosí. Mi conductor no se detuvo y siguió camino. Esto pasa todos los días, me dijo, estos indios toman mucho y se meten a manejar en esta montaña endiablada!. Dios mío, y el mío, cuanta chicha tomaría anoche?.

Finalmente llegamos a esa hermosa ciudad de Potosí, una ciudad que en su tiempo era una de las mas pobladas del mundo. Potosí significa "Cerro de Plata". Tomé hartito del remedio del tío

y me sentía bien, observando siempre los avisos: Muévase lento, no corra, estás a cinco mil metros de altura. Que hermosura, toda la ciudad intacta, sus iglesias, su casa de la moneda, sus claustros y todos los edificios y casas lucían como si las hubieran edificado recientemente. Una ciudad colombina donde la mano de los arquitectos contemporáneos aún no se había metido. Me alojé en el “Gran Hotel”, el único que había. Un baño por piso!. Cuando fui a hacer mis necesidades vi que el W.C. estaba tapado hasta el borde. Bajé a la recepción a reclamar, pero nadie se movió. No me quedó otra que usar ese asqueroso artefacto. Me dijeron que no importaba porque a esa altura no habían microbios!.

DE VUELTA A LA PAZ

Volví a la casa de mis amigos Ertl para tomar nuevamente el tren hacia Chile, pero ellos no me dejaron ir e insistieron que debería quedarme un tiempo mas con ellos. Un día viajé a Tiahuanaco que se encuentra cerca de la capital ubicado sobre un altiplano de mas de cuatro mil metros de altura. Me fui en un autocarril por el día. Era la única persona que bajé en la estación: TIAHUANACO, LA CUNA DE LA HUMANIDAD. Así rezaba el letrero en ese espacio desolado. Que arrogancia!. Recorrí todo el conjunto. Habían piedras talladas por todas partes. Parecía que nadie había recogido y ordenado cientos de fragmentos de estatuas, partes arquitectónicas y adornos. Dos elementos estaban en pie: Una estatua de una deidad y la famosa Puerta del Sol.

Los Ertl eran amigos de un matrimonio alemán que estudiaba durante años las misteriosas ruinas. Ellos tenían un pequeño museo particular con muchas joyas y cerámica que encontraban entre las ruinas y en las excavaciones que realizaban ahí. Con el permiso del gobierno, según los estudios que ellos realizaban, Tiahuanaco era un lugar sagrado en el siglo once después de Cristo. Cuando llegaron los Incas ellos encontraron el santuario ya destruido. Había un arqueólogo polaco que databa al conjunto en cinco mil años de antigüedad, por eso el letrero de la “cuna de la humanidad”. Se presume que el lago Titicaca, en algún momento llegaba hasta el lugar, por las huellas que quedaron en las entradas de los templos. El lugar me fascinó. Había mucho que pensar e imaginar. Había un pequeño montículo que parecía esconder una pirámide, enormes estelas de piedra que aparentemente encerraron un gran espacio rectangular que podría haber sido un enorme templo. En realidad poco se sabía con exactitud de ese extenso espacio en ruinas.

De vuelta en La Paz mis anfitriones me presentaron varios amigos alemanes de ellos, algunos eran gente de grandes fortunas. Generalmente nos juntábamos en el Club Alemán donde acudían muchos ex nazi. Mucho después de mi viaje los medios de comunicación dieron cuenta sobre esos refugiados, algunos de bastante importancia. Uno de los amigos tenía una finca que se extendía desde la punta del Illimani hasta el lejano valle del Beni. Con mucho orgullo ese terrateniente exclamó que tenía en su estancia todos los climas y frutos del mundo.

Un hijo de ese magnate se casó con Mónica Ertl. Cuando el marido de Mónica vino a hacer su práctica en una mina en Chile, nos visitaron varias veces en Santiago. De vuelta en Bolivia se separaron y Mónica se transformó en una furibunda y sangrienta terrorista. Ella, como todos los fracasados de la sociedad, quería transformar el mundo. Peleaba contra las injusticias sociales y por una revolución de las masas. Poco a poco adquirió fama, convivía con el Che Guevara y estaba al mando de un grupo de guerrilleros. Ella fue la autora del asesinato de un

embajador boliviano en un país europeo, un hecho que fue muy comentado en los medios de comunicación. Ella murió joven en una sangrienta refriega con la policía en una calle de La Paz. Mónica era una persona que vivía en dos mundos, no era ni mujer ni hombre, era dulce y a su vez salvajemente violenta. Se había hundido en el odio y vivía con ideas absurdas e irrealizables, como tantos que están y estarán peleando por lo mismo.

El viejo Ertl se trasladó mas tarde a la selva donde criaba cerdos y gallinas. Rodó una película sobre su hija, la endiosó y la justificó, porque ella siempre había sido la regalona de él, las otras hijas no valían.

Cuando volví de Tiahuanaco el señor Ertl me contó durante las agradables sobremesas sus aventuras que vivió durante sus viajes a la jungla. El Beni era inaccesible y totalmente inexplorado. Cada cierto tiempo él armaba sus excursiones con sus equipos de cameraman porque todo el material que recogía lo vendía a alguna revista alemana para poder subsistir. Deben haberle pagado bien porque ellos vivían bastante holgados en su acogedora casa de La Paz. El era un hombre muy especial, amaba la aventura, dejaba a su familia sin contacto durante semanas mientras estaba metido en alguna expedición abajo en la selva, la cual conocía como la palma de su mano. Hay que saber que la zona del Beni es como la tercera parte de Chile, selva impenetrable. Contó que habían indios de cabello rubio y de ojos azules, tigres feroces, ruinas de conventos e iglesias colombinas, caníbales, total, un mundo intocado por la civilización. Un día se supo que otro aventurero norteamericano se había perdido en la selva. Ertl, aparentemente, conoció muchas tribus y en su siguiente viaje empezó a seguir la huella del gringo. Averiguando y averiguando llegó al lugar en donde se perdió la pista del americano. Cuando llegó al lugar donde habitaba un grupo de caníbales que el conocía, vió que en el baile de bienvenida uno de los salvajes bailaba con la cámara del infortunado sobre su cabeza. Se lo habían comido.

En uno de sus viajes, siempre por las aguas de esteros y ríos, afluyentes del Amazonas, acamparon en sus hamacas en algún claro de un bosque. En la noche comieron comida enlatada y dejaron las latas botadas. La noche después, en otro lugar de descanso, sintieron que alguien les estaba espiando. El susto siempre estaba presente, tomaron sus rifles y examinaron la cercanía. Encontraron un indio que tenía en sus manos los tarros vacíos. El pobre ignorante los había seguido un día entero para devolverles los tarros que brillaban tan luminosos en el sol. Abrieron un tarro y se lo pasaron al tipo. El no quería comer, pero cuando Ertl probó la comida el indio se rió y se tragó el contenido. Enseguida se metió en la selva y desapareció.

Me contó noches enteras sus entretenidas aventuras y me invitó a participar en la próxima expedición. Valor: 5.000 dólares. Parecía que el señor Ertl no sabía con quién estaba hablando!.

CONOCIENDO A ELIANA SILVA

En la oficina de Larraín y Duhart trabajaban varios arquitectos extranjeros, entre ellos un inglés, llamado Leonard Guilt. El vino a Chile para casarse con una chilena que conoció en Londres cuando ella pasaba sus vacaciones en la capital británica. Un día Len me preguntó si me gustaría acompañarlo con su “fiancé” y dos amigas al cine. Me contó que las dos chiquillas eran de buena familia, eran mellizas buenas mozas e íntimas amigas de su prometida. Le contesté que si, porque a qué joven no le gustaría conocer a dos mujercitas con tan buenos antecedentes.

Fuimos al cine y conocí a Adriana, la novia de Len, a Eliana y Nora Silva. Realmente eran muy atractivas y alegres.

Después de la función Adriana nos invitó a cenar a la casa de una tía con la cual vivía. La tía era muy amiga de los Silva porque su marido trabajaba como médico en el hospital de Sewell donde el doctor Silva era médico-jefe. Adriana era una excelente cocinera y disfrutamos de una muy sabrosa cena. Después nos sentamos en el living a conversar en compañía de un whisky on the rocks. Mientras chacoteábamos Len empezó a discutir con su novia si era mejor dormir en una cama matrimonial de una plaza o en dos camas separadas. Era un tema algo peliagudo para nosotros, los invitados, que a penas nos conocíamos desde hacía tres horas!.

El domingo después de esa agradable noche las mellizas me invitaron a almorzar en su casa en la calle Lota 2359. Conocí a la madre de ellas, doña Frida Meissner, quién hablaba perfectamente alemán. Estaba ahí también la abuela de las mellizas, la señora Elena Wachsmann de Meissner, una señora muy agradable con la cual hubo un contacto íntimo desde el primer momento que nos conocimos. También ella hablaba alemán, pero como las mellizas no sabían el idioma las conversaciones se hicieron en castellano, lo que a mí todavía me costaba hablar.

Empecé a salir con las dos muchachas, pero Nora poco a poco se fue quedando en casa y salía con Eliana, a veces acompañados de la simpática abuelita. Nuestro lugar preferido era el "Drive In Charles", arriba en la Avenida Las Condes. Nuestras relaciones con Eliana fueron cada vez mas íntimas y un día le regalé un anillo de brillantes como seña de mi amor verdadero.

Un día, Eliana me dijo que tenía que ir con Nora a la Clínica Joselin en Boston en donde le iban a hacer un tratamiento a Nora, quién padecía de diabetes. Con toda la familia Silva dejamos a las mellizas en Valparaíso donde se embarcaron hacia los Estados Unidos. Con mucha pena me quedé solo. Escribía cartas a Eliana, pero ella me contestó solamente unas pocas y sentí que nuestra amistad se iba muriendo. Cuando volvieron a Chile, Eliana me devolvió el anillo. Muy apenado y disgustado lo vendí de inmediato y para mi el asunto había terminado. Pasó el tiempo y a pesar de todo, la señora Frida me invitó muchas veces a almorzar. Quizás ella no sabía que las relaciones con Eliana estaban cortadas. Siempre busqué una excusa para no ir. Nuevamente empecé a salir con otras amigas y el pololeo con la señorita Eliana quedó en el pasado.

Tenía la costumbre de pasearme los domingos en la mañana, después de la misa, por el Parque Forestal con algún amigo. En una de esas mañanas alguien tocó insistentemente la bocina. Miré y vi a Eliana en el enorme coche de su papá. Me acerqué al automóvil y la saludé. Me invitó a almorzar a su casa. Le dije que no podía porque iba a almorzar con mi amigo en el Centro. Mi amigo me hizo una mala jugada y me dijo que no podíamos comer juntos porque tenía otro compromiso. No me quedó otra salida que aceptar la invitación. Realmente lo hice con muy pocas ganas porque ella me había hecho sufrir mucho. En la casa me recibieron con el mismo cariño de antes y todo era como si nada hubiera pasado. Desde ese domingo la casa de los Silva también fue mi casa. Con Eliana volvimos a salir, con o sin la abuelita. Poco a poco las asperezas se fueron limando y cada vez nos amábamos más, no solamente con Eliana, sino con toda su familia.

El 29 de diciembre de 1956 nos casamos en la iglesia Del Bosque..

Len Guilt se casó mas tarde con una amiga mía y Adriana se casó en los Estados Unidos. Norita, diabética, poco a poco quedó ciega. Durante su ceguera hizo una gran obra: Ayudar a los No Videntes desde Arica a Puerto Montt. Viajó a Europa para adquirir experiencias para aplicar métodos mas modernos en combate contra ese mal. Norita falleció en el año 1976. Estoy seguro que el Señor la tiene cerca de él porque ella era una santa y gran mujer.

REVALIDANDO MI TITULO DE ARQUITECTO

Mi amistad con Eliana y su familia fue cada vez mas íntima. En la oficina ya estaba ganando algo mas de dinero como para pensar en casarme. El único gran obstáculo era la revalidación de mi título para poder, en un momento dado, independizarme como arquitecto. Al entonces decano de la facultad de arquitectura de la Universidad Católica, don Sergio Larraín, le manifesté que quería obtener el título chileno. En el año 1951 obtuve mi título en la Universidad de Karlsruhe en Alemania con un “Sehr Gut”, la nota máxima. Con estos antecedentes me parecía fácil de que en Chile reconocieran el título. Manifesté a don Sergio que me quería casar y quedarme en Chile. Sergio me contó que no habían antecedentes sobre el tema y que tenía que consultar a los otros decanos. Supe que tuvieron varias reuniones y después de cada una me pasaban el resumen de lo que habían conversado. Era siempre la misma latosa información. No avanzaban. Finalmente me comunicaron de que tenía que rendir un examen de prueba de aptitud y aceptado debería estudiar los cinco años de arquitectura para finalizar con mi título. No me gustó esa estupidez. Me pregunté porqué un título alemán de una prestigiosa Universidad valía menos que uno chileno. Estos chilenos acaso se creen superiores a los académicos alemanes?. Absurdo e injusto, signo de inferioridad y de subdesarrollo.

Me quedé muy desilusionado porque eso significaría perder cinco años de mi vida. Rezaba y rezaba. Señor, por favor muéstrame la senda, tu me puedes ayudar. Un día conversé con un profesor amigo y me indicó que Chile tenía intercambio entre las Universidades de Colombia y de Chile. Anda a Colombia y en poco tiempo tendrás tu título que te reconocerán aquí. Tampoco me gustó esa idea: Irme a Colombia, gastar dinero que no tenía y para que al final tampoco me reconocieran ese título. No, debe haber otro camino mas sencillo. En las noches desoladas busqué y busqué una solución. El Señor me ayudó.

Para obtener mi título en Alemania lo hice en el tiempo record de solamente cuatro años. Mandé una carta para que la Universidad me diera los antecedentes de que había cursado cuatro años de arquitectura, pero que no se mencionara el título. Con estos papeles fui a hablar con el director de la Católica, don Jaime Beza, para que me diera el permiso de poder estudiar un quinto año. El me aceptó y me inscribí. Era alumno del quinto año de arquitectura de la Universidad Católica de Santiago de Chile.

Un día me vió el decano en un patio de la Universidad y me preguntó qué estaba haciendo ahí. Le conté que era alumno del quinto año con todas las de la ley. Sentí que su cara se endureció, estaba sorprendido. No le gustó que un joven fuera mas astuto que él y que le hubiera metido un fantástico gol, además de haber sido sobrepasado por su propio rector. El pobre Jaime no sabía en que se había metido, no sabía de esos enredados informes de los decanos, además

había sobrepasado al propio decano con el cual eran íntimos amigos. Gracias, Señor, tus ayudas vienen desde donde uno menos lo espera!.

Unos días mas tarde llegó la revancha de don Sergio: Me dijo que tenía que trabajar un mínimo de 6 horas diarias en su oficina y asistir a las reuniones pertinentes al proyecto que estaba desarrollando. Por parte de la Universidad tenía que tener una asistencia de mínimo 70%, hacer mis tareas para los ramos teóricos y además trabajar en los proyectos propios del quinto año. Pedí a don Sergio que me dejara trabajar los sábados y domingos para completar las 36 horas semanales exigidas por él, lo que me aceptó. No me quedó otra salida que trabajar de las 6 de la mañana hasta las 12, o más, de la noche. Eliana y mis futuros suegros me apoyaron mucho en esos días de tanto sacrificio. Pero finalmente terminaron las clases y dimos los exámenes finales para después dedicarnos al proyecto de título.

Nuevamente se me presentó un gran problema. En religión tenía solamente una asistencia del 35%, lo que era suficiente causa para que no pudiera presentarme a los exámenes. Hablé con el cura y le expliqué mi trágica situación. Pero el tal cara de palo no actuó muy cristianamente: No me dió el pase. Nuevamente a rezar!. Mis compañeros del curso estaban indignados y fueron todos a hablar con el padre, el cual finalmente cedió y me dió el permiso para presentarme. Pero antes me hizo un examen para justificar su decisión. Le conté de mi vida, de mi próximo matrimonio, de mi fe cristiana y de los sacrificios del último año. Después de escucharme me dió la mano y quedamos amigos.

Llegó el tan ansiado día de la presentación del proyecto final. Cada uno colocó sus planos en una sala de una antigua casona de la calle Villavicencio que perteneció a la Universidad. Mis compañeros tardaron poco tiempo en la revisión de sus trabajos. Pasó un buen rato hasta que me llamaron para explicar mi proyecto que era una población en altura en estructura metálica, algo no conocido aún en Chile. Como el profesorado examinador no tenía experiencia en las obras de acero me hicieron muchas preguntas infantiles. Uno me preguntó como se controlaban las soldaduras porque con los ojos no se podía. Lo miré extrañado y le dije que a través de rayos X. No le gustó la forma en que le respondí.

Las preguntas fueron cada vez más estúpidas y yo notaba que querían tirarme hacia abajo. El Proyecto de Urbanismo, cuyo profesor era Emilio Duhart, socio de don Sergio Larraín, en cuya oficina trabajaba, trataba sobre el Barrio Alto. Había dividido toda la zona en diferentes tipos de construcción: Lujo, primera, mediana baja y de mala calidad. Emilio se fue de inmediato a ver la calificación de su vivienda. El barrio en la cual estaba ubicada era de construcción "media" porque se ubicaba en un barrio de casas de Ley Pereira, Dfl.2 y por lo tanto no era de primera, menos de lujo. No le gustó y de inmediato empezó a bombardearme de preguntas y mas preguntas y al final me tiró la mas graciosa y mas absurda: Usted, que sabe tanto, dígame cuanto vale el barrio alto. Que pregunta mas infantil. Me daba rabia. Le dije que si me pudiera dar un año de plazo a lo mejor se lo podría contestar. En la sala había un ambiente efervescente. Sentí que todos los profesores me querían hacer sufrir, porque querían demostrarme de que un título chileno no era cosa de niños. De rabia me subieron las lágrimas a los ojos y no contesté ninguna pregunta mas. Tenía una tremenda pelea interna: Quería ir a las murallas donde estaban colocados mis proyectos, rajar los planos y decir a la comisión que se fueran a la punta del cerro con su arrogancia y que no me interesaba su porquería de título. Pero me tenía que calmar, necesitaba el título, tenía que dominar la rabia, tenía que ser humilde y aceptar la humillación.

Después de un rato de silencio, don Sergio me pidió que me retirara. Afuera estaban mis compañeros festejando mientras que yo aún no sabía el resultado del examen. Tenía ganas de llorar porque todos esos profesores eran conocidos míos. La revancha de don Sergio era cruel. Finalmente se abrió la puerta y me hicieron pasar. Nota: 4.5, aprobado.

NUESTRO MATRIMONIO

El 29 de diciembre de 1956 nos casamos, Eliana Silva Meissner y Josef Michaeli Oberhauser en la iglesia del Bosque en Santiago. La ceremonia religiosa la celebró monseñor Larsen, amigo de mi suegro. La iglesia estaba repleta de gente. Después de la misa nos trasladamos a la casa de Lota 2359 donde festejamos en grande este acontecimiento tan importante para la vida.

Como era pleno verano y un día caluroso la gente se instaló en los salones de la casa y en el gran jardín. Desgraciadamente de mi familia de Alemania no participó nadie, lo que para mí fue muy penoso. Los únicos parientes míos eran don Ferdinando Oberhauser, profesor de la Universidad de Chile, primo en segundo grado de mi madre, acompañado de sus hijos Ilse y Ernesto. Se sirvió un exquisito y prolongado aperitivo de whisky auténtico que trajo mi suegro de Sewell. Mas tarde se sirvió una muy buena cena. Nosotros, los novios, recorrimos todas las mesas para saludar a los invitados. Como en cada mesa teníamos que brindar, lo hicimos tomando a penas unas gotitas para mantenernos sobrios. Después el acostumbrado baile, la repartición de la torta y finalmente Eliana tiró a las solteras su ramo de novia. Mas tarde nos llevaron a una modesta casa que habíamos arrendado en Agustín del Castillo. Yo no ganaba mucho dinero como dibujante y arreglé la casa con muebles baratos, la cama matrimonial la hice yo personalmente. Para Eliana era un cambio tremendo de mudarse de la mansión de sus padres a esta humilde vivienda.

Al día siguiente nos trasladamos en avión a Temuco y desde ahí en un bus rural a las termas de Puyehue donde pasamos nuestra luna de miel. Empezó para ambos una vida nueva. Teníamos muchas divergencias porque para Eliana debe haber sido muy difícil de vivir fuera de su casa donde la regaloneaban mucho y sobre todo desde ese momento ya no viviría con su hermana melliza con la cual tenía una relación muy, pero muy íntima.

Al año nació nuestro hijo Andrés, después Consuelo, José Luis, Alejandro y mas tarde, diez años después, Cristián. Eliana consiguió que su nana de toda la vida, María, se fuera a vivir con nosotros a pesar de nuestra escasez monetaria. La viejita, como la llamábamos, era el corazón de la casa y la segunda madre de nuestros hijos. No sabía leer ni escribir, pero era una gran mujer, todos la amábamos hasta que murió después de muchos años de vivir con nosotros.

No teníamos muchos recursos y a veces nos atrasábamos durante meses en el pago del arriendo, gracias a la bondadosa oficina de los corredores Montalva Quindos, cuyo cobrador de arriendos se encontraba mes a mes con nuestras señoras encinta. Eran muy buenos con todos nosotros que vivíamos en una especie de "Cité".

Cuando mi situación se fue mejorando arrendamos una casa en la calle Luis Carrera, frente al Club de Polo. Habíamos subido de pelo. Fui ahorrando para poder construir nuestra casa propia. El suegro nos regaló un terreno en la calle Las Verbenas donde durante cuatro años construimos una exótica casa con piscina y un gran jardín. En el año 1995 vendimos la propiedad a un buen precio y nos compramos un elegante departamento en Gertrudis Echeñique, frente a la embajada inglesa. El año 2003 arrendamos el departamento a un embajador y nos fuimos a vivir a Rocas de Santo Domingo, a una gran casa que habíamos adquirido en el año 1996 y donde residimos actualmente, libre de smog, bulla, bocinazos y micreros asesinos. En el Club de Golf jugamos diariamente para mantenernos en forma.

Los fines de semana viene casi siempre alguien de la familia, incluido nuestro hijo adoptivo y muy querido por todos, Alejandro Duran con su señora María Emilia.

Con Eliana lo pasamos muy bien con un montón de amigos con los cuales siempre estamos en contacto.

Hemos tenido muchos problemas durante el largo camino de nuestro matrimonio, pero estamos siempre juntos y en paz, por eso rezamos con Eliana todas las noches para que el Señor nos proteja y a toda nuestra extensa familia.

NACIONALIDAD CHILENA

En el año 1958, después de una estadía de cinco años en el país, inicié los trámites para obtener la nacionalidad chilena. Tenía pasaporte francés porque cuando dejé Europa el Saar era protectorado francés, a pesar de tener un gobierno propio. Mientras tanto mi pequeña patria había vuelto a ser alemana. En el Ministerio me indicaron que tenía que dirigirme a la embajada francesa para anular mi nacionalidad, ya que poseía un pasaporte de ese país y no de Alemania.

El embajador me recibió muy gentilmente en su despacho, hablándome en francés. Yo no hablaba bien su idioma y le hablé en español, lo que le sorprendió mucho. Me pidió mi pasaporte, lo abrió y exclamó: Ah oui, vous est sarrois!. Me dijo que lo sentía mucho y no me podía ayudar porque el Saar ya no pertenecía a Francia y que me dirigiera a la embajada alemana.

Fui a la embajada alemana y le expliqué al embajador mi situación. El me dijo que no veía ningún problema y que solicitara un pasaporte alemán ya que el Saar era nuevamente territorio alemán. Le expliqué que no quería solicitar un pasaporte alemán sino los documentos necesarios para nacionalizarme chileno. Me empezó a hablar de la patria, de mis raíces, del orgullo de ser alemán etc. etc.. Señor embajador, yo no quiero pertenecer mas al pueblo alemán, entiéndame, cuando nací era francés, después en tiempos de Hitler volvimos al Reich y éramos alemanes, después de la guerra volvimos a ser franceses y ahora somos nuevamente alemanes. No, no quiero seguir con este juego de ping pong, quiero ser chileno. Alemania no me ha dado nada mas que miseria, guerra, sufrimientos, muerte, atrocidades con nuestra gente y con el pueblo judío. Yo peleé en la guerra a la edad de un niño, fui prisionero, y pasé mucho hambre durante la posguerra. No quiero volver a ser alemán, porque quizás mañana me llamen de nuevo a tomar las armas para seguir matando gente inocente. Por favor, indíqueme el trámite que tengo que seguir, no quiero tampoco la doble nacionalidad. He formado mi familia aquí y quiero ser chileno.

Firmé los papeles de renuncia. En mi pueblo, Rohrbach, hubo gran revuelo por mi renuncia porque mi tío era alcalde y le debe haber dolido firmar el acta de mi renuncia. Me siento mas chileno que los chilenos porque ELEGÍ mi patria. En el documento de mi nacionalización dice: País de origen: Francia.

MI LLEGADA A LA ARAUCANIA

Nuestro primer viaje a Alemania fue para estar en la celebración de las Bodas de Oro de mis padres en el año 1964. Los festejos fueron grandiosos, empezando con la celebración de una misa solemne, celebrada por tres sacerdotes miembros de la familia. La fiesta era de gran envergadura, con la presencia de todos los familiares, parientes, amigos y sobre todo, el regreso de Sepp con su esposa chilena. Eliana conquistó los corazones de todo el mundo, especialmente de los hombres, a los cuales besaba según nuestra costumbre, lo que a los alemanes gustó mucho, porque en Alemania no se besa a nadie, ni a los hijos. Después de la fiesta nos invitó un matrimonio amigo, los cuales eran compañeros míos en la corporación estudiantil católica en Karlsruhe, a comer un fondue. Durante la comida me contó mi amiga que un fraile franciscano que vivía en la Araucanía, amigo de su padre, estaba de paso en su casa. Hedi me contó que el cura trabajaba en el seminario de San José de Mariquina y estaban a punto de llamar a un concurso para la presentación de los proyectos de arquitectura del nuevo seminario.

A mi regreso a Chile me comuniqué con el padre Isidoro Schramm. Me pidió que fuera a verlo en el seminario de San José. Un fin de semana largo me pareció adecuado para hacer el viaje en auto al sur. Convidé a mis amigos Alfredo Leyton y su señora Marcela, junto con Cucho Gómez. Nos alojamos en el Hotel Pedro de Valdivia. Llamé al padre Isidoro y convenimos una reunión con el directorio del seminario. Alfredo y Cucho aprovecharon la estadía para ver embarcaciones para su empresa pesquera en Arica, juntos con Marcela y Eliana.

Me fui en mi elegante Beaumont blanco a la reunión con los frailes. Como era lógico andaba muy bien vestido, con mi mejor terno color gris ratón. Cuando estacioné mi coche americano delante del seminario viejo salió el arquitecto Hernán König de Valdivia con el cual nos habíamos conocido en la Universidad Católica cuando revalidé mi título. Nos saludamos, algo sorprendidos, porque estaba a la vista que íbamos a ser competidores en el proyecto. Hernán estaba vestido de blue jeans y andaba en una Citroneta. Cuando entramos al seminario me extrañó que Hernán no se acordara del refrán: Bien vestido, bien recibido. Hacía tiempo que había aprendido que la presencia de uno influye desde el primer momento. Bueno, allá Hernán. En la oficina fui recibido por el Rector, padre Luis Beltrán, el padre Enrique Brudny y el padre Isidoro. Me indicaron las bases del proyecto y me dijeron que el padre Enrique sería la persona que iba a llevar toda la negociación del proyecto. El me cayó muy mal. Pero a mal tiempo buena cara. Había un enorme proyecto que tenía que conseguir. Me preguntaron sobre mis proyectos que tenía en ejecución, los que eran bastantes. Les conté que tenía el título de Ingeniero Diplomado Arquitecto de la Universidad de Karlsruhe. Creo que causé una buena impresión a base de mi título alemán, mi buena presencia y mi coche americano.

Después de la reunión volví al hotel, donde esperaban mis amigos que habían estado buscando embarcaciones para su empresa pesquera en Arica. En esos días el gran negocio estaba

en la pesca de la anchoveta. Todos los chilenos se metieron en ese negocio que era fabuloso, así también mis amigos que vendieron sitios, departamentos e invirtieron todos sus ahorros en ese negocio. Ganaron mucho dinero, pero después de un año de abundancia la anchoveta desapareció y mis amigos quebraron.

Volviendo a nuestro encuentro en el Hotel de Valdivia, el día después de mi reunión con las autoridades del seminario me llamó el padre Enrique y me comunicó que me habían elegido para desarrollar el proyecto del Seminario Mayor y Menor. Al día siguiente, que era 21 de mayo, invité a cenar a mis amigos en el hotel. El gran comedor estaba reservado por los militares y los turistas tenían que comer en un cómodo altillo que tenía vista sobre el comedor donde estaban reunidos los altos oficiales.

Pedimos nuestro tradicional pisco sour con algo para picar. Mientras estaba contando lo que pasó en mi reunión alguien gritó FUEGO. En segundos se vació el altillo y también la sala de nuestros valientes soldados. Calmé a mis amigos y les dije que se quedaran porque no se veía, ni se sentía, fuego ni humo. Como los sirvientes habían servido recién las comidas y que aún no habían sido tocadas, yo serví de mozo y ofrecí a mis amigos los platos más exquisitos, champagne y exquisitos vinos. Cenamos como reyes!. Después de un rato salió un poco de olor a humo y, con la guatita llena nos fuimos a la plaza delante del hotel para ver el incendio. Realmente, el último piso se estaba quemando como una antorcha. Después de un rato, algo ebrios, nos fuimos a nuestras habitaciones. Los bomberos habían inundado todas las cajas de escaleras y por supuesto los pasillos de todos los pisos. Dormimos como reyes.

Al día siguiente nos volvíamos a Santiago. Pedimos la cuenta y nos presentaron una cuenta con decenas de pisco sour, no sé cuántas botellas de champagne, whisky, comidas etc. etc.. Quizás durante esas dos horas que estuvimos solos en el hotel habíamos consumido todo eso, pero lo encontramos injusto porque igualmente todo eso se hubiera perdido. Pedimos hablar con el concesionario y le explicamos que la cuenta no era justa y no íbamos a pagar mas de nuestro pedido. El fulano se puso duro. Nuestro amigo Cucho pidió que le comunicaran con el jefe de los Hoteles Honsa que era amigo de él. El concesionario cambió de inmediato su actitud y nos dijo que no le debíamos nada. No, le dijimos, pásenos la cuenta de nuestro pedido y se lo vamos a pagar. Pagamos y nos fuimos, riéndonos, a Santiago.

UN HALLAZGO

En el Seminario de San José de la Mariquina estudiaban varios alumnos alemanes. Entre ellos Heinz Schmitt, un joven con mucho talento artístico y poco para ser sacerdote. Nos veíamos muy seguido en la casa del padre Enrique en la misión de Pelchuquin. El padre Enrique estimaba mucho a Heinz por su dote de pintor. Realmente era un artista innato, pero sin vocación sacerdotal alguna. Siendo seminarista se dedicaba a pintar cuerpos femeninos con modelos reales, algo extraño para un seminarista. Pero el padre Enrique lo quería mucho a pesar de sus estudios poco religiosos. Heinz, que significa Enrique en castellano, era un tipo muy especial. Después de estudiar tanto el desnudo se casó con su modelo. Gran escándalo!.

Un día, cruzando por la plaza del pueblo, le conté que había encontrado un crucifijo en la escuela parroquial que la monja tenía en una bodega. Era antiguo y le pedí a la monja que me lo

vendiera. Ella me dijo que no lo podía vender, pero que me lo regalaba, siempre que lo colocara en una parte decente porque era un cuerpo bendecido. Me dijo que a ella ya no le servía porque ahora los hacían de plástico que era mucho más práctico porque se podían lavar y la pintura no se salía. Acepté el regalo y lógicamente el crucifijo tuvo un lugar predilecto en mi casa, encima de mi cama. Heinz se rió, estas monjas no tienen idea de lo que tienen. Le pregunté si él no sabría de algún escondite de más antigüedades. Schmitt miró al campanario de la iglesia y dijo que a lo mejor dentro de la torre se podrían encontrar algunas cosas. Pedí al párroco Ansgario la llave del acceso al campanario. El estaba muy extrañado y me dijo que fuera no más porque iba a encontrar pura mugre. Subí piso por piso. Había muy poca luz que penetraba por las rendijas angostas. Solamente había santos de yeso quebrados, pedazos de madera y restos de decoraciones de muy mal gusto. El último piso estaba muy oscuro y no podía distinguir nada. Con la punta de mis zapatos fui raspando el piso. En un rincón toqué algo extraño que no era ni blando ni duro. Empecé a usar las manos y despejé el lugar. Encontré algo como una figura de unos cincuenta centímetros de altura. Llevé esa cosa extraña y amorfa a la pequeña ventana. Con la llave de mi auto empecé a descascarar el bloque. Era una escultura de madera!. El corazón me empezó a latir aceleradamente. Saqué mi pañuelo y con escupo fui limpiando la figura. Era un santo antiguo!. Volví al montón y seguí escarbando muy excitado. Donde hay uno deben haber dos. Encontré nueve figuras. Había desarmado todo el montón de esa masa extraña. Bajé con mi hallazgo, lo metí en una caja de cartón y fui a hablar con Ansgario. El estaba muy extrañado de esas figuras y gritó por el patio a la monja que estaba en la cocina: Madre, el arquitecto encontró en la torre algunos viejos santos. Ella respondió que debían ser los que sobrevivieron al incendio de la iglesia en los años veinte, pero son viejos y no tienen valor. Le dije a Ansgario que si tenían algún valor, yo le compraría las nueve figuras. Llévatelas no más. Yo insistí y el me dijo: Mira, tengo que pagar unas letras en los próximos días. Dame los cheques para cubrir los pagos. Yo tiritaba. Sabía que tenía en mis manos algo que tenía valor, pero no sabía cuánto. Le hice los cheques y me llevé los santos. Eran antiguos. Un día invité a los Kaufmann, de la Mercedes Benz, a almorzar en mi casa. Los santos los había puesto en una pared del comedor. Mis invitados llevaron a una amiga alemana, una señora Busemann. Durante el almuerzo me di cuenta de que esa señora miraba continuamente hacia la pared de los santos. Le pregunté porque miraba tanto a esa pared. Me dijo: Señor Michaeli, yo soy la directora cultural de la Televisión de Baviera y he visto una vez estas esculturas, pero no me puedo acordar adonde. Meses después la señora Busemann me mandó un folleto de la Blutenburg de Munich donde figuraban los mismos santos. Eran de la época entre el renacimiento y el barroco.

El montón donde estaban escondidos era la acumulación de los excrementos de cientos de murciélagos que habitaban en la torre.

COMO DIOS EN FRANCIA

En uno de nuestros viajes a Europa pasamos por los castillos del Loira. Antes de salir de París compramos hartos de queso y dos baguettes para el camino. La primera noche alojamos en un hotel sencillo. El siguiente día nos dirigimos hacia Tours. En el auto el olor a queso maduro era cada vez más intenso. Habíamos comprado demasiado y no podíamos comer todo. No queríamos botarlo porque al día siguiente estaría más exquisito. Llegamos de noche a la plaza de Tours. Era sábado y llovía a cántaros. Nos quedamos en el hotel que daba sobre la plaza. Nos cambiamos de ropa y como vimos que en el restaurante la gente andaba en ropa elegante, también

nos pusimos elegantes. Bajamos al bar y pedimos un “gin avec gin”. El barman nos miró muy extrañado y preguntó qué era. Le explicamos que era gin con Ginger Ale. Tampoco entendió. Le sugerimos que podría ser Canada Dry. Oui, oui, nos dijo, gin avec Canada Dry. Mientras nos servía el trago nos preguntó de dónde veníamos. De América, le respondimos. Extrañamente el francés dejó de ser amable y no siguió la conversación. Seguimos con Eliana conversando en castellano. El nos miraba y preguntó de nuevo. Ustedes hablan un idioma latino, de dónde son? De Chile, Sudamérica. Ah, de Chile, no son por lo tanto Yanquis!. De inmediato nos siguió conversando, porque los Norteamericanos eran odiados en Francia. Con otro trago la conversación se puso mas simpática, mientras afuera llovía torrencialmente.

Un tío de la Eliana nos había regalado 50 dólares para que los gastáramos en el momento mas propicio. Este era el momento. Pedimos la carta. Dios mío, tanto para elegir!. El barman nos contó que los sábados se reunían los tourenses en ese hotel a comer, siempre fuera de temporada del turismo. Nosotros parecíamos ser los únicos turistas, que bueno. Elegimos Frutas de Mar para mi y Bistec Tartar para Eliana, como plato de fondo Pato a la Orange, postre Peche flambée y una botella de champagne. El maitre nos llevó al comedor repleto de gente y nos sentó en una gran mesa redonda en el centro del local. Muy extraño, a Eliana la sentaron diagonalmente opuesta a mi asiento. La mesa estaba puesta con gran elegancia. Mientras Eliana se sentía incómoda, yo me sentía como un rey en Francia. Tanto lujo!. Llegó el maitre, un mozo y un ayudante con uniforme impecablemente blanco. El maitre me pasó la bandeja del tartar para que lo probara. No quería ser inculto en indicarle que el plato era para Eliana. Probé. Algo le faltaba, le faltaba.....no me acordaba de la palabra en francés y pedí un crayon et papier. El maitre al mozo: Un crayon et papier, el mozo al ayudante: Un crayon et papier. Todos ellos estaban muy extrañados de que yo pidiera un lápiz y una hoja de papel. Llegó el ayudante, se dirigió al mozo: Un crayon et papier, el mozo al maitre: Un crayon et papier, el maitre a mi: Monsieur, un crayon et papier. Me di cuenta de que nos hicieron con mucha simpatía un show. Yo gocé. Por Dios que oportunidad para gastar los 50 dólares!. Dibujé una cebolla y le pasé el dibujo al maitre. Mais monsieur, des onion?. Oui monsieur, des onion. Le expliqué que a nosotros nos gustaba el tartar con cebollas. Nuevamente el show: Des onions, des onions, des.....repetieron el mismo teatro. Por supuesto, todo el salón gozaba con esa comedia. Por lo que habíamos pedido y la forma en la que nos sirvieron, todos creyeron que éramos multimillonarios.

La comida era exquisita, tal como se come en los buenos restaurantes de Francia. Con Eliana chacoteamos y nos tomamos el concho del champagne. Afuera seguía el temporal, mucho viento y mucha lluvia. Los tres, que estuvieron durante toda la comida parados en nuestra mesa, nos pusieron el servicio para el postre y se fueron a la cocina. Poco rato después se apagó la luz. Puchas, igualito como en Santiago, llueve un poco y nos quedamos sin luz! Se abrió la puerta de la cocina y el ayudante, vestido como paje, golpeó con un bastón sobre el piso. Madames, monsieurs, PECHE FLAMBEE. En una enorme fuente, llena de llamas, trajeron nuestro postre. Aplauso del público!. Me levanté e hice una gran venia hacia esta gente que nos acompañó en nuestra cena, la mas elegante de mi vida.

EXPO MUNDIAL DE MONTREAL

Con mi socio Raimundo Infante habíamos formado algunas empresas constructoras de mediano tamaño, fuera de nuestra oficina de arquitectura. Eran los tiempos del presidente

Eduardo Frei Montalva. Raimundo tenía muchos contactos y amigos en el gobierno lo que nos facilitó ser llamados a concursos y propuestas. Fuera de estas gangas teníamos nuestros amigos que construían sus casas. Ganamos algunas propuestas de bastante envergadura, especialmente obras de la CORFO. En ese tiempo me fui acercando al partido Demócrata Cristiano porque me gustó Frei como gobernaba al país. Traté de hacerme socio del partido porque observé con terror el avance de la izquierda chilena y no me gustaba vivir otra vez en un país socialista, como el de los Nacional Socialistas alemanes.

En el año 1968 decidimos con mi socio viajar a la Expo de Canadá. Viajamos vía Canadian Pacific porque el representante en Chile era un pariente de Raimundo, de apellido Hudson, con el cual conseguimos una buena rebaja de los pasajes aéreos.

La Expo era magnífica y gozamos de toda esa arquitectura novedosa que para nosotros, que llegábamos del fin del mundo, era muy impactante. Después de visitar a la hermosa y afrancesada ciudad de Québec dejamos Canadá y volamos a Nueva York. La estadía en esa ciudad única y gigantesca era algo impactante. Me acordé de la beca de estudiar en los Estados Unidos, que había ganado en la Universidad en Alemania y que regalé a mi amiga Angela. Se cumplió lo que le había dicho de que algún día estaría en U.S.A..

Recorrimos casi todos los museos importantes, exposiciones y edificios. En las noches nos íbamos a las grandes avenidas y dibujábamos, porque a Raimundo y a mi nos fascinaba la pintura. Raimundo ya era pintor y yo solamente un aficionado. Una noche cuando íbamos a salir el ascensorista negro nos dijo que no lo hiciéramos porque en la noche la ciudad era muy peligrosa, especialmente para los turistas. No le hicimos caso y nos sumergimos en la masa de predicadores, mendigos, prepotentes, prostitutas y ladrones. A poco andar pasaron cuatro tipos fornidos, semidesnudos y le pegaron un codazo a Raimundo. Raimundo era atleta y de mucha agilidad y estaba a punto de devolverle al negro otro codazo. Le grité a mi amigo que empezáramos a correr y que no se metiera en una pelea porque estos tipos nos podrían hacer pedazos. Así lo hicimos y nos hundimos nuevamente en la masa. Después de un rato llegamos a una parte comercial mas tranquila, con todas las tiendas abiertas. Eran como las diez de la noche. Pasamos por un negocio donde vendían máquinas fotográficas, filmadoras y todos los artículos que tenían que ver con ese rubro. Quedamos impresionados de tanto material en la enorme vitrina, estábamos como niños delante de un árbol de pascua. Entramos. Yo pedí una cámara Kodak de cinco dólares para llevársela a mi hijo Andrés de regalo. En la vitrina había visto una filmadora de un diseño muy elegante. Le pregunté al negro que nos atendía cuánto costaba la máquina. Mil dólares!. Andaba sólo con 400 dólares en mi bolsillo. Saqué 10 dólares y se los pasé al cajero que era un árabe o judío. Mientras me daba el vuelto me preguntó de dónde veníamos. De Chile. Inmediatamente me empezó a hablar en castellano. Me preguntó si no me gustaría comprar una filmadora. No sé cómo adivinó que yo tenía la intención de comprar una máquina. Sacó la preciosa filmadora de mil dólares de la vitrina y me dijo que la dejaría a la mitad de precio. No, le dije, no tengo tanto dinero, gracias. Oiga señor, usted no es chileno porque no habla un español perfecto. Le dije que era alemán. Entonces, me dijo, hablaremos alemán. Raimundo me dijo que no quería escuchar mas esa lata y se iba al hotel!. Le pedí que se esperara un momento mas, pero se fue y me dejó solo con estos dos personajes. Quería ver otra máquina, pero el vendedor insistió y le expliqué que los precios estaban fuera de mi alcance y le dije que me tenía que ir, porque no me gustaba volver solo al hotel y ya eran las once de la noche. Estaba algo asustado porque ya se habían apagado las luces de las tiendas y el negro había bajado

la reja de la calle. Dios mío, pensé, aquí me van a hacer pebre. Le pedí al blanco que me dejara ir porque no podía pagar la máquina. Me siguió hablando de su fuga desde la Alemania nazi, de su familia y de tantas cosas. Pobre Sepp, aquí estás metido en un gran forro. Le hago la última oferta: 200 dólares, un regalo. Señor, le respondí, no tengo mas de 100 dólares conmigo. Me gustaba la máquina y él lo sabía. Doscientos dólares. No, le dije, 100, porque no tengo mas. Como siempre, llevaba el dinero en los bolsillos de los pantalones. Traté con una mano de separar un billete de 100, hasta que lo logré. Saqué el billete y le dije que me dejara ir o me entregara la máquina. Nuevamente el forcejeo. Yo estaba muy asustado. Puse el billete sobre el mesón. Ahora, pensé, se van a quedar con el billete y me van a echar a la calle sin filmadora y sin la pequeña Kodak. El negro tomó las máquinas, las puso en un bolso y me lo entregó. El judío me dijo: Se lleva una hermosa máquina, ha sido un gusto para mí de haber conversado con una persona tan interesante. Nos dimos la mano, el negro levantó la cortina y me fui corriendo hacia el hotel. Eran las once y media de la noche. Hasta hoy día no entiendo como bajaron una mercadería de 1.000 a 100 dólares. Quizás algún comerciante tenga la respuesta.

DE LA EXPO A MÉXICO

De Nueva York volamos a México. Raimundo tenía varios amigos en Ciudad de México, entre ellos al entonces cantante top y famoso chileno Lucho Gatica. Alojamos en la casa de otro amigo del Huaso Infante, que algo tenía que ver con Doris Kleiner, una chilena que estaba casada con el actor norteamericano Jules Brynner. No recuerdo la relación exacta de ese amigo con Doris, pero la cama ancha en la cual dormí era el lecho matrimonial de los Brynner. Las camas son mudas y no tienen memoria.

Lucho Gatica y su simpática y buenamoza señora Mapita Cortés nos invitaron casi todos los días. Una noche fuimos a comer al mejor restaurante de la ciudad. Comimos comida mexicana que no me gustó mucho, como tampoco los precios que cobraron, pero Lucho pagó la cuenta. Otra noche estuvimos invitados a la mansión de un ex embajador de México en Chile. La casa se encontraba en el lujoso barrio del Pedregal. Las decoraciones de los interiores eran de un lujo asiático. Todo era de una exagerada elegancia. A mí me tocó el asiento al lado de la hija del embajador que era muy hermosa pero era coja. Me daba pena, tanta belleza y ese defecto!. Me acuerdo que la entrada eran lenguas de erizos traídas directamente de Chile por avión. Esa gente, igual que Lucho Gatica, vivían en un mundo de fantasía.

El domingo siguiente estábamos invitados a una finca de un terrateniente de Toluca, íntimo amigo de Lucho y también fanático del fútbol. Cuando entramos al estadio todo el mundo se levantó y gritó: Viva Lucho Gatica!. Nadie tomó asiento hasta que nosotros nos sentamos. Con Raimundo nos sentíamos “de lo mas high”. Después del partido nuestro anfitrión nos invitó a almorzar a su rancho que tenía una pista de carrera de caballos, canchas de tenis y una cancha de fútbol. Eramos unas treinta personas. De aperitivo habían tragos de todas partes del mundo. Nos sentamos en la enorme mesa de comedor. Detrás de cada dos personas había una sirvienta!. Otra vez un lujo exagerado. Me llamó la atención de que no se servía vino con la comida sino solamente mineral o Coca Cola. Quizás el patrón era un Nuevo Rico con muchísimo dinero pero poca cultura.

Al siguiente día nos fuimos al aeropuerto para tomar el avión a Santiago. En el mesón de la Canadian Pacific nos indicaron que el avión no llegaría y que al día siguiente tendríamos que viajar en Avianca. Reclamamos y Raimundo pidió hablar con su pariente en Santiago. Resultado: Nos entregaron 100 dólares a cada uno para nuestros gastos. Raimundo llamó a otro amigo y le pidió si nos podría alojar en su casa. El amigo se alegró mucho de oír al Huaso y aceptó gustosamente nuestra petición. Llegamos a la casa y ahí volvimos a la tierra, porque este amigo vivía normalmente en una casa simple. La empleada era muy simpática, nos sirvió una cerveza y pidió que esperáramos al patrón hasta que volviera de su trabajo. Cuando la niña nos sirvió la cerveza vimos que el refrigerador estaba casi vacío. Nos fuimos a una tienda de exquisiteces y compramos un montón de delicatessen, whisky y vinos. De vuelta a la casa me senté en mi cama, saqué mi pluma fuente para escribir algo y plaf, me saltó un chorro de tinta sobre el colorido cubrecama. Qué desastre!. Me encerré en el baño y estuve un largo rato tratando de sacar la mancha, lo que me resultó con bastante éxito. Cuando llegó Iván, ese era el nombre del amigo, le conté lo que me había pasado. Hombre, me dijo, no te preocupes, ese cubrecama se ensucia bastante seguido. Gran sonrisa y asunto olvidado. Y empezó la fiesta!. Tomamos hartos whisky, comimos salmón ahumado noruego y muchas otras delicias. La gorda empleada estaba preparando una exquisita comida y ya medio tomados nos sentamos a la mesa a comer y tomar vino francés. Dormimos regio.

Al día siguiente tomamos el avión de Avianca. Cuando aterrizamos en Lima sentimos un ruido algo extraño, pero aparentemente a nadie de la tripulación le llamó la atención o no querían saberlo. Seguimos vuelo a Santiago. Ya cerca de la hora de aterrizar el capitán explicó por los altoparlantes que lo sentía mucho pero el avión tenía un pequeño desperfecto y tenía que seguir volando para botar la gasolina y así tener un mejor aterrizaje. Sobrevolamos Concepción, Santiago, La Serena, Santiago...el viaje parecía eterno!. Hablé en alemán con una azafata y ella me explicó que el avión tenía una falla en los frenos y tendríamos que aterrizar arrastrando la cola del avión para frenarlo!. Dios mío!. Cada vez que sobrevolábamos la iluminada Santiago pensaba en mi señora y mi suegro que me estaban esperando en el aeropuerto, en mis hijos, y empecé a rezar. En la cabina había un silencio sepulcral. De repente alguien, en voz alta, empezó a rezar el rosario. María, ayúdanos!. Bajo mi abrigo traía de contrabando mi hermosa filmadora. Llegó el momento tan esperado y tan temido: Señores pasajeros, pónganse cojines por todas partes de sus cuerpos, manténganse bien amarrados con los cinturones, si pueden suban sus piernas sobre los asientos para evitar quebraduras o cortes. Nos esperaba el infierno!. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte, todos rezábamos en voz alta.

El capitán debe haber sido un gran piloto porque puso a la máquina perfectamente sobre la loza, solamente al final sentimos el crujido de las latas de la cola del avión. Afuera nos recibieron los carros bombas, ambulancias y montones de vehículos. Nos habíamos salvado, gracias madre celestial, otra vez me escuchaste. Bendita seas por los siglos. Salimos del avión y en la sala de espera nos recibieron como héroes, no había control de aduana, salvé también mi linda máquina!. Eliana y mi suegro habían sufrido durante dos horas mientras botábamos la gasolina, una espera tan angustiada como la nuestra dentro de la máquina. Gracias, reina del cielo, gracias amigo Jesús.

UNA COMIDA INSOLITA

Siempre he tenido trabajo como constructor, a veces de gran volumen, otras solamente de pequeñas ampliaciones. Mi lema era siempre atender a todos los clientes. Los chicos traen a los grandes y mientras se mueve el dinero algún honorario quedará. Era lógico que las entradas de dinero eran proporcionales al volumen de trabajo. Traté siempre de no pedir dinero a los bancos, ni firmar letras de cambio. Trabajar sobre esa base siempre es muy saludable y uno se ahorra muchas noches de insomnio. Pero, a veces, los clientes no pagan, sea porque no tienen dinero o simplemente dejan sus inversiones por algunos días más en el banco, lógicamente durante los días viernes, sábado y domingo. Los días viernes eran días de pago de los obreros. Se pagó siempre antes de las seis de la tarde, antes del cierre de las faenas. Jamás quedó alguien sin su pago semanal, cosa muy difícil de lograr cuando uno es un pequeño empresario. Para los días de escasez de dinero tenía mis dos socios infalibles, mi Dios y mi suegro. Ambos me ayudaron toda mi vida. El suegro me daba un cheque los jueves en la noche para poder pagar el viernes y, el lunes, cuando me pagaban el o los clientes, se lo devolvía.

Uno de esos jueves sin tener el suficiente dinero para pagar a los maestros llamé a don Lucho para pedirle su ayuda. Como a las ocho de la tarde fui a su casa, estacioné mi Beaumont blanco en la entrada de la casa de la calle Lota y toqué el timbre. Una de las sirvientas me abrió la puerta y me dijo que el doctor estaba con visitas. Entré a la casa y sentí voces de niños – extraño – a esa hora niños en la casa, algo insólito. La casa era muy grande. El doctor me recibió en el escritorio. Le pedí lo que le había señalado por teléfono. Hizo el cheque y me invitó a comer. Gustosamente acepté porque siempre me gustaba acompañarlo a él y a mi suegra. Conversamos un rato, nos tomamos un whisky, trago que a él tanto le gustaba. Siguieron los gritos de los niños que, aparentemente, estaban jugando en el segundo piso. Descarté que eran sus nietos. El no me dijo nada y no pregunté. Entonces, te quedas a comer, vamos al comedor. Con gran sorpresa para mí me encontré con la señora del general Viaux (quién en ese momento estaba prófugo), Adelia, la que se encontraba encinta y con dos o tres niños, no me acuerdo, y el coronel Raúl Igualt, padre de Adelia. Me explicaron que Adelia había sido tan presionada por la gente, la policía secreta, etc., que pidió asilo en la casa de mi suegro. Mi conuñado, Mario, era sobrino de Raúl, por eso yo los conocía mucho. La comida era excelente. Para el plato de fondo la suegra pidió que trajeran champagne. Una vez servido y la sirvienta en la cocina, don Raúl levantó la copa, se dirigió hacia su hija, y dijo muy ceremonialmente “a la salud de la futura Primera Dama de la Nación”. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Qué significa esto?. ¡Oh, Dios!, ¿en qué estoy metido?. ¿Qué están tramando en la casa de mi suegro, el cual no era político?. Toda la conversación que siguió a ese brindis fue extraña. Yo no entendía nada. Aparentemente ¿los militares estaban preparando un golpe de estado?. Cerca de las doce me levanté para irme. Don Raúl me pidió que lo llevara en mi auto. El vivía hacia el centro y yo tenía que ir hacia Las Condes. ¿A dónde lo llevo?, le pregunté en el auto. Vaya para arriba y cruce el canal San Carlos. Nos fuimos. En el puente del canal don Raúl se bajó con su maletín. Extraño, a esa hora, ahí. No entiendo nada. A lo mejor tendría una cita amorosa.

Lo dejé y me fui a mi casa. No comenté nada de lo ocurrido, solamente a mi señora de que estaba la Adelia en la casa de sus padres. Mi señora lo sabía y me explicó que la mujer de Viaux estaba en secreto en la casa del papá para que no la pudieran ubicar, ya que no había nexo alguno entre él y el general.

En las noticias de la tele del día siguiente hablaron de una bomba que estalló en un puente del Canal San Carlos, a eso de las 12 de la noche. La noticia era para mí entonces una de las tantas y nada me llamó la atención.

Semanas después mientras dormía siesta después del almuerzo, desperté de un golpe. En la puerta de mi dormitorio estaban dos tipos de civil apuntándome con sus metralletas. “Levántese y vístase. Tiene que ir con nosotros”. La casa estaba llena de Policías de Investigaciones metiéndose en todas las piezas. Yo estaba muy calmado porque para mí esto era una imperdonable equivocación. Me van a llevar preso, ¿porqué?, pregunté. Vístase y vamos. ¿Llevo algo como una manta?, no, nada, me dijeron.

Me llevaron ante un pelado que estaba en la entrada de la casa al cual le pedí una orden y alguna identificación. Me mostró su cédula de TIRA, el era el jefe. En la calle esperaban dos autos y todo el vecindario. Me llevaron a uno y me metieron en el asiento trasero. A cada lado un tipo, apuntándome con sus metralletas. Bajen esas tonterías, les dije. Yo soy inocente y no me pueden asustar porque en la guerra he vivido cosas peores, así que cálmense, todo esto es un gran error, yo no tengo nada que ocultar.

El jefe me preguntó: ¿Qué hizo usted el día xx?. No sabía lo que significaba el día xx, porque era una fecha de semanas atrás. ¿Cómo no lo sabe?, insistió el hombre antipático. Yo le respondí: A ver, porque no me dice qué almorzó Ud. el lunes, le pregunté al pelado. “No sea insolente”, me contestó indignado.

Bien, le dije, usted me pregunta cosas que no puedo contestar porque no me acuerdo, pero ¿porqué no me da alguna pista? Había en ese tiempo un programa de T.V. donde los concursantes, cuando no podían contestar las preguntas para el premio, pedían que se les diera alguna pista. Era un día jueves, en la noche, usted tenía estacionado su auto blanco en la entrada de la casa de Lota 2359, me contestó con molestia.

Oh, Dios mío, la bomba, la Adelia, Raúl Igualt, el champagne. Me quedé muy sereno. Tranquilamente le conté que había ido a pedir plata a mi suegro para pagar a mis obreros. ¿Y quién estaba ahí?. Bueno, estaba la señora Adelia Viaux con sus niños. ¿Quién más?. No sé, no me acuerdo, lo único que a mi me interesaba era el cheque. Comimos sin los niños y después me fui a mi casa.

¿Llamaron por teléfono?, no sé, la casa es tan grande y, además, no soy intruso. ¿Cuántas veces llamaron?, no sé, el teléfono no está en el comedor.

En los dos autos llegamos a la casa de mis suegros. Temía que me enfrentaran con ellos porque ahí podría salir algo desagradable. Hasta ahí me hice bien el leso, y el pelado jefe se tragó el cuento sin comentarios.

Vamos a entrar, dijo. Le pedí al pelado que actuara con prudencia, porque mi suegro era muy viejo. Además, le dije, es general honorífico de Carabineros. Usted quédese callado y me mandó que me fuera a mi casa. No, yo no me voy, usted me sacó de mi casa y usted me devolverá a ella, porque le había advertido que soy inocente. Usted me tiene que llevar de vuelta, si no hago una denuncia. Además, ando sin un peso.

El ogro apretó los dientes y mandó al chofer: llévelo a su casa. ¡Le gané la batalla!.

Dos semanas después entraron en mi casa y robaron justo lo que había en un pequeño estar que estaba en un extremo de la casa, lejos de mi dormitorio. Se llevaron todas mis películas, mi filmadora, mi máquina fotográfica y el televisor, ¿coincidencia?.

El General Víaux fue castigado mas tarde con extrañamiento por unos años en el extranjero.

PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA

A principios del año 1973 me llamó mi colega Gonzalo Mardones Restat para pedir mi colaboración en la formación de un equipo que se dedicaría a la restauración de una casona que el Colegio de Arquitectos, con mucho sacrificio, adquirió en la Av. Bernardo O'Higgins. Le comuniqué que gustosamente colaboraría porque el deseo de tener una sede propia estaba en las mentes de todos los que trabajábamos para nuestra institución. Por fin podríamos tener salas de conferencias, salas de exposiciones, oficinas amplias, total, un lugar soñado desde la fundación del Colegio. Había un gran problema: No teníamos el dinero suficiente para restaurar y alhajar el total del edificio. Pero nos lanzamos, pensando que en el camino se arreglaría la carga. A pesar de los pobres días de la Unidad Popular, yo tenía trabajo como arquitecto y constructor. Me acuerdo de las tantas llamadas del entonces secretario del Colegio, los jueves en la tarde: Sepito, perdóname, pero no tenemos fondos para pagar los sueldos de los maestros. Yo era el banco de sobregiros del Colegio, pero lo hacía con mucho gusto. En esos años yo era el presidente del comité de la vivienda del Colegio y paralelamente de la Cámara Chilena de la Construcción. Había adquirido mucha experiencia en viviendas económicas.

Un día Gonzalo me pidió si podría participar en la redacción de un libro sobre arquitectura, construcción, urbanización y todo lo que constantemente tenemos metido en nuestras cabezas y que nunca sacamos para afuera. Nos juntamos en la oficina con Gonzalo, Angel Hernández, Carlos Neira e Ignacio Santa María. A cada uno se le asignó un tema a desarrollar. Fijamos reuniones semanales para revisar nuestras ideas y el avance de los trabajos. Entretanto se produjo el golpe militar y el toque de queda nos inhibió juntarnos. Seguimos trabajando en nuestros temas, esperando poder juntarnos algún día cuando la situación política se hubiera normalizado. Una vez restituidos los derechos civiles nos seguimos juntando y terminamos la redacción del libro: "Plan Nacional de Desarrollo Urbano y de la Vivienda".

Como pensábamos que lo que habíamos escrito sería de importancia para el desarrollo del país, presentamos nuestro libro a la Junta. El general Gustavo Leigh nos recibió y el libro fue publicado con mucho bombo en las revistas, diarios, televisión, etc.. Nuestro equipo y su trabajo fue de gran noticia por algo que jamás pensamos que pudiera tener importancia. Habíamos proporcionado la creación de una ciudad nueva para descongestionar la gran afluencia de la gente hacia Santiago. Pensábamos proyectar una ciudad industrial entre Santiago y Valparaíso, con rápidas vías de comunicación, aire limpio, viviendas adecuadas y sobre todo, nuevas fuentes de trabajo.

El Colegio de Arquitectos nos honró con el Premio Nacional de Arquitectura y Urbanismo. Nuestro libro hizo eco hasta en el extranjero. Un día, el entonces presidente de la orden, don Héctor Valdés Phillips, nos invitó a cenar en su casa con un representante de la O.N.U.. El personaje había estudiado nuestras proposiciones y nos comunicó que su institución estaba interesada en la realización de la nueva ciudad. Nos comunicó que habían fondos para cancelar los honorarios de los arquitectos participantes en ese proyecto. Una oferta fantástica!.

Fue pasando el tiempo y nadie se movió. Que lástima!. A mi no se me había borrado la idea de realizar los trabajos de planificación y como durante un año nadie del grupo se había movido, llamé a fines del año a Gonzalo y le propuse de que ambos podríamos hacer el trabajo, ya que ninguno de los otros había propuesto algo. Claro, se necesitaba alguna inversión fuerte para cancelar los honorarios de algunos expertos, pero entre ambas oficinas podríamos costearla.

Quedamos que desde el primero de enero del año entrante íbamos a iniciar el proyecto en una de nuestras oficinas.

Unos días antes de Navidad, Gonzalo tuvo un accidente automovilístico en el camino a Valparaíso. El y los hijos que lo acompañaban se murieron. Con ese trágico accidente también murió el gran proyecto de la Ciudad Nueva.

Los caminos del Señor son insondables.

EL DESASTRE DE SAN ANTONIO

Los portuarios de San Antonio encargaron a nuestra oficina, Michaeli e Infante, el proyecto y la construcción de un gimnasio cubierto. Diseñamos un “techo colgante” para la cubierta que, según nuestros cálculos resultaba muy económico. El concepto de la “cadenaria”, que se aplicó en el diseño de los techos colgantes era, en esos tiempos, la gran moda en Europa, un invento del ingeniero alemán Frei Otto.

El espesor de la cubierta era de sólo 4 cm. sostenida por zunchos de acero que colgaban de un extremo de la estructura metálica al otro y sobre éstos se atornillaban tablas de madera que a su vez eran cubiertas por varias capas de asfalto. Estábamos felices de haber construido por primera vez este sistema en Chile y realmente a muy bajo costo.

La inauguración de la cancha cubierta se fijó para el 21 de mayo. Yo tenía que ir a ver las obras en la Araucanía y le di instrucciones al cuidador de la obra para que tuviera todo preparado para ese día. Le indiqué que, en caso que lloviera, no se asustara por el ruido de la cascada de agua que iba a caer del techo a través de una gran gárgola. En la noche del 20 al 21 de mayo, como a las cuatro de la mañana empezó a llover torrencialmente. El cuidador despertó y esperaba la caída de las aguas por la gárgola....Nada. Se acostó de nuevo. Extraño, no caía ninguna gota del techo....cosa de ese gringo loco y se quedó dormido. Al rato después despertó con un tremendo ruido como de un terremoto. Se levantó espantado. Se había caído toda la estructura de acero, techo colgante incluido.

Los calculistas Cofré y de la Cerda, que habían calculado el conjunto nos habían asegurado de que eran capaces de diseñar esa estructura novedosa. Pero se equivocaron!. No

tomaron en cuenta que los líquidos no se vacían por una estructura curva y flexible, sino por un punto centrado en un triángulo!. Este triángulo bajaba bastante mas abajo que la estructura de acero que estaba debajo de la cubierta. Como no podían salir las aguas, éstas se acumularon y formaron una laguna a 6 metros sobre el nivel del terreno. Cuando la estructura ya no aguantó a la tremenda masa de agua se produjo el colapso.

Los portuarios nos demandaron y fuimos citados un viernes en la mañana al juzgado de San Antonio. Nos acompañó nuestro amigo, el abogado Raúl Rencoret, primo de Raimundo. Durante los alegatos explicamos al juez de que la culpa del desastre la tenían los calculistas y no nosotros. Pero no hubo caso, el juez nos mandó a la cárcel. El abogado ya no podía hacer nada porque el viernes en la tarde los tribunales estaban cerrados. Raúl se fue a Santiago y avisó a nuestras señoras de que teníamos que permanecer por trabajo en San Antonio. Claro que ni Eliana ni Marta creyeron en ese cuento.

Mientras tanto nosotros entramos al recinto penitenciario. Qué espanto!. Los guardias nos hicieron entregar los cinturones, las corbatas, los porta documentos y las billeteras. Después pasamos por delante de una reja y desde adentro nos gritaban los groseros e hilachentos presos: “Vengan momios de m....., Aquí los vamos a afilar”. “Ay, mijito lindo, te estamos esperando”. Como siempre yo estaba tranquilo, como todas las veces que tuve que enfrentar situaciones difíciles. Tenía fe y sabía que mi amigo Jesús nos salvaría. Estábamos ante una situación caótica. Qué harán estas bestias con nosotros!. Ya cerca de la entrada al infierno, el sargento que nos llevaba preguntó a Raimundo: Usted se llama Raimundo Infante, es usted pariente del jugador de la Católica y del equipo nacional?. Si, mi cabo, yo soy Raimundo Infante. Oh, don Raimundo, permíname, no los voy a dejar con estas bestias, ustedes se alojarán en la enfermería, vengan conmigo. Entramos a la oscura sala de los enfermos. Todos estaban callados escuchando un discurso del presidente Salvador Allende. Eso nos faltaba!. Nos sentamos sobre las añejas camas de fierro con un colchón asqueroso y dos sábanas hilachentas. Raimundo estaba deshecho. Le dije que deberíamos estar contentos porque nos habíamos salvado de asquerosas vejaciones. Cuando el “compañero” terminó su rabioso discurso contra la derecha vino el sargento y nos convidó al casino a comer con los guardianes. Durante la comida nos contaron historias de lo que sucede dentro de la cárcel, espantosas, crueles y denigrantes. Adentro estaba el infierno. Después de la sencilla comida nos llevaron nuevamente a la enfermería. Nos acostamos vestidos, hasta con los zapatos. Raimundo me dijo que tenía miedo de que nos violaran. Le dije que se tranquilizara porque ya sabían quién era él y nadie se atrevería a tocarnos. En esas condiciones pasamos viernes, sábado y domingo en esa pocilga.

El lunes temprano llegó nuestro abogado y nos consiguió la libertad bajo fianza. Nos devolvieron nuestras pertenencias. Mi billetera estaba vacía. No quise reclamar, lo único que deseaba era alejarme lo mas pronto posible de ese asqueroso edificio. Supimos que el juez no era juez, sino el secretario!. En los tiempos de la Unidad Popular todas estas anomalías eran pan de cada día, el estado de derecho se había acabado.

Volvimos a Santiago y supimos que no se podía hallar a Luis de la Cerda, quién había firmado los planos de cálculo y que no tenía título de ingeniero. Se había esfumado. Tampoco podían dar con el chino Wong, el que hizo la estructura de fierro. Como Investigaciones no podía dar con los irresponsables, todo el castigo cayó sobre nosotros. Con los portuarios llegamos a un advenimiento: Ellos se quedaban con todos los bienes de la constructora que les construyó el

gimnasio. Era justamente la empresa que menos capital tenía. Los portuarios reclamaron, pero nuestro abogado les indicó que habíamos llegado a firmar el finiquito, si ellos no se habían fijado en los bienes de la constructora, ya no era problema nuestro.

A pesar de todo lo que pasó, di gracias al Señor por habernos salvado de una catástrofe, porque en el momento del derrumbe el estadio estaba vacío.

UN CASO INSÓLITO PERO COMUN EN LOS TIEMPOS DE LA UNIDAD POPULAR

Durante el gobierno de don Salvador Allende la embajada de Perú compró una propiedad en Vitacura perteneciente a don Agustín Edwards. Era un terreno de cinco mil metros cuadrados con una gran casa, un hermoso jardín con piscina, sauna y un invernadero de cristal. La casa fue proyectada por mi amigo Gonzalo Mardones. Todo ese grandioso conjunto fue comprado en cincuenta mil dólares, increíble, pero así de deprimidos y ridículos eran los precios de las propiedades.

El arquitecto Cristián de Groot nos encargó la remodelación de la mansión, la cual debía adecuarse a las exigencias de una embajada. En plena faena se nos acabó el cemento blanco para la colocación de las cerámicas. En todo Santiago no pudimos encontrarlo. Le comuniqué al embajador García nuestro problema. El pidió por avión dos sacos a Buenos Aires. Faltaban muchos materiales como clavos, alambres, quincallería, etc.. Como teníamos obras en el sur de Chile traje todo lo que faltaba desde ahí, pagando sobreprecios, lo que era lógico, en un país donde la inflación llegó al 1.000 % anual. Con todos estos problemas la construcción avanzaba lentamente, no por culpa nuestra sino simplemente por fuerza mayor.

Un día el embajador me citó a una reunión con el arquitecto y un ministro peruano a la obra. El ministro me manifestó que estaba muy disgustado por el lento avance de las remodelaciones. Le expliqué largamente de que ya no habían materiales para construir y por suerte podía traer algunos materiales del sur para poder suplir los que no encontraba en Santiago. El estaba muy enfadado y no quedó conforme con mis explicaciones. Le dije que el país estaba en el suelo, apenas había comida, no había bencina y que tomara en cuenta que ellos compraron una mansión en sólo cincuenta mil dólares. Señor ministro, por favor recapacite, porque en qué parte del mundo se compra una mansión a un precio tan absurdo. Es mas, yo apporto todos mis honorarios si podemos encontrar un kilo de clavos en una ferretería cercana. Señor Michaeli, esto es ridículo. Si, le dije, para ustedes pero no para nosotros, el país ha tocado fondo, estos comunistas y socialistas lo han arruinado. Parece que lo del kilo de clavos lo impactó, revisamos la obra y el se despidió muy amablemente de mi: Haga todo lo posible para terminar pronto nuestra nueva sede. Lo haré, le respondí.

La señora del embajador viajó a Lima para comprar los muebles adecuados para la nueva distribución de los recintos. A su regreso pasó por la obra y me entregó un regalito que me había traído del Perú, envuelto en un hermoso papel. Cuando lo abrí en mi casa encontré un tubo de pasta de dientes, si, un tubo de pasta de dientes, un regalo para su constructor!. Estaba indignado!. Esta señora cree que por ser pobres se nos había acabado la dignidad. Tenía ganas de

devolvérselo, pero Eliana me insinuó que no lo hiciera. Nunca le di las gracias, ella era mi cliente y yo tenía que quedarme callado.

Así habíamos quedado en el desgobierno de esa horda de ignorantes. Todos los valores se habían trastocado con las “Tomas” de las fábricas, de las casas y de los fundos. Mucha gente había dejado el país, el futuro de Chile era incierto y oscuro. ¿Quién nos podría salvar?.

ULTIMOS DIAS DE LA UNIDAD POPULAR

Mercedes, mi secretaria, me pasó una llamada telefónica de un señor Onofre Jarpa. Cuando levanté el fono y escuché una voz ronca supe que estaba hablando con el presidente del Partido Nacional. Me invitaba a una reunión del consejo del partido en su sede en la calle Compañía, frente a las antiguas oficinas de El Mercurio. La casa se conocía como el Club Fernández Concha y estaba pintada de un fuerte color rojo. Era una casa antigua de adobe, de dos pisos con un patio interior.

En una sala, toda revestida con ebanistería muy fina, me recibió la cúpula del partido. El señor Jarpa, después de presentarme como arquitecto y constructor, me indicó que ellos necesitaban de mis servicios profesionales. A mí me extrañó que me llamaran a mí, cuando dentro de su partido habían arquitectos y constructores superiores a mí. Mas tarde supe que había sido recomendado por tener experiencias como combatiente en la última guerra mundial.

Les dije que con gusto aceptaba el trabajo, pero les advertí que no era miembro de su partido. El me respondió que a esa altura eso no importaba porque lo fundamental era trabajar en la misma dirección para sacar a los destructores del país, los socialistas y los comunistas. Asignó al señor Carlos Raymond para que me explicara los trabajos que pensaban realizar. Con don Carlos y otro señor, que andaba con una pistola escondida bajo su chaqueta, nos reunimos en una oficina aparte para conversar sobre el proyecto.

La idea de ellos era adecuar el edificio contra un posible ataque de los allendistas. Recorrimos todas las dependencias con sus valiosos pisos, los finos revestimientos de los muros y cielos, claro, todo en un estado en que se notaban los años de poco cuidado. Concluido el recorrido les comuniqué de que con las armas de entonces se volaba la casona con dos cohetes. Saquen las cosas de valor y si ustedes insisten, igualmente haré el trabajo de instalar dobles paredes donde se podrían esconder armas para la defensa, pero, insisto, ustedes gastarán dinero inútilmente. Al día siguiente me entregaron la mitad de mi presupuesto que había hecho a toda carrera. Los billetes que me entregaron estaban recién impresos y aún con olor a tinta. Extraño, nadie jamás iba a poder explicarme cómo consiguieron esos escudos frescos.

Trabajamos a toda prisa con gente seleccionada de entre mis obreros de mas confianza. Era de risa que yo tuviera ese trabajo cuando en Santiago ya nadie quería construir porque estaba rodeado de poblaciones exaltadas esperando el momento para dejarse caer sobre la ciudad y adueñarse de las viviendas, locales, fábricas, automóviles, etc.. Gran parte de las industrias ya estaban en manos de los upelientos, manejadas por gente que a penas sabían leer y escribir. Las tomas de los predios agrícolas eran pan de cada día. Eran días caóticos. No había comida, el mercado negro florecía, las colas para adquirir los pocos alimentos que entregaba el gobierno

eran cuerdas de largo. No había ley y no había derecho a nada, tal como explicó el Senado. El mismo Allende dijo que ya no quedaban dólares. Habíamos llegado al fin. Una guerra civil estaba ad portas. En el Barrio Alto no nos íbamos a entregar fácilmente a estas rabiosas hordas de izquierdistas. Nos habíamos organizado en pequeños comandos y manteníamos guardias nocturnas para estar en pie si nos atacaban. Una noche hubo un encuentro en Av. Las Condes con Estoril. Por un lado una masa de izquierdistas y por el otro lado nosotros, ambos bandos armados. Entremedio había un piquete de Carabineros que nos mantuvo a raya durante toda una noche. En la madrugada todo se deshizo porque nosotros no íbamos a atacar y los otros sabían que la batalla sería feroz y quizás con muy malos resultados para ellos. Nosotros teníamos armas, pistolas, escopetas, bombas Molotov y hasta metralletas. Como mucha gente ya había abandonado el país, recayó sobre nosotros la responsabilidad de defender a este país hasta dar la vida si fuera necesario. De los militares no sabíamos nada, ellos estaban en sus cuarteles y no se movían.

El siete de septiembre me llamaron del Colegio de Arquitectos para que asistiera a una reunión del directorio el día diez. Pensé que era muy extraño que me solicitaran de tantos lados y llegué a la conclusión de que en los gremios me conocían como ex combatiente de la guerra y como estábamos en pie de guerra quizás yo podría dar algunos datos prácticos para el caso que estallara el polvorín. Fui a la reunión. Mis ingenuos colegas discutían si mandaban una carta de protesta porque no había tinta china, ni papel de dibujo, ni eso ni lo otro. No podía creer sobre lo que estaban discutiendo. El entonces presidente de la orden, don Héctor Valdez Ph. en un momento me pasó la palabra: Sepito (él me llamó siempre así porque éramos amigos), qué piensas tú sobre la situación actual del país. Le respondí que estaba muy sorprendido y que no sabía que era el único al que ya no le importaba la tinta, ni el papel, porque no tenía comida para mis hijos, que no había gasolina para mi coche para visitar las pocas obras que aún estaban andando, que no había azúcar, ni carne, que se estaban “tomando” nuestras obras y que ya no había ninguna seguridad y que el país estaba hundido en el caos. Pedí que el Colegio publicara una carta en la cual protestara contra todas estas irregularidades y que el señor Allende se fuera. Eso es lo que tenemos que decir porque ya todos los gremios se han pronunciado en esta forma. El secretario me interrumpió y me indicó que no se podía dejar en acta todo lo que yo había dicho porque me podría perjudicar en algún momento. Mire, le dije, yo no tengo miedo a nadie, lo que he dicho debería quedar en el acta, porque por algo me invitaron a esta reunión y el presidente me ha pedido mi opinión. Insisto que lo dicho quede en el acta. Este señor tiene que irse porque ha arruinado y dividido al país, lo que tendrá consecuencias funestas. No tengo nada mas que agregar, ustedes verán, con su permiso, me retiro.

El Mercurio, el día once de septiembre, publicó en la primera página un aviso de que los arquitectos se habían adherido a las protestas de los otros gremios. El 11 de septiembre de 1973 cayó el funesto gobierno de la Unidad Popular. Posteriormente nos reímos entre los colegas y dijimos que los militares estaban esperando nuestra adhesión para atacar.

Esa misma noche todos nuestros vecinos se reunieron en mi casa y festejamos el fin de los mil días negros en la historia de nuestro país. El Ejército nos salvó de ser otra Cuba.

Gracias a Dios, gracias general Pinochet.

BORRON Y CUENTA NUEVA

En los pueblos alemanes existe una antigua costumbre, la de juntarse, después de la misa dominical, en una cantina a tomar con los amigos una cerveza antes del almuerzo que se sirve a las doce en punto. Mi pueblo tiene alrededor de cinco mil habitantes y cuenta con más de quince de estas “Wirtschaften”. En esos locales generalmente se juntan durante la semana los mineros del carbón, porque a sus casas jamás invitan porque no es costumbre y no tienen espacio fuera de la cocina que sirve de tal, comedor y estar. En las cantinas se pasan un rato antes de la comida, jugando naipes, contando chistes, fumando y tomando cerveza. En uno de mis viajes a Alemania mi hermano Kanisius me invitó después de la misa a tomar un Schop. En el local, lleno de humo, me encontré con antiguos amigos y algunos parientes. Nos sentamos a la mesa con amigos de mi hermano, fanáticos del fútbol y todos partidarios de la C.D.U.. Entre ellos había un joven que era el pretendiente de una hija de mi hermano con un apellido que me traía malos recuerdos de los tiempos de los Nazi. Le pregunté si él conocía a la vecina nuestra, Elfriede. Si, me respondió, ella es mi abuela. Esa señora, nazista hasta los huesos, ex jefa de la mujeres nazi del pueblo casi logró meter a mi madre en un campo de concentración. Kanisius, cómo puedes aceptar tu en tu familia a un miembro de esa Nazi, le dije a mi hermano. En el local hubo de repente un silencio sepulcral. Todos me miraron y no sabía porque. Kanisius me dió un puntapié debajo de la mesa y empezó a hablar del último partido de fútbol, de su trabajo y contó hasta un chiste. Yo sentí que había dicho algo indebido. Pensé que a lo mejor la Elfriede había fallecido recientemente, no podía explicarme la actitud de la agente. Así que tu.....otro puntapié, pero eran Nazi, lo sabemos todos. Se acabó la conversación, mi hermano pagó y nos fuimos a su casa.

En el camino me imploró: Sepp, por favor nunca más hazme pasar otro mal rato como en el restaurante. Tienes que saber que en Alemania dimos vuelta la página. Todos nos hemos perdonado a todos. De los tiempos pasados no se habla, ni en las escuelas se enseña la historia de esos años. Así podemos vivir en paz y ese joven va a ser mi yerno y escucha: Cuando se pusieron los anillos de compromiso nuestra madre estaba sentada en la misma mesa que la Elfriede, entiendes ahora?. Hemos podido formar una nueva sociedad sin rencores y sin odio, sólo así podremos ser parte de un gran país.

Borrón y cuenta nueva. Que beneficioso sería que algunos países imitaran a los alemanes.

LOS POBRES

Desde que pisé tierra chilena me impactaron las miserables viviendas callampas, los indigentes botados en las veredas de Santiago, vestidos con trapos, sin zapatos y rodeados de perros esqueléticos. Todo el mundo parecía aceptar este flagelo y la convivencia como algo normal. A mi me dolió el alma cuando los vi de noche acostados sobre unos inmundos cartones, sus cuerpos tapados con diarios y sus perros que les servían de calefacción. No tenía como comunicarme con ellos porque aún no hablaba bastante español. En la oficina donde podía hablar inglés y alemán pregunté: Porque hay tanta pobreza, porque nadie se preocupa y saca esta gente de la calle. Son flojos y borrachos, fue la respuesta. No quieren trabajar y si lo hacen se toman todo lo que han ganado. Me contaron que había un padre jesuita, Alberto Hurtado, que instaló un hogar para albergar y dar comida a esta gente. Desgraciadamente el padre se murió el año pasado, 1952, y no se sabe con certeza como va a seguir su obra. Lo que él hacía era loable, pero

la pobreza era demasiado grande. El estado no tiene los medios para socorrerlos. Yo era entonces un dibujante de arquitectura y lo poco que me pagaban apenas me alcanzaba para pagar el arriendo de una pocilga y una miserable comida diaria. El problema de los pobres me quedó grabado en mi mente y pensé que debería haber una salida.

Cuando mas adelante me fue mejor fui a veces a cazar tórtolas con mis amigos platudos en los fundos de sus amistades. En el campo me encontré nuevamente con el problema de la injusticia social donde los inquilinos recibían sueldos miserables y en algunos casos solamente la comida. Vivían en chozas insalubres y oscuras, los niños andaban piluchos y sucios, tenían que tomar agua de las acequias y generalmente no tenían acceso a una escuela. Los trabajadores no tenían derecho a nada. Me dolía la miseria y el abandono en que vegetaban mientras los patrones comulgaban, muchas veces a mi lado, en alguna misa dominical en Santiago. Mientras su servidumbre vivía en pésimas condiciones los dueños se paseaban por las capitales de Europa comprando decoraciones para sus mansiones.

Con mucho sacrificio y poco dinero estaba formando mi familia. Me sentía cerca de esa gente olvidada porque trabajaba hasta tarde en la noche, los sábados y domingos, para ganar unas chauchas con las cuales tenía que alimentar a mi señora y a mis hijos. Pero salíamos en ayuda de los mas pobres cuando por alguna catástrofe eran golpeados. Pero todo eso no era nada y me sentía frustrado y que no estaba ayudando a nadie.

Un día me llamó el doctor Hernán Romero, representante del gobierno ante la Organización Internacional de la Salud. A él lo conocí en la casa de mis suegros donde un día le expliqué mi inquietud referente a la pobreza y que no sabía como podría ayudar. Cuando me llamó me pidió que me acercara a una institución llamada Aldeas de Niños S.O.S. y seguramente ahí podría colaborar. Me incorporé de lleno a la organización y al poco tiempo me nombraron director del consejo. Proyecté y construí una aldea de diez casas sin cobrar honorarios. Me gustaba el contacto con estos niños abandonados que ahora tenían un hermoso hogar. Andaban alegres, bien vestidos, cuidados por una tía en cada casa la que era para ellos como una madre. El conjunto fue inaugurado por la señora Lucía de Pinochet y la señora del embajador de Austria, porque la sede de las aldeas estaba en Viena.

Mas adelante me retiré del directorio porque los costos de mantención crecieron y mis críticas no fueron escuchadas. Teníamos las bodegas llenas de vestimentas cuando al otro lado de la calle la gente vivía miserablemente. Mas y mas personal. La administración fue creciendo, los empleados eran cada vez mas. Se había perdido el Norte. El sistema colapsó y después alguien tomó las riendas y manejó la institución en forma adecuada.

Cada vez me metía mas en ese mundo de los postergados, empecé a formar cooperativas de viviendas para la gente sin casa, diseñaba viviendas mínimas pero decentes, conseguí ayuda de empresas privadas y poco a poco fui solucionando problemas que estaban a mi alcance. En un momento atendía a cinco mil cooperados, pero no todo andaba bien. Algunos presidentes y tesoreros de las cooperativas se robaban los dineros de sus humildes socios y mucha gente perdió la fe en lo que estábamos haciendo. A pesar de todo finalmente quedó un grupo de casi dos mil familias con las cuales podía trabajar.

Mas adelante trabajé con el Hogar de Cristo de Santo Domingo donde fui director. Juntamos bastante dinero para la construcción de un hogar cerca de la ciudad. Finalmente, con unos amigos formamos nuestra propia Agrupación Padre Hurtado donde damos comida a los ancianos de escasos recursos durante la semana. Trabajamos con un grupo de voluntarias y gente que nos apoya con sus aportes mensuales. El padre Hurtado está con nosotros y lo sentimos porque jamás nos ha faltado dinero o gente generosa y bondadosa que trabajan con nosotros para nuestros hermanos en Cristo.

PROYECTO VITAL APOQUINDO SUR

Después del golpe militar el gobierno de Pinochet me nombró concejal de la Municipalidad de Las Condes como representante de la Cámara Chilena de la Construcción. Me extrañó mucho que los constructores nombraran a un arquitecto para ese cargo en una comuna tan importante. Al principio me sentía algo desubicado y no sabía en que forma podría aportar algo cuando había tanta diferencia social. Habían miles de familias que vivían en poblaciones callampas en condiciones inaceptables. Sus casuchas eran de 3 por 6 metros y a veces vivían hasta seis personas en la choza. Lo peor era que no tenían ninguna posibilidad de salir de la miseria, porque la U.P. dejó las cajas fiscales vacías. Recé mucho y pedí a Jesús que me mostrara alguna forma de solucionar este asunto de la gente marginada.

Yo era socio de Sodimac, una cooperativa que vendía materiales de construcción. A la cabeza de esta empresa estaba don Walter Sommerhoff. En un cocktail lo conocí y conversamos mucho sobre el tema de la pobreza. Walter era, como yo, muy cristiano. Me dijo que a esta gente habría que organizarla en cooperativas porque por esa vía ellos tendrían mas posibilidad de ser oídos y a lo mejor se podrían ayudar a si mismos. Walter me mandó toda la información necesaria y me comunicó que como cristianos estábamos obligados a solucionar ese problema.

En la siguiente reunión del consejo municipal supe que el representante de la “gente sin casa” era el señor Mauricio Martínez. Conversé largamente con él. Me invitó a ver cómo vivía la gente. Entré en las miserables casitas y me impresioné de ver tanta pobreza. Desde ese día me propuse buscar una solución para que esa gente pudiera llegar a tener su digna vivienda propia. Formamos cooperativas con un total de tres mil familias. Cada cooperado tenía que hacer un pequeño aporte mensual a una cuenta de ahorro de su respectiva agrupación. Desgraciadamente había un muy mal manejo de las directivas y muchos de estos grupos no sobrevivieron.

La mas grande que siguió funcionando era la de Vital Apoquindo Sur con 1.250 socios, lo que era un gran logro. Hacía tiempo que yo era el presidente del Comité de Viviendas en el Colegio de Arquitectos y Vicepresidente de ese comité análogo en la Cámara de la Construcción. Semanalmente teníamos reuniones con el presidente de la Caja Central que era la cabeza de todo lo que tenía que ver con vivienda social. Por mis actividades gremiales me era fácil comunicarme con el ministro de vivienda, lo que me ayudó mucho en mi tarea de la organización de la gente. Avanzábamos lento pero con algo importante: La fe en lo que estábamos trabajando.

En mi oficina desarrollamos una vivienda de 49 metros con tres dormitorios, un living-comedor, cocina y baño. Reemplacé las costosas cadenas de hormigón por un sistema a base de ladrillos y acero. Planifiqué la construcción en cantidad, lo que me hizo bajar los costos.

Con los ahorros de los cooperados levantamos juntos, en horas libres y los sábados, una vivienda tipo. Ahora nos faltaba lo mas importante: Un préstamo a largo plazo. No había donde conseguir el dinero. Seguimos ahorrando, hicimos las excavaciones del agua y alcantarillado público con la ayuda del copropietario de la empresa Agua Potable Lo Castillo, don Patricio Fernández, un hombre bueno que confió en nuestras palabras y nos dió un préstamo a largo plazo. Estábamos endeudados, pero la gente siguió aportando.

EL PRESTAMO

Con los pobladores de Vital Apoquindo avanzábamos lento pero seguros en nuestros trabajos de urbanización. Cada familia tenía que aportar un cierto número de horas de trabajo mensualmente. Si alguien no cumplía debía pagar en dinero las horas que no trabajaba o reemplazarlas durante el siguiente mes.

Yo me quedé abismado del cumplimiento y entusiasmo de toda esa gente. Siempre dicen que el chileno es flojo, irresponsable y curado. Aprendí que cuando hay una meta, una directiva responsable y correcta, se pueden lograr cosas aparentemente imposibles.

Con todos los trabajos que estábamos haciendo codo a codo y en reuniones semanales con los dirigentes, me sentí autorizado de golpear responsablemente puertas para pedir ayuda financiera. Hablé con el ministro de la vivienda, con el presidente de la Caja Central y con algunos bancos. Busqué por todos lados sin mayor éxito. No había dinero, menos para este tipo de gente.

Un día me encontré nuevamente con Walter Sommerhoff y le conté lo que estaba haciendo con los pobladores. El fue a ver la obra y me dijo que lo que estábamos haciendo era maravilloso. Walter era el hombre que más sabía de cooperativismo en Chile. Me preguntó por el valor de la vivienda y le dije que era algo como tres mil quinientos dólares. Fantástico, me dijo, yo te voy a ayudar. Vamos a conseguir dinero porque este proyecto es viable y sumamente barato.

Un día Walter, quien era presidente de Sodimac (la mas grande empresa cooperativa para la venta de materiales de construcción) me invitó a un almuerzo en las oficinas de Sodimac. Estaban el ministro de la vivienda, el presidente de la Caja Central, parte del directorio de la Cámara de la Construcción, representantes de bancos, total, mucha gente importante del amplio ramo de la construcción y del cooperativismo. Además, estaban tres norteamericanos de la A.I.D.

Tomamos un rico y muy conversado cocktail. Yo no entendía porque me habían invitado con todos estos personajes. Cuando entramos al comedor Walter se me acercó y me dijo en alemán que me sentara en la cabecera al lado derecho de él. Walter, le dije, está el ministro, los de la.....Por favor siéntate a mi derecha y ya verás.

Walter dio la bienvenida a todos y en especial a los tres norteamericanos de la A.I.D. que era una especie de institución internacional que otorgaba préstamos para viviendas económicas en países subdesarrollados a largo plazo. La conversación giraba en torno a la posibilidad de un préstamo de treinta millones de dólares para Chile. Era el año 1976 con un gobierno militar

aislado por el mundo. Se hablaba del precio de una vivienda económica para saber cuantas casas se podrían construir con un posible préstamo. Los constructores calculaban que el valor de este tipo de vivienda fluctuaba entre cinco mil y siete mil dólares. Walter pidió silencio y me ofreció hablar sobre mi experimento que estaba realizando con una gran cooperativa. Hice un corto resumen de lo que estaba haciendo y que habíamos levantado una vivienda por alrededor de tres mil quinientos dólares. De inmediato empezó una discusión en la sala. Sentí que hablaban que ese precio era imposible y de que los arquitectos no tenían idea de los costos. Uno de los asistentes se levantó y me preguntó si yo no me habría equivocado en mis cálculos?. Le contesté que mi empresa construía hacía tiempo viviendas económicas y que continuamente estábamos introduciendo ideas nuevas para reducir costos. Le expliqué porqué la vivienda que habíamos construido de muestra resultaba muy económica, claro que el cálculo era sobre la base de un gran conjunto de viviendas en un mismo terreno. Pero, me replicó el señor, cómo está usted tan seguro del precio. Le expliqué que mis costos habían sido examinados y aprobados por la Caja Central, que entonces era la institución superior para los préstamos. Perdóname señor, le dije, yo sé que los arquitectos no tenemos muy buena fama respecto a construcción, pero por algo soy presidente del comité de viviendas en el Colegio de Arquitectos y vicepresidente del comité en la Cámara, creo que por algo me eligieron.

A los americanos no les interesaba nuestra estéril conversación y como hombres prácticos se fueron al tiro al grano: Señor Michaeli, cuando podemos ver su obra?.

En la mañana siguiente fuimos al terreno. Después de una breve inspección me dijeron que estaban sorprendidos de que en tan pocos metros cuadrados se podía sacar una vivienda completa para seis personas. En el camino de vuelta al hotel me dijeron que con lo que habían visto el préstamo era casi seguro. Me pidieron que les mandara los antecedentes por la oficina de don Walter.

Ahí algo pasó y me pidieron que subiera mi precio a los cinco mil dólares, porque yo no podría abarcar la construcción de las miles de viviendas. Había que dar trabajo a mas profesionales y constructoras!. Finalmente el préstamo fue aprobado. Había trabajo para muchos y no solamente para mi. En Vital Apoquindo yo participé solamente como arquitecto y la ejecución de las viviendas se repartió por propuesta a varias empresas constructoras.

Desgraciadamente el sobreprecio lo pagaron, como siempre, los mas pobres.

LA CASA DE ISLA NEGRA

Después de los mil funestos días de la U.P. me sentía bastante agotado, porque vivir durante tres años bajo la presión de un posible gobierno tipo Fidel Castro lo deja a uno con los nervios bastante estresados. Después de nuestra liberación participé en muchísimas actividades porque teníamos que reconstruir un país en ruinas. Fui nombrado concejal de la comuna de Las Condes, me metí a fondo en la organización de cooperativas de viviendas, formé de nuevo mis oficinas de arquitectura y construcción y seguí trabajando con varios colegas arquitectos en el libro con el cual nos ganamos el premio nacional de arquitectura y urbanismo. Todos estos trabajos y preocupaciones me dejaron muy estresado y casi sin dormir. Mi médico me indicó que debería andar mas calmado, dejando algunas actividades que no tenían vinculación con mi

oficina. Le dije que no podía y los compromisos que había tomado los trataría de cumplir. Me preguntó si había un lugar en donde dormía bien. Le dije que en el departamento de mi suegro en Viña. Bien, búscate algo en la costa ya que el aire del mar y la baja altura te pueden solucionar tu insomnio.

Se dio la coincidencia que en ese tiempo trabajaba don Domingo Santa Cruz en mi oficina como arquitecto. Un día pasé por la sala de los dibujantes y escuché a Domingo discutiendo por teléfono con alguien el canon de una casa que él quería arrendar en Isla Negra. Le hice entender que yo le arrendaría la casa y le hice un cheque del arriendo por un año adelantado. Él pensó que era un chiste y le pedía a la persona en el teléfono que lo esperara un segundo. Pero, me dijo, tu no conoces la casa!. No importa, aquí tienes el cheque, tu arrendatario tiene nombre, se llama Sepp Michaeli. Al día siguiente nos arrancamos a Isla Negra. La casa me encantó y con Eliana la arreglamos. En el vecindario descubrimos muchos amigos que nos hicieron la vida muy grata.

Era una casa de unos cien años de edad, todas las murallas de adobe, una hermosa vista al mar y puesta en medio de un enorme jardín lleno de flores. Hasta una cancha de tenis había. Mi amigo Domingo y su reconocido padre ocupaban la casa patronal y yo la del administrador porque la propiedad era parte de un antiguo fundo. Entre ambas casas estaba la de don Chago y doña Berta, los cuidadores, gente de primera, con los cuales nos unía una gran amistad. Los años que pasamos todos los fines de semana y las vacaciones eran de una rica convivencia entre nosotros mismos y nuestras amistades. Después de unos años compré la casa, porque ahí podía dormir y descansar.

Todo ese ambiente idílico terminó cuando Domingo empezó a lotear su terreno y se terminó la tranquilidad. La instalación del museo de Pablo Neruda destruyó para siempre lo que era Isla Negra. Llegaron los buses, los turistas, los artesanos, el alcohol y la marihuana. Ya no era agradable estar ahí, habían robos, peleas, gente nueva y alguna bastante desagradable. Un día decidí vender la propiedad con gran escándalo en mi familia. Empezamos a buscar un nuevo balneario. Encontramos lo que buscábamos en Rocas de Santo Domingo, un pueblo tranquilo con jardines muy bien cuidados, compré una casa grande con una espectacular vista sobre el río y el mar. Lo mas importante era que nos podíamos hacer socios del Club de Golf donde jugamos todos los días posibles en compañía de alguno de nuestros amigos.

PRIMER CONTACTO PARA UN GRAN PROYECTO

Los terrenos del colegio Craighouse estaban comercialmente muy bien ubicados, esquina de la Av. Apoquindo con Manquehue y tenía acceso por tres calles. Por todo su costado norte deslindaba con el centro comercial El Faro. Por la calle Mar de los Zargazos yo ya había construido un edificio comercial para el colegio, cuyos locales estaban a la venta.

Un día me llamó el señor Jaime Reisin de la fábrica Caffarena y me dijo que su empresa estaba interesada en comprar un local en el edificio de Mar de los Zargazos, pero me explicó que la construcción aparentemente no cumplía con la ordenanza de construcción, porque los interiores de los locales, sus fachadas y cubiertas eran de madera, igualmente sus altillos. Le dije a don Jaime: Perdone que le haga una pregunta: ¿Vivía usted en Chile en los tristes tiempos de la U.P.. Sabe que en esos días no habían clavos, cemento, fierro, alambre y que era casi imposible poder

construir?. Se levantó el edificio gracias a mis contactos en el sur de Chile donde, con sobreprecios, aún se podían conseguir materiales, pero el edificio se construyó y se terminó. Referente a la seguridad contra incendios, el edificio cumplía con las normas porque cada local era un módulo aparte que estaba protegido por muros cortafuego.

Unos días después me llamó de nuevo y me convidó a su oficina. Me preguntó detalladamente sobre los orígenes de la construcción. Le expliqué que tenía a mis hijos en el Craighouse y en una asamblea de padres y apoderados se ventiló la noticia que no había dinero para pagar las imposiciones de los profesores, atrasadas en más de un año. Hubo una gran indignación de los asistentes y todo el mundo alegaba. Me levanté y le propuse a la asamblea de calmarse, porque tenía una idea para salir de ese embrollo. Pedí que se formara una comisión de un abogado, de un corredor de propiedades, un representante del colegio y yo como presidente. La asamblea lo aceptó y nos pusimos a trabajar. El terreno del colegio era grande y tenía un triángulo perdido y sin uso hacia la calle Mar de los Zargazos. Propuse construir un edificio de locales comerciales los cuales se venderían en Verde, lo que nos permitiría el financiamiento del edificio. La idea fue aprobada y desarrollé el proyecto y la construcción de la obra. Muy interesante, me dijo don Jaime, pero dígame cual local me recomienda comprar?. Este, le dije. Pero, señor Michaeli, este es el local más caro, demasiado caro!. Don Jaime, este local en el futuro valdrá oro porque estoy pensando construir un gran centro comercial en los terrenos del colegio y por este local sería el acceso a la tercera calle: Mar de los Zargazos. Fantástico, me dijo, lo compramos. Ese fue mi primer encuentro con el hombre con el cual hicimos múltiples y grandes construcciones.

TRABAJANDO CON EL EQUIPO V.I.P.'s

Jaime Reisin, después de haber comprado el local más caro del edificio en Mar de los Zargazos debe haber meditado sobre lo que yo le había indicado acerca de un futuro gran proyecto en los terrenos del Colegio Craighouse. Un día me llamó nuevamente para que fuera a su oficina a conversar. Estuvimos largo tiempo hablando de las posibilidades de los proyectos inmobiliarios. Creo que además quería saber acerca de este gringo con ideas tan audaces y aparentemente irrealizables. Nos despedimos muy amablemente y él me dijo que pronto se comunicaría conmigo. Pocos días después nos reunimos de nuevo en su oficina en la fábrica de Caffarena. Esa vez me presentó su equipo de trabajo: Raimond Nissim, Paul Plus y el arquitecto profesor de la Universidad de Chile, Ricardo Alegría. La empresa se llamaba V.I.P.'s.

Supimos que el alcalde de Santiago, Patricio Mekis, tenía un gran problema con los comerciantes de la Plaza Tirso de Molina, la vega chica. Ellos estaban vendiendo en locales indecentes e insalubres y habían pedido al alcalde que les solucionara el problema de sus locales, ellos querían locales nuevos. Nos acercamos a la municipalidad y llegamos al acuerdo que nosotros buscaríamos una solución. En mi oficina el equipo se reunía cada día después de las horas de trabajo y estudiábamos el negocio. No teníamos dinero para invertir, pero si, el respaldo financiero de los socios del VIP's. No había inversión en el terreno, el proyecto se hizo con pago de honorarios a futuro. Terminados los planos de los locales modulares nos comunicamos con la maestranza de don Igor Nelidof y le propusimos que él fabricara los 450 locales en estructura metálica sin recibir dinero hasta la entrega del trabajo, 3 meses más tarde. A los locatarios les pedimos un pie del 20% del valor de su futuro local y el saldo tenían que pagarlo en diez letras.

El pago de la estructura, en esta forma, estaba asegurado. La cobranza de las letras era nuestro gran dolor de cabeza, hasta que alguien propuso que las entregáramos a la sucursal del Banco de Chile que estaba ubicado al costado de la Vega. Así no necesitábamos cobradores, ni personal. El negocio se realizó y obtuvimos las primeras ganancias de la nada. Posteriormente construimos un Mercado Persa en las mismas condiciones. Así, poco a poco, seguimos acumulando algo de dinero, siempre teniendo en mente el gran edificio en los terrenos del Craighouse. Era la moda construir Edificios Caracoles. Ubicamos un terreno en la esquina de Apoquindo con Rosario, que era de un paisano árabe. Judíos y árabes se entendían perfectamente cuando se trataba de hacer negocios. Se hicieron los planos en mi oficina, lo que a VIP's no le significaba entrar en gastos de secretarías, ni arriendo. Todos los trabajos se desarrollaban después del cierre de nuestras oficinas o fábricas. El Caracol Vips, que era uno de los primeros de este tipo en Santiago lo vendimos en verde y con gran éxito. Con Ricardo diseñamos una estructura muy económica. Se terminó el edificio y ya había entrado suficiente dinero para pensar en conquistar los terrenos del futuro Mall, ya que en Chile aún no existía ninguno de este tipo de centro comercial.

Ricardo Alegría se fue a los Estados Unidos y yo a Europa para ver lo que se estaba construyendo en ese tipo de conjuntos comerciales. Hicimos un anteproyecto y un estudio financiero. Presentamos una oferta al Craighouse por tantos dólares el metro cuadrado de terreno. Como yo era el arquitecto del Craighouse me tocaba llevar la negociación. Me entendía con el entonces gerente general don Arturo González, con el cual era amigo. El me explicó que según los estatutos se necesitaba el 95% de aprobación de los padres y apoderados. Dios mío, el 95%! Eso sonaba increíble de conseguir. Arturo llamó a asamblea y la sala se llenó de gente. Tema único de la citación: Venta de nuestro terreno. Un terreno de más de una hectárea era un gran negocio para cualquier corredor de propiedades, constructor o arquitecto. En su introducción Arturo señaló que la gran mayoría de los padres se quejaba de no poder estacionarse en Av. Manquehue a la hora de inicio y término de las clases y propuso que la venta les permitiría adquirir un terreno en La Dehesa y construir un gran colegio con canchas de fútbol, etc.. Empezó la gritería y las discusiones. Se indicó que la empresa Vips había ofrecido tantos dólares por metro. Nuevamente los alegatos de los corredores, los que estaban muy interesados en vender esa gran torta, porque se hablaba a nivel de millones de dólares. Yo había prometido a Arturo de no meterme en la discusión, ni mencionar mi nombre en combinación con Vips. En toda esa gran trifulca el arquitecto Germán Armas consiguió que lo dejaran hablar. Le dijo a la asamblea que su empresa estaba muy interesada en adquirir el terreno, pero no podían subir la oferta de Vips. Arturo tocó la campana y pidió la votación. Yo rezaba porque el proyecto era de 20 millones de dólares y nuestros honorarios de arquitectura eran el 10% sobre el costo de la obra. Silencio en la sala. Se recogieron los votos. Resultado: Aprobación de la oferta Vips, por el 95.5%. Gracias Señor, tendré trabajo y dinero por un buen tiempo.

CENTRO COMERCIAL APUMANQUE

Con nuestros estudios de los más importantes centros comerciales del mundo iniciamos el diseño del edificio a toda prisa, porque supimos que mi amigo Jaime Bendersky también estaba proyectando un gran centro comercial, el Parque Arauco. Con Jaime éramos amigos, intercambiábamos muchas ideas para el bien de uno u otro. Que hermoso de ser competidor y seguir siendo amigos. Jaime era una gran persona, un genio. No andaba con pequeñeces. Siempre conversábamos abiertamente. Pero él, como nuestro grupo, queríamos lanzar cada uno

su proyecto como el primer Mall de Chile. En un tiempo record, trabajando en la nueva oficina del VIP's día y noche, sábados y domingos, alcanzamos a presentar nuestro proyecto, cuyos planos eran cada uno del tamaño de una sábana, antes que los del Parque Arauco. El director de obras era mi amigo Francisco Armendáriz, un ingeniero de mucha calidad, al cual le presenté las enormes carpetas de planos, especificaciones, etc., pocos días antes de navidad. Revisar un proyecto de ese tamaño era de largo tiempo. Jaime Reizin y sus socios estaban muy nerviosos, porque querían sacar el proyecto lo antes posible para lanzar la venta a la brevedad posible, porque en el mes de febrero no se vendía nada, ya que todo el mundo se iba a vacaciones. Fui todos los días a la dirección de obras para asesorar a los revisores del proyecto y así acelerar la aprobación del proyecto, sin el cual no podríamos iniciar la venta. En la Municipalidad de Las Condes todos los empleados me conocían porque se acordaban de mis tiempos de concejal cuando di solución habitacional a 1.200 familias sin techo.

Poco antes del año nuevo me llamó Armendáriz y me preguntó la forma en la cual cancelaríamos los derechos municipales que era bastante dinero. Consulté con mis amigos VIP's y transamos que pagaríamos el 50% al contado y el resto en letras, pero con una condición: Documentos entregados y planos aprobados para la venta. Armendáriz, en el nombre del alcalde-militar, porque vivíamos en tiempos de Pinochet, aceptó la oferta y nos largamos a la venta. No hicimos propaganda alguna porque las cajas estaban casi vacías. Los genios judíos encontraron una solución muy efectiva y muy económica. Entre paréntesis, yo admiro a los judíos, porque son trabajadores, empeñosos, honrados, geniales y grandes amigos. No es por el proyecto Apumanque, no, porque mantengo una gran amistad con muchos israelitas y los quiero y los admiro. Volviendo al tema: Ellos consiguieron que LUKAS hiciera un chiste con el dibujo mas importante en la Revista del Domingo, a toda página, sobre el problema que se había creado sobre la instalación de este monstruo de edificio en la Avenida Apoquindo. El éxito fue fantástico: El lunes siguiente el local de venta se llenó de gente. Habíamos entregado los mejores locales al Craighouse, en parte de pago, el grupo VIP's se adjudicó, momentáneamente un 10% y así salimos con una gran parte del edificio ya vendido. Genial. Me acuerdo de la gente que reclamaba por los locales mejor ubicados, pero ya estaban comprometidos, digo comprometidos, pero no vendidos. El Craighouse nunca entendió porqué sus locales nunca se vendieron, lógico, porque nosotros vendíamos NUESTROS locales y no los del Colegio. La venta fue exitosa y con los anticipos y las letras en garantía teníamos financiada la construcción. Mi relato posiblemente es latoso, pero quiero transmitir el mensaje de cómo se pueden hacer obras de gran envergadura solamente teniendo prestigio, inteligencia y una férrea voluntad de trabajo. Así todo es posible.

Me gustaría agregar un pequeño capítulo mas: El diseño de los calculistas nos recomendó usar losas nervadas por los grandes espacios que cubría cada local. Estas losas se debían construir con moldajes de plástico reforzado. Descubrimos a un fabricante de los moldajes en Steyr en Austria, que los hacía en acero inoxidable. Todo resultaba carísimo. Ahí apareció nuevamente el genio judío. Los VIP's tenían amigos en todas partes del mundo. En España descubrieron que uno de ellos nos ofrecía los moldajes a un precio infinitamente menor que los de los imperfectos moldajes de madera. Importamos en un container los moldajes en arriendo. El precio por metro cuadrado de un moldaje carísimo nos salió baratísimo. Que gusto trabajar en esa forma, porque todas esas genialidades de pensamiento significaron enormes ganancias.

El edificio se terminó y se vendió antes del desastre de 1982.

ALGO INEXPLICABLE

En las noches rezo siempre por mi señora, por mis hijos, por toda la familia, por los enfermos conocidos y por la paz entre los hombres. Algunos de mis amigos se ríen de esta especie de infantilismo porque no creen en nada. Durante toda mi vida he comprobado que la oración es el único medio para cambiar las cosas de difícil solución. Tampoco todo lo que uno pide se cumple, por alguna razón. Es la fe que está sobre todas las cosas, sin fe nada se consigue. Nuestro Dios nos ha amado siempre y nos seguirá amando.

Referente del amor de Dios. Después de la tragedia del 11 de septiembre en Nueva York recibí un mail de un amigo. Se refería a un artículo de alguien sobre ese desastre. Alguien preguntó: ¿Y donde está Dios, el no tiene compasión con nosotros?. Alguien respondió: Si, Dios está muy triste, pero ustedes, porque están llamando a Dios cuando lo han echado de las escuelas, de sus casas, de las constituciones y de sus vidas y son justamente ustedes que no quieren saber de Dios, porque lo llaman ahora cuando él ya no está con ustedes. Su mensaje es muy claro: El que no está conmigo está contra mí. Acuérdense, arrepíentense, vuelvan a él. Con mis oraciones trato de tener un contacto lo más íntimo y con su Santa Madre. Todas las noches sueño, pero jamás he soñado con Cristo, con la Virgen, con Santos, ni Angeles, jamás. Pero un día me pasó algo muy extraño. Me había acostado, apagué la luz y de repente me encontré fuera de mí. No sentí mi cuerpo, nada. Estaba flotando, si así se puede llamar, en un espacio lleno de luz, de hermosura, de un calor cálido como si alguien me abrazara con un amor infinito. Me sentía tan bien, sin tiempo, sin ningún contacto con nada, pero estaba consciente de que era yo que estaba envuelto en ese goce tan hermoso. Estuve en la felicidad máxima, sin límite y me atrevo a decir de que así debe ser la vida eterna en el cielo. Estaba de visita en el cielo. Todo lo que escribo es torpe y primitivo comparado con lo que sentí. De a poco sentí que volvía en mí, sentí que el tiempo de la felicidad se estaba acabando. No quería volver por nada, no quería. Pero algo me traía de vuelta, empecé a sentir mi corazón, la respiración de mi señora, ya había vuelto a la vida. Lástima!

PINTOR

Mi amigo Jaime Bendersky hace mucho tiempo me dijo que yo debería pintar porque, según él, yo tenía talento para hacerlo. Cuando me lo dijo le contesté que no tenía tiempo porque los trabajos de la oficina me tenían totalmente ocupado. Pero hazlo, me dijo, pintar es gozar, relajarse, es más, hasta se puede transformar en vicio. Jaime era arquitecto y en ese tiempo era un pintor famoso con sus cuadros de tambores, puertas, botes, etc.. Un día me llevó a la buhardilla de su casa y me mostró su taller donde estaba pintando un cuadro que yo le había pedido. El pintaba generalmente durante los fines de semana, retirado de su familia y del mundo. Jaime era una de las personas más cultas que he conocido, escribía, tocaba piano, era un gran empresario, buen esposo y buen padre.

Recién a los 63 años decidí tomar clases de pintura con Sergio Miranda, quién me enseñó lo básico de la pintura al óleo. Mas tarde y con muchas dificultades pude entrar en el taller de Sergio Stitckin porque su taller era muy cotizado y no había mucha cabida. Esperé pacientemente porque me gustó como enseñaba. Finalmente un día me llamó y pude ser alumno

de él. Ahora realmente entré de lleno en todo lo que es pintura. Sergio es un gran maestro y profesor. Estuve dos años en su taller pintando bodegones. En nuestra casa de Isla Negra me arreglé un taller donde pintaba a mi manera, temas de la vida diaria y temas abstractos. Muchas veces me acordé de Jaime, porque la pintura realmente se podía transformar en un vicio.

Cuantas veces, pasadas las doce de la noche, Eliana me iba a ver y me recordaba la hora que era. Estaba volando en otro mundo. Jaime me dio una lección: Pintar se aprende pintando. Y así pinté y pinté. Acumulé un montón de cuadros. Mis hijos me insinuaron que debería hacer una exposición. Fui a la galería del Cerro, cuyo dueño era mi amigo Alfredo Vicuña y le pedí que me prestara las salas para hacer una exposición. Le llevé algunos trabajos y él me dijo: Mira Sepp, tus cuadros me gustan y tienes estilo, pero yo voy a ser muy franco contigo: Yo tengo que ganarme la vida con las exposiciones y es muy difícil vender cuadros de alguien de nuestra edad. La gente que compra cuadros lo hacen generalmente por inversión. Si tu tuvieras veinticinco años te vendería fácilmente porque tu podrías ser mas adelante un gran pintor y tus cuadros subirían de valor. Espero que tu me entiendas. Como yo tenía metida la idea de la exposición no me dejé abatir tan fácilmente. Alfredo, dime cuanto necesitas ganar y yo te respondo aún si no vendiera ningún cuadro. Tanto, me respondió. Arreglamos el precio e hice mi exposición. Vendí bastantes cuadros y con los 8.000 dólares que quedaron para mí nos fuimos con Eliana en un viaje a Rusia, porque ese dinero me cayó del cielo.

Mas adelante tomé clases con Carmen Silva. Ella me enseñó a pintar mas suelto y además me enseñó a pintar el difícil cuerpo humano. Posteriormente tomé clases con Arturo Santana, quién me perfeccionó aún mas en la figura humana.

Pero fuera de la pintura me gustó también la escultura. Tomé clases en la Universidad Católica. Era maravilloso ver como de un pedazo de piedra se podían esculpir cosas hermosas. Ya nos habíamos cambiado a una casa de veraneo en Santo Domingo. En un pequeño taller en las afueras de la casa me instalé con mis martillos, puntos, piedras y un robusto mesón. Un día estaba trabajando y transpiré mucho cuando Eliana me llamó a comer. Salí al frío. En la mañana siguiente estaba totalmente afónico. Fui a ver al médico. Me dijo: Va a quedar por un buen tiempo afónico, porque una cuerda vocal está atrofiada, así es que tiene que dejar la escultura, porque el polvo le va a hacer mal. Así, dejé ese hermoso hobby.

Un domingo, saliendo de la misa en la iglesia de la Transfiguración de Las Condes me encontré con el cura párroco Felipe Karadima y el famoso tensita Jaime Fillol. Jaime le dijo a Felipe que deberíamos hacer algo porque la iglesia era muy fría con tanto concreto a la vista y sin ninguna mancha de color. Que hermoso sería el templo si tuviera algunos cuadros de color, como por ejemplo un Vía Crucis. Felipe sabía que yo pintaba y le dijo a Jaime: Aquí tenemos al hombre, Sepp, que te parece la idea?. Yo le respondí que la idea era buena, pero para pintar esos cuadros yo no me atrevía porque es muy difícil pintar los cuerpos humanos, además demandaría trabajo como por un año. Sepp, me dijo Jaime, no te achiques, nuestro Señor te ayudará, hazlo!. Bien, les dije, lo intentaré.

Casi un año después, para la Semana Santa, regalé los 14 cuadros a la parroquia, los que, durante una emotiva ceremonia, fueron bendecidos por el arzobispo. Para mi fue un momento de mucha alegría por haber podido devolver a nuestro Señor la mano que él tantas veces me extendió para ayudarme. Había hecho muchos estudios de los cuadros que se colocaron en la

iglesia. Los guardé. Tiempo después terminé también esos croquis en óleo y los regalé a una iglesia de los Salesianos que yo había construido en la comuna de San Ramón. Después regalé otro conjunto de cuadros pintados en pastel al hermano de mi yerno, el obispo de Valparaíso, Gonzalo Duarte.

Habíamos dejado nuestra casa de veraneo de Isla Negra, donde con tanto turismo ya no se podía descansar tranquilo, por una en Rocas de Santo Domingo. Durante las misas dominicales pensé que sería bueno pintar un Vía Crucis importante para la iglesia porque el que estaba colocado era minúsculo. Después de un año de trabajo le regalé al padre Ignacio Vio los catorce cuadros. Cuando él, después de la misa, comunicó que un vecino había regalado un nuevo Vía Crucis, una señora gritó a toda voz: Que feo, que horrible!. El cura había hablado en su sermón sobre el amor al prójimo. Yo estoy muy consciente de que la mayoría de mis cuadros no son buenos, pero los pinté con mucha dedicación y siempre con la idea de hacer un regalo a Dios. Siempre habrá críticas que yo acepto, pero no dentro de un espacio sagrado.

Un domingo fuimos los miembros del Hogar de Cristo de Santo Domingo a una misa en memoria del padre Hurtado, a la iglesia de San Antonio. Su interior era gris y triste, no había color. Me metí nuevamente a pintar para dejar una nueva cara a ese oscuro espacio. Cuando terminé los cuadros fui a ver al cura, el padre Juan, quién en ese momento estaba desarmando el escenario que se había levantado en la iglesia para dar un concierto. Me acerqué a él y traté de hablarle. Después de cada tres o cuatro palabras él seguía mandando a los jóvenes que desmontaban el podio. Padre, le quiero regalar un Vía Crucis!. Nuevamente no me hizo caso. Me di media vuelta y salí muy triste de la iglesia. Después de ese desaire me dirigí al párroco de Cartagena que tiene una iglesia bastante grande y le regalé los cuadros. El padre al que cariñosamente llaman El Chocolito, no podía creer cuando le entregué en mi casa el regalo. Seguiré pintando para la glorificación de Dios, aunque no sea un gran pintor.

En este momento estoy dando clases de pintura a un grupo de adultos mayores gratuitamente y mientras escribo este libro no pintaré porque no se puede estar con dos trabajos que absorben la mente durante todo el tiempo.

POR LAS HUELLAS DEL PADRE HURTADO

El Hogar de Cristo tiene una sucursal en el puerto de San Antonio donde desarrolla una gran labor caritativa con los pobres e indigentes. Mantienen un comedor abierto, turnos de visitas nocturnas para asistir a los abandonados que duermen en la calle y además tienen la casa de reposo "Emaus" donde los parias se hospitalizan y pueden morir en forma mas o menos decente.

El presidente de la filial era don Sergio Melo, al cual conocí en la Cámara de la Construcción. Un día me llamó y me preguntó si yo podría ayudarlo a formar una agrupación del Hogar de Cristo en Santo Domingo. Acepté de inmediato, porque sentí que el Señor me llamaba.

En esos tiempos me dedicaba exclusivamente a pintar cuadros religiosos que fui regalando a distintas iglesias.

Con Raúl Edwards, Carmen Gloria Rojas y algunos otros voluntarios formamos lo que don Sergio nos había pedido.

La primera tarea era buscar gente de escasos recursos dentro de la comuna para darles un almuerzo adecuado. Entre todo el voluntariado nadie estaba dispuesto a visitar o acercarse a esta gente, que vivía en rucas, sin piso, sin ventanas, plagadas de pulgas y piojos. Para mi eso no me daba asco, porque durante la guerra y después como prisionero, había vivido en condiciones parecidas y además, igualmente que ellos, con hambre. Así me eligieron para esa labor. Recé mucho al padre Hurtado para que me asistiera a conectarme con esa gente. Me acerqué al Departamento Social de la Municipalidad y junto con el señor Pedro Marinkovic recorrimos los lugares donde vegetaban estos hermanos nuestros. Al principio había un rechazo de todos ellos, porque siempre los habían visitado para fines personales, especialmente los políticos que les prometían el cielo y después ni se acordaban de ellos. Como ya sabía donde vivían los fui visitando sin el funcionario municipal y de a poco fui ganando su confianza. Les conté que íbamos a abrir un comedor donde ellos podrían almorzar durante la semana. Fui juntando algunos que estaban dispuestos a ir. La agrupación de señoras “Las Ventoleras”, gente de pocos recursos, que tejen y hacen bordados para subsistir, nos prestaron generosamente su sede para que pudiéramos darles comida a nuestra gente. Finalmente juntamos diez comensales a los que dimos almuerzo consistente en una entrada, un contundente plato de fondo, postre, jugo y una marraqueta. Todo esto era preparado en la casa de nuestras gentiles voluntarias y ellas mismas llevaban el almuerzo al comedor, de vez en cuando ponían algunas florcitas sobre la mesa y ellas mismas servían a los Adultos Mayores de escasos recursos.

De a poco se formó algo como una familia entre todos ellos y nosotros. Nuestro grupo estaba feliz porque estábamos colaborando en algo hermoso y caritativo. Como sabía donde vivían, de vez en cuando me daba una vuelta para ver si les faltaba algo fuera de la comida. Las condiciones en que vive esa gente son deplorables, inhumanas e insalubres. Reciben de la Municipalidad \$36.000 con los cuales tienen que comer, vestirse y habitar en alguna parte. Ellos viven generalmente como allegados de gente de muy bajos recursos. Ahí se nota la generosidad de nuestro pueblo. Los mas pobres siempre acogen a los que no tienen nada. Me acuerdo de que uno de ellos, un matrimonio, tenía una miserable ruca de tabiques de tablas roñosas, sin aislación y sin ventanas. Vivían como en el campo abierto, con frío y con la lluvia que entraba por los rasgos abiertos. Tomé las medidas, mandé a hacer dos marcos con vidrios y con el viejito instalamos las dos ventanas. La mujer de esta casa era casi ciega, pero no había perdido la esperanza de que algún día volvería a ver. En el comedor había otro señor casi ciego que vivía bastante lejos de nuestro comedor, en un bosque. La pieza en la cual vivía era de dos por dos metros, sin ventana, sin piso, con una cama que brillaba por su suciedad. No se puede describir lo miserable que vivía ese hombre. Como ambos me contaron que algo de luz veían, tomé contacto con la Clínica Oftalmológica Los Andes en Santiago para saber si había alguna posibilidad de operación para estas dos personas. Me dijeron que los llevara a Santiago y ellos verían si había alguna esperanza. A los viejos los llevé dos veces en mi auto, pero ambos casos ya no tenían remedio. Al del bosque, que vivía peor que un animal, Juan Alfaro, lo iba a buscar diariamente para que pudiera almorzar en nuestro comedor, pero yo estaba haciendo algo que no era muy cuerdo. Perder una hora diariamente en transportar a una sola persona no era lógico. Señor, dame una solución para mi amigo Juan!

Un día almorzaba en la casa de una amiga con dos sacerdotes de LloLleo, los que manejaban un hogar de ancianos. A ambos los invité a almorzar en mi casa y les expliqué el caso de Juanito. Me dijeron que tenía que hablar con la superiora del hogar, con la madre Juana. Hablé con ella, pero no le gustaba la idea de tener a un ciego entre sus clientes, además una persona de muy escasos recursos. Le dije a la madre que él también era un hermano nuestro y de Cristo. Finalmente convencí a la superiora y recibió al ciego, siempre que no fumara, no tomara y no garabateara. Juan cumplía con todas esas exigencias y la monja ya no tenía otra salida, sino que lo tenía que recibir. Le hice un chequecito de aporte para el hogar y llevé a mi ahijado al hogar, pero a él no le gustó esa casa grande, sin jardines donde pudiera escuchar a los pajaritos que le indicaban la hora, se perdía en los pasillos y no encontraba su pieza. El sufría y me lo dijo. Don Sepp, aquí no me hallo. Lo consolé y le dije que esperara la visita del médico el lunes siguiente, porque lo convencí que aprovechara el examen y después veríamos si podía volver a su amado bosque. El lunes en la tarde lo fui a ver y le dije que tenía que ir a Santiago por una semana y después nos veríamos de nuevo. Hazte amigo con la gente, háblales, ellos te van a querer porque están un poco extrañados por tu ceguera. Demuéstrales que tu sabes valerte por ti mismo, inténtalo.

Iba constantemente a visitar el hogar para saber si se le quitaba la nostalgia de volver a esa vida miserable. En cada visita hablé con los compañeros de su dormitorio y les pedí que le dieran una mano porque era un hombre bueno. Después de una semana lo visité con un bonito regalo y le pregunté si estaba dispuesto a volver a su ruca. Don Sepp, me dijo, sabe que la gente aquí es tan buena conmigo, tengo tres amigos que también se llaman Juan, me conversan me ayudan en el baño, me llevan por el enorme edificio, se sientan a mi mesa del comedor, sabe, no quiero volver, aquí estoy muy bien.. Pero una cosa, la comida no es buena, yo cocinaba mejor, pero que le vamos a hacer.

Gracias Padre Hurtado, nos solucionaste un gran problema.

UN NUEVO HOGAR

Como miembros del Hogar de Cristo mantuvimos, como había dicho, un comedor para nuestros Adultos Mayores de escasos recursos de Santo Domingo. Recogimos fondos en colectas, Bingos, comidas y hasta en un campeonato de golf que se juega el Sábado Santo en el Club de Golf.

Don Sergio Melo, presidente de la filial de San Antonio nos propuso juntar fondos para la construcción de un nuevo hogar en un terreno del Convento, a mas de media hora de viaje desde Santo Domingo. Un día nos presentaron el proyecto. Nos pareció que no se trataba de un hogar para ancianos pobres, sino de un Resort, con cabinas independientes de dos piezas con baño propio, espacioso comedor y estar, gran cocina, bodegas, etc. etc.. El costo de la construcción de ese Elefante Blanco era de ciento treinta millones de pesos y la manutención mensual era de más de tres millones de pesos. Nosotros no podíamos entender el porqué de ese derroche. Nos comunicaron que la gobernación aportaría parte de ese dinero con la exigencia de que el Hogar diera albergue a los indigentes de todo de departamento de San Antonio. Sentimos que a nuestro grupo de Santo Domingo lo habían tomado como una buena vaca lechera. No estábamos dispuestos a botar nuestras sufridas colectas en algo tan lujoso: Es ridículo dar un medio baño a

cada uno de los pobres ancianos, algo así no concuerda con los estamentos del beato Padre Hurtado, porque con ese dinero se podrían hacer varios hogares adecuados a nuestra realidad chilena.

Alguien estaba equivocado. Pedimos una reunión con las personas mas competentes del Hogar de Cristo en Santiago. Fuimos con ellos a ver el terreno en el Convento, donde pudieron constatar que no había en el lugar ni una panadería, farmacia, almacén, solamente una posta, una pequeña escuela y una capilla. Para el funcionamiento de ese conjunto habría que llevar todo desde Santo Domingo. Además se necesitaba el traslado diario del personal de servicio. Puros problemas. Le explicamos a nuestros visitantes que nuestro grupo no estaría dispuesto en colaborar y pedimos que nos autorizaran para tener nuestra propia filial porque con la de San Antonio teníamos varios problemas. Finalmente no nos dieron la independencia, ni nos devolvieron nuestro dinero. En una reunión posterior todo el directorio renunció. No podíamos abandonar a nuestros queridos necesitados y formamos de inmediato la “Agrupación Padre Hurtado de Santo Domingo” cuya presidenta es la señora Carmen Gloria Rojas, elegida por unanimidad por sus grandes méritos y su abnegada labor hacia nuestros pobres.

Empezamos de nuevo a juntar fondos para esta vez construir un comedor en nuestro terreno, independiente de cualquier institución. La Ilustre Municipalidad nos dio en comodato un terreno y levantamos nuestra sede de unos noventa metros cuadrados. Ahora trabajamos nosotros para nuestra gente, sabemos donde se gasta cada peso y nuestros socios pueden ver lo que se está haciendo. Gracias al grupo de nuestras socias que a su vez preparan en turnos la diaria comida en sus casas, la llevan y la sirven a nuestros hermanos que acuden felices al abundante almuerzo. Entre todos y con la ayuda del Padre Hurtado hemos levantado esa hermosa obra que a nuestros viejitos les hace la dura vida algo mas agradable.

Con la casa central del Hogar de Cristo tenemos muy buenas relaciones y, porque no, estamos caminando por el mismo camino que nos enseñó ese gran hombre.

E P I L O G O

LA FAMILIA MAX JOSEF MICHAELI OBERHAUSER Y VIRGINIA ELIANA SILVA MEISSNER

Nuestros hijos:

- Andrés Michaeli nació el 3 de Noviembre de 1957.
Estudios universitarios en arquitectura y diseño. Se casó con Carolina Díaz Mosella y tienen cinco hijos: Francisca, Joaquín, Antonia, Amalia y Elisa. Andrés actualmente tiene un estudio de publicidad.

- Consuelo Michaeli nació el 11 de Noviembre de 1958.
Estudios universitarios en diseño interior. Se casó con Javier Duarte de Cortazar y tienen dos hijos: Micaela y José Tomás. Consuelo es dueña de una fábrica de muebles y se dedica también a la pintura.

- José Luis Michaeli nació el 17 de Enero de 1960.
Estudios universitarios en marketing. Se casó con Marcia Herrera Amenabar y tienen tres hijas: Asunción, María Jesús y Dominga. José Luis maneja una fábrica de envases plásticos de grandes volúmenes.

- Alejandro Michaeli nació el 28 de Enero de 1961.
Estudios técnicos de diseño gráfico. Se casó con Carmen Gloria Lagos Vicuña y tienen cinco hijos: José Daniel, Josefina, Jacinta, Diego y Vicente. Alejandro trabaja actualmente como decorador.

- Cristián Michaeli nació el 1º de Mayo de 1970.
Estudios de arquitectura, arte y gastronomía. Soltero. Actualmente maneja un restaurante.

Santo Domingo, Febrero de 2005.

Sepp Michaeli Oberhauser

- 1927. El 13 de Mayo nace en Rohrbach, Sarland, Alemania.
- 1939. A consecuencia de sus malas notas sus padres lo internan en la Heimschule Lender en Sasbach, al pie de la Selva Negra, donde mejoran su comportamiento y rendimiento escolar.
- 1942. Es reclutado, a los 15 años, como Luftwaffenhelfer en la antiaérea Alemana. Sirvió en la defensa antiaérea en Karlsruhe y en München donde son bombardeados y luego trasladados a Innsbruk, donde tuvo como compañero en uno de los cañones al Papa Benedictus XVI.
- 1944. Entra en el Servicio de Trabajo (RAD). Luego es trasladado a Yugoslavia donde los partisanos del Mariscal Tito actúan salvajemente contra las tropas alemanas. Posteriormente entra voluntariamente a la Escuela de Oficiales en Dinamarca.
- 1945. Hace su "Práctica" como cadete en el frente ruso donde es protagonista del derrumbe del tercer Reich en la batalla de Berlin.
- 1945. Después de escapar del frente ruso los ingleses lo toman prisionero de guerra el 3 de Mayo. Luego de algunos meses preso y de un aventurado viaje vuelve a su casa en la zona de ocupación francesa. Termina el bachillerato en el colegio.
- 1946. Entra en la facultad de Arquitectura de la Universidad de Karlsruhe.
- 1951. Se recibe como Ingeniero Diplomado Arquitecto.
- 1953. Emigra a Chile.
- 1956. Revalida su título de arquitecto en la Universidad Católica.
- 1956. Contrae matrimonio con Eliana Silva Meissner.
- 1958. Adopta la nacionalidad chilena.
- 1962. Trabaja como arquitecto independiente, realizando diferentes obras de consideración.
- 1973. Participa como co-redactor del libro Plan Nacional de Desarrollo Urbano de la Vivienda.
- 1974. Es galardonado con el Premio Nacional de Arquitectura y Urbanismo del Colegio de Arquitectos de Chile.
- 1974. Trabaja como Concejal Municipal en la Comuna de Las Condes.
- 1995. Cierra sus oficinas y se dedica a la pintura, escritura y obras sociales en el balneario de Santo Domingo.
- 2003. Obtiene el Primer Premio del Concurso Literario de la I. Municipalidad de Santo Domingo.